Martín Fierro

Santos Vega - Fausto

J. HERNANDEZ - H. ASCASUBI - E. DEL CAMPO

José Hernández nació en el partido de San Martín (Buenos Aires) el 10 de Noviembre de 1834. Fué periodista y tuvo alguna participación en la política de las provincias litorales. En 1872 publicó su famoso "Martín Fierro", más tarde completado con "La Vuelta de Martín Fierro"; constituyen, en conjunto, la obra más significativa de la literatura gauchesca. Su autor falleció en Belgrano el 21 de Octubre de 1886.

Hilario Ascasubi nació en Fraile Muerto (Córdoba) el año 1807. Tipógrafo, periodista, militar y hombre de negocios, fué en todo ello poco afortunado. Publicó sus poesías reunidas en tres tomos, en París, 1872. El primero se titula "Santos Vega o los Mellizos de la Flor"; el segundo "Aniceto el Gallo"; el tercero "Paulino Lucero".

La presente reedición sólo contiene fragmentos selectos de "Santos Vega", extenso poema de 400 páginas.

Estanislao del Campo nació en Buenos Aires el 7 de Febrero de 1834 y actuó en el periodismo y la política. En 1866 publicó "Fausto", cuyos personajes, Don Laguna y Anastasio el Pollo, alcanzaron inmediata popularidad. Falleció en Buenos Aires, el 6 de Noviembre de 1880.

El estudio que precede a la presente edición fué leído por el doctor C. O. Bunge en la Academia de Filosofía y Letras del la Universidad de Buenos Aires, en el acto de su recepción, el 22 de Agosto de 1913. El autor lo ha reordenado y corregido expresamente para preceder a la presente edición de los tres clásicos de la literatura gauchesca.

"LA CULTURA ARGENTINA"

J. HERNÁNDEZ - H. ASCASUBI
E. DEL CAMPO

MARTÍN FIERRO

La vuelta de Martín Fierro

SANTOS VEGA = FAUSTO

2ª reedición, con una introducción de
CARLOS O. BUNGE



BUENOS AIRES
«La Cultura Argentina» — Avenida de Mayo 646
1915



LA LITERATURA GAUCHESCA

I. Descripción del gaucho. — Su medio ambiente, raza, tipo físico, psicología y costumbres. — El "payador".— II. La literatura popular y gauchesca. — Las "payadas", los poemas gauchescos, el teatro, la novela. — III. El derecho consuetudinario del gaucho. — El duelo a cuchillo. — Su origen e importancia. — Lucha entre el antiguo derecho consuetudinario del gaucho y el moderno derecho legal de la República Argentina. —Representaciones de esta lucha en la literatura gauchesca.

I

Si bien la descripción del gaucho es un lugar común en las letras argentinas, aún no se ha definido con criterio científico. Tiempo es de que lo intente nuestra generación, ya que el tipo va en camino de desaparecer y los recuerdos se borran. Han de considerarse ante todo su raza y su ambiente geográfico y económico, para comprender sus usos, su arte, su moral, en fin, su alma.

Los conquistadores de estas tierras litorales, muchos de ellos soldados de los tercios que impusieran su ley a Italia y llevaran el pánico a Flandes, procedieron en buena parte de Andalucía, esto es, del corazón de la madre patria. Como si ya hubiesen hollado todos los reinos del Occidente, venían a buscar en este extremo del mundo los imperios de la China y de Golconda, entrevistos por Marco Po-

lo, o bien la misma Atlántida de los antiguos, sumergida más allá de las columnas de Hércules. ¿No percibían acaso, desde las costas, al caer la tarde, el tañido de las campanas de oro de la ciudad dormida bajo las aguas, llamando a un ensueño de gloria y de fe? Mas no hallaron, por estas pampas, ni los halagos de Jauja, donde bastaba tender la mano para cosechar los más exquisitos frutos de la naturaleza; ni los tesoros de *El dorado*, pródigo en luminosos diamantes, sangrientos rubíes, pensativas esmeraldas y ópalos funestos; ni tampoco, apesar de suponerla situada en la parte meridional del continente, la triple ciudad de los Césares, cuyas elíseas auras hacían a los hombres inmortales como los dioses... Sólo descubrieron yermos recorridos por indios tan fieros de ánimo como de cuerpo. Y fué este ingrato encuentro el primer beneficio que les dispensaron los hados, pues, no pudiendo entroncar regularmente con ese repulsivo plasma étnico, legaron a sus vástagos, con la relativa pureza de su sangre, su sonrisa de andaluces y su ceño de castellanos.

El gaucho se formó en la planicie y bajo un clima templado. Fué el hijo de la Pampa, aquel desierto siempre verde bajo un cielo siempre límpido, antes de que la moderna cultura la poblase de industrias y de ciudades. Entrecortaban la desolación del paisaje algún ombú solitario, tal cual bosquecillo de *talas*, y, si acaso, el rumor de los arroyos o el espejo de las lagunas, donde miriadas de aves reflejaban sus plumajes de púrpura y de nácar. A lo lejos, sorprendía la vista, fatigada por la sensación de la inmensidad, el grupo multicolor de caballos cimarrones. Salpicaban el mar de la llanura, como islotes, acá y allá, en grandes manchas calizas, montones de osamentas de vacadas silvestres. Cuando por su copiosidad parecían cubrir la haz de la tierra, habían sido sacrificadas por tro-

pas de gauchos, para vender los cueros y la grasa. La carne se abandonaba a los caranchos y chimangos, que, posados señorilmente sobre aquellos restos, se dirían mitos de una religión exterminadora. Tras la línea del horizonte estaban los indios, siempre en acecho. Al sonar la hora del *malón*, brotaban entre el silencio y la sombra, alanceaban a los hombres y a los niños, arrebataban a las mujeres, dispersaban el ganado, y huían mezclando en el viento sus ensangrentadas melenas con las crines de sus potros.

Sólo por extensión se aplica ahora el nombre de "gaucho" al criollo de la montaña y de la zona subtropical. El paisano de las "llanuras secas" del interior tenía otra sangre, en mucha mayor proporción mezclada con la de diversas razas indígenas, y otras costumbres y medios de vida. Era *tropero;* no se dedicaba a la ganadería, sino a la industria de transporte, con recuas de mulas o con carretas tiradas por bueyes. A causa de los accidentes del terreno, opuestos a la configuración geográfica de las pampas litorales, creó la guerra de *montoneras*, contra el español, muy distinta de la guerra gaucha, que lo fué de desierto y campamento, contra el indio. El gaucho ha sido, por tanto, un tipo local y transitorio. No obsta ello a su trascendencia en la historia patria, pues superaba, por razones de raza, de espíritu y de clima, a los demás criollos, y ocupó las regiones más dilatadas y favorables del país.

Era fuerte y hermoso por su complexión física; cetrino de piel, tostado por la intemperie; mediano y poco erguido de estatura; enjuto de rostro como un místico; recio y sarmentoso de músculos, por los continuos y rudos ejercicios; agudo en la mirada de sus ojos negros, habituados a sondar las perspectivas del desierto. Su temperamento se había hecho nerviosobilioso por la alimentación car-

nívora y el género de vida. Si sobre su corcel era como un centauro, a pie, por la misma costumbre de vivir desde niño cabalgando a través de inconmensurables distancias, resultaba de figura un tanto deslucida, ligeramente agobiado de espaldas y combado de piernas. Por sus facciones correctas, sus sedosos cabellos y barba, y sobre todo por la gracia emoliente de sus mujeres, recordaba al árabe trasplantado a las orillas del Betis.

Entregóse al pastoreo, su medio de subsistencia; pero en una forma peculiar, distinta de las hasta entonces conocidas. La inmensidad de los rebaños caballares y vacunos dispersos en estado silvestre y su fácil propagación sin los cuidados del hombre, dieron a esta industria, en las pampas, un carácter que participaba del de la caza. El gaucho dividía sus faenas entre el apresamiento del ganado salvaje y su domesticación a campo raso. En cambio, desdeñaba la agricultura, que apenas conocía. Su estirpe guerrera, su alimentación substanciosa, la fuerza y destreza que necesitaba para explotar su ganadería, la soledad de las llanuras donde moraba libremente, sin sujeción a autoridad alguna, así como sus repetidas luchas para defenderse de las incursiones de la indiada, en unas fronteras movibles que le circundaban por doquiera, le templaron el cuerpo y el alma. No en vano deriva su nombre, según una etimología probable—por la "inversión silábica apellidada metátesis, y por la acentuación y preeminencia de la vocal fuerte",—de la voz quichua *guacho*, que significa huérfano, sin padres conocidos, abandonado, errante (1). Confirma esta hipótesis filológica el hecho de que, hasta tiempos recientes, se consideraba dicterio en la campaña el epíteto de "gaucho".

Felizmente era dueño de fuerzas y energías para

(1) P. Groussac, "El Viaje intelectual" ("El Gaucho"), Madrid, 1914, página 57.

sobreponerse a su orfandad y aislamiento. En toda la época colonial y hasta el último tercio del siglo XIX, cazador de ganado bravío, domador de potros, capataz y peón de *rodeos*, y soldado y centinela de la civilización en los dominios seculares del indio, ha vivido toda una epopeya de emboscadas y sobresaltos (1). Como en el desierto el árabe, cuya sangre corría sin duda generosa por sus venas, tenía en las pampas, para sus luchas y vicisitudes, un aliado y compañero inseparable: su caballo.

Poseía un espíritu contemplativo y religioso. Falto de escuelas, su filosofía era simple ciencia de la vida, formulada en abundantes sentencias y refranes. Falto de iglesias, su misticismo se convertía en poéticas supersticiones de aparecidos y "luces malas". Dios y sus bienaventurados tenían para él una existencia abstracta y lejana; sólo el diablo — Mandinga, el Malo o Juan sin ropa —, asumía una realidad más concreta y asequible, mostrándose en formas varias a los mortales, para burlarlos, aterrorizarlos y perderlos.

Llevaba en sus rancherías una existencia individualista, de esforzada ayuda propia, sin formar comunidades domésticas ni políticas, pues no las reclamaban las condiciones de su rudimentaria economía. Aunque poseedor de rebaños, con cuyas carnes se alimentaba, no hacía fructificar sus riquezas, por falta de ambiente y de aptitudes para el comercio. Vivía en la admirable sencillez de los hombres primitivos; era sobrio y hospitalario como los pastores de las églogas; llamaba "hermanos" a sus prójimos, y en su choza les brindaba el apetitoso *churrasco* con que reponían sus fuerzas. Siempre

---

(1) De este género de vida, así como de la herencia psicológica del gaucho, deriva lo que Juan Agustín García ha llamado el "culto nacional del coraje". J. A. García, "La Ciudad Indiana", Buenos Aires, 1900, páginas 16-17. C. O. Bunge, "Nuestra América" ("Ensayo de Psicología social"), Buenos Aires, 1919, páginas 154-159.

a caballo, consideraba indigno de su prestancia y señorío, y como una desventura, que algún accidente le obligase a andar a pie por las pampas, aunque fuese corto trecho. Con todo, lo prefería a montar en yegua, lo cual simbolizaba, para su espíritu simple y gallardo, la última e inconcebible miseria.

Su vida era más o menos nómada, según la localización de las aguadas y las migraciones del ganado. Sus deportes favoritos, las carreras de *parejeros*, las corridas de sortija, el boleo de avestruces, el homérico juego del *pato*. Congregados para éste de varias leguas a la redonda, hervían en remolinos varios centenares de centauros, disputándose a *pechazos* una pelota de cuero. Prohibiéronlo las autoridades, porque en el campo quedaban siempre algunos jugadores, maltrechos o muertos (1).

Apenas probaba el alcohol, que era caro y escaso en las dispersas pulperías de las pampas. Usaba como única arma el *facón*, al costado, sujeto de un cinto de cuero, que a veces abrochaba con monedas

(1) Los antiguos deportes del gaucho se han transformado o caído en desuso. Las carreras, en las cuales se cruzaban apuestas, lo eran de caballos "parejeros", así llamados porque corrían de a dos, por parejas. Cada gaucho tenía el suyo, al que cuidaba con especial atención, con cariño, casi con gratitud. Las "corridas de sortija" consistían en ensartar en un palillo que llevaba en la mano el jinete, pasando a la disparada, un anillo que pendía de un lazo. Para el juego del "pato" se dividían los gauchos en dos bandos numerosísimos. Alineábanse estos bandos, frente a frente, como para entrar en colectivo torneo o campal batalla. Un anciano lanzaba, tan alto como podía, una pelota de cuero con dos asas o manijas; dentro se encerraba un ave muerta. Quien la atrapase en el aire debía sostenerla con el brazo levantado, por una de las manijas, presentando la otra a los contrincantes, que se disputaban la pelota a "pechazos" de los caballos, no siempre dóciles. El vencedor, al quedar definitivamente dueño del trofeo, lo llevaba a un rancho, donde estaba prevenido el convite de "asado con cuero" y "tortas fritas". Preparada el ave, la presentaba a la dama de sus pensamientos. Conjeturo que el nombre del juego provenía de haberse usado primitivamente al efecto un pato salvaje, cazado vivo, cuyas alas, quebradas o rotas, hacían de asas. Luego, por razones fáciles de presumir, se utilizó la pelota de cuero, y fué substituído el pato por un pollo desplumado y limpio.

y herrajes de plata. Sus instrumentos de trabajo eran la indispensable tropilla de *redomones,* el *recado* y demás arreos de montar, el lazo y las boleadoras. Dejábase caer el cabello en ondas, casi hasta los hombros. Presumido y donjuanesco, ostentaba con infantil orgullo los bríos y *pilchas* de su cabalgadura y las galas de su indumentaria. Bien decía el refrán que "al gaucho van las prendas". En aquel medio nivelador como el de las envidiosas democracias, cada cual demostraba su superioridad en su equipo. Vestía el gaucho poncho de vicuña, *chiripá* de paño negro y calzoncillo de hilo desflecado; tocábase con airosa chamberga, a lo mosquetero, y calzaba *bota de potro,* con pesadas espuelas *nazarenas.* Así nos aparece su poética silueta, desvaneciéndose a uña de caballo en las lejanías de la Pampa.

Trovador de abolengo, habíase traído de Andalucía la guitarra, confidente de sus amores y estímulo de sus donaires. Sentado sobre un cráneo de potro o de vaca, bajo el alero del rancho, o bien sobre las salientes raíces de un ombú, tañía las armónicas cuerdas para acompañar sus canciones dolientes o chispeantes, a cuyo ritmo bailaban los jóvenes. De este modo se unían en una sola manifestación, como en las culturas primitivas, las tres artes: danza, música y poesía. En la danza alternaban movimientos graciosos, casi solemnes, y alegres zapateos. En la música — *cielitos, vidalitas, tristes,* a veces no sin marcado sabor morisco —, recordaba las melodías populares de la bendita tierra de los claveles y de

---

Este juego, que era tal vez el más característico, dejóse de jugar completamente desde mediados del siglo XIX. Por su brutalidad y lamentables consecuencias lo prohibieron las autoridades; hoy queda apenas su recuerdo. Otro de los deportes favoritos del gaucho era bolear avestruces y gamos, así como la caza de perdices con un lazo corredizo atado al extremo de una caña. Jugaba también a los naipes (al truquiflor o "truco" y al monte) y a la taba. Era apasionado por las riñas de gallos.

las castañuelas. En la poesía, todo era espontaneidad y gracejo (1). Olvidadizo y versátil, no poseía romances tradicionales, de esos que se perpetúan de padres a hijos, sin alterarse fundamentalmente el texto. Su característica era la improvisación, generalmente lírica, y en ocasiones picaresca. Abandonándose a la inventiva e inspiración del momento, también en lo poético, como en lo económico, el gaucho vivió siempre al día.

Su costumbre de repetir poco las trovas ajenas y de olvidarlas, y su aptitud imaginativa para improvisar acompañándose con la templada guitarra, produjeron el arquetipo de la raza: ¡el *payador!* Era el profesional de la poesía y la música, el rapsoda errante que se disputaban las mozas y andaba de pago en pago luciendo su incomparable habilidad. Se le requería, se le agasajaba, se le amaba; su sola presencia implicaba una fiesta en aquellas soledades, donde casi no se conocía más género de diversiones públicas que las riñas de gallos. Maestro en su doble arte, manejaba con sin par donosura el castizo lenguaje gauchesco, conservado con ligeras modificaciones locales como lo importaran los conquistadores en el siglo XVI, aunque reduciendo desgraciadamente el vocabulario por carencia de literatura escrita. Era fértil en imágenes, como los poetas orientales; casi no se expresaba más que con metáforas y en estilo figurado. Fácil lirismo tenía en el fondo del alma y el chascarrillo a flor de piel. Prolongaba inmensamente notas trémulas, vibrantes, cálidas, que se dirían nacidas, más que de humano pecho, de las entrañas mismas de la Pampa, como por evocación divina. Con tal soltura versificaba en el octosílabo de los romances viejos, barajando asonancias y consonancias, que el verso parecía su natural medio

(1) C. O. Bunge, "Nuestra Patria", ("La Poesía gauchesca"), Buenos Aires, 1910, páginas 154-159.

de expresión. Por eso nadie le igualaba en inventar la cuarteta de oportunidad, con la que entablaban dos cantores, ante la rueda de público y animados por sus aplausos, la *payada de contrapunto.* Consistía ésta en una especie de torneo del ingenio; los contrincantes se proponían, el uno al otro, chungueándose, obscuros y cándidos enigmas. Al sentirse rendido por el esfuerzo de contestar en rimas y de improviso, tenía el más débil que poner punto final a la retórica contienda, terminada alguna vez en sanguinaria lid.

Abandonado a sí mismo en el desierto, el gaucho se formó, de acuerdo con sus necesidades y con las ideas éticas traídas de España, su derecho consuetudinario, de un tipo sorprendentemente primitivo, casi salvaje. Desconocía la propiedad privada de la tierra, respetando solamente la de la casa-habitación, con su huerto o chacra, así como la del ganado doméstico. ¡La Pampa era de todos y para todos! En los bienes muebles, identificábase la propiedad con la posesión, hasta el punto de que, cuando se extraviaba un objeto en el campo, su dueño carecía de derecho para reivindicarlo de quien lo hubiera recogido. La "cosa hallada", según la expresión corriente, significaba siempre cosa propia; si por hereditario escrúpulo de conciencia se devolvía, no era a título gratuito, sino mediante el cobro de "albricias". Por supuesto, no se sospechaba la testamentificación, y apenas se conocía el derecho hereditario. La locución "bienes de difunto", usada aún por el pueblo para significar bienes mostrencos, es indicio de que no heredaban los parientes más cercanos, sino quienes, por la mayor proximidad material, se hallaban en situación más favorable para la desordenada partija del haber sucesorio, apenas enterrado el *de cujus*. El derecho procesal y el penal se confundían con la ven-

ganza, más que de familia a familia, de individuo a individuo, en forma de batalla singular.

Por su intenso amor al nativo suelo, aunque no poseyese sino confusa idea de la patria, nunca desoyó el gaucho su llamado. Ayudó a rechazar las invasiones inglesas, a las órdenes de Liniers. Siguió a Belgrano, a San Martín, a todos los generales de la guerra de la Independencia. Cuando las luchas de la organización nacional, formó en las huestes de los caudillos rurales que levantaban pendón y caldera. Mas, apenas organizada la república, al concluir con las resistencias del indio fronterizo, caducó su gloria. En el último tercio del siglo XIX, falto de papel en el drama de la vida, estaba como demás sobre la tierra.

Comenzó entonces, con la ficción de la democracia en las campañas, su lamentable decadencia. El juez de paz, el comandante y el comisario le explotaban, especialmente con motivo de las parodias electorales; arreábasele a los comicios, como en rebaño. Quien se insubordinaba contra el caudillo oficialista sufría atroz perseguimiento. A veces tenía que huir del pago, acosado por la jauría policial, y se entregaba a la vagancia, al cuatrerismo y al alcohol.

Agravóse esta situación con el completo cambio de la economía ambiente. Ya no se hallaban vaquerías salvajes, y el abigeato se castigaba con severidad. Los campos, cuyo valor se multiplicaba de año en año, dejaron de ser yermos. Las propiedades, divididas y subdivididas, se deslindaban con cercos de alambre, impidiendo así, al gaucho fugitivo o *matrero,* correr a campo traviesa como acostumbraba, "cortar campo". Los puebleros tomaban posesión de las estancias, expulsando a los ocupadores si carecían de títulos de dominio; si por ventura los habían adquirido, como no supieran sacar a la propiedad la renta indispensable, el Es-

tado, agobiándolos a impuestos, los ponía en el trance de enajenarla. Poco después, el ferrocarril y el telégrafo interrumpían nuevamente la inmensidad, acortaban las distancias y transformaban los medios de transporte. Renovada la técnica, el estanciero criollo abandonaba los antiguos procedimientos, por demasiado costosos y poco fructíferos, y adoptaba herramientas europeas de trabajo, no siempre de fácil manejo. El ganado mismo se mestizaba, con ejemplares de razas selectas, traídos del extranjero; debía ahora tratárselo con otros miramientos y hasta con ciencia; no era ya como cosa sin dueño o de escaso valor, sino rica y frágil mercadería. Puesto que se estropeaban y aun perecían las reses finas con las boleadoras y los *piales*, se prohibió su uso; las habilidades de que tanto se ufanaba el peón criollo llegaron a ser, más que inútiles, nocivas. Con el tiempo y para remate, la despreciada agricultura iba a ensayarse en grande escala, reduciendo las tierras destinadas a la ganadería. Por todas partes se veía la hercúlea mano de una nueva civilización, que barría la leyenda y el romanticismo de los tiempos bárbaros y heroicos (1).

¡Mal podía avenirse a tan nuevas e imprevistas circunstancias el gaucho, semisalvaje y seminómada! Señor antes y dueño de la llanura y de la inagotable riqueza de sus rebaños, desdeñaba el trabajo manual, como indigno de su hidalga estirpe. Sólo a regañadientes podía obedecer a esos amos "maturrangos", afeminados por la molicie de la vida de ciudad. Resultaba hasta mediocre peón, incapaz de otra tarea que la doma varonil y el *rodeo* en campo abierto.

Hízose necesario atraer al inmigrante, que afluyó a las pampas, como a una nueva Tierra de Promisión. Más dócil y disciplinado, más adaptable

(1) C. O. Bunge, "Nuestra América", páginas 193-194.

y ahorrativo, aunque no tan sobrio y valiente, iba desalojando al gaucho de las labores rurales. Así éste, a fines del siglo XIX, eterno proscripto de la nueva civilización, si bien representante de la antigua, fué apenas una sombra de lo que había sido. Obscurecióse su alma, al paso que iba trocando algunas de sus prendas tradicionales: la *bota de potro* por la alpargata, el *chiripá* por la bombacha, las boleadoras por el arado. Solía olvidar hasta la noble vihuela, para substituirla por el plebeyo acordeón. Aunque despreciara al inmigrante, a quien apellidaba despectivamente *gringo* o *gallego,* de él aprendía el uso de la moderna técnica, agauchándole a su vez, por recíproca influencia. El mismo extranjero, encariñado con su tierra de adopción, requería a las morochas del pago, para los honestos fines del matrimonio. De esta suerte se ha venido propagando el tipo vario y complejo de una nueva generación de gauchos europeizados o de europeos agauchados, que, por cierto, parecen heredar las buenas cualidades de su doble abolengo. Es el argentino del futuro y casi diría del presente... ¡Es hoy el argentino!

Aparte de contribuir a poblarla con este retoño moderno y de no escatimarle jamás el tributo de su sangre, que corrió a raudales en la defensa y como para la fecundación del suelo, el gaucho ha prestado a la república mayor servicio aún y más alto homenaje. ¡Ha sido entre nosotros el sembrador del ideal! ¿Quién mejor que el desvalido hijo de las pampas difundió por estas tierras la fortaleza de espíritu, la ayuda de sí mismo, el principio de la lealtad, el culto del coraje, el amor a la patria?... En el lenguaje popular "ser gaucho", lo que otrora fué insulto, significa ahora ser fuerte y diestro, y "hacer una gauchada", realizar una hazaña. Por este arte, la voz de Dios, que constituye

la voz del pueblo, ha proclamado al gaucho modelo de hombría y de nobleza.

No obstante tales méritos, acaso exagerados por el patriotismo y la literatura, fuerza es confesar que no todo ha sido gloria en su carácter. Cada cual tiene los defectos correspondientes a sus cualidades. Descrito el anverso de esta medalla antigua, veamos el reverso. La arrogancia del gaucho fué también ánimo de venganza; el espíritu de contemplación, incuria e ineptitud para el trabajo metódico y el ahorro. Vengativo como el corso, al sentirse ofendido en sus derechos, no paraba hasta matar o ser muerto. Fatalista como el árabe, cuando ya no pudo competir con el moderno industrialismo, dejóse vencer por vicios tabernarios, hasta acabar condenado a servir en los ejércitos de las fronteras y a consumirse en las cárceles. A pesar de todo, se conservó siempre relativamente verídico, y nunca fué por idiosincrasia ladrón. El cuatrerismo, hijo más de la necesidad que de la codicia, no contradecía su honradez, pues el ganado, según la tradición del país, era como *res nullius*, cuando silvestre, y, cuando doméstico, artículo tan abundoso y de reducido valor que se brindaba al peregrino. He ahí, en esas condiciones de veracidad y probidad, una prueba psicológica, si fuera necesaria, del escasísimo entroncamiento del gaucho con el indio, dado que éste jamás cumplió su palabra ni respetó la propiedad ajena.

Y es fuerza confesar también, con los defectos del gaucho, que, malgrado el patriotismo y la literatura, hoy nuestra clase culta le menosprecia. Convencionalmente, no diré que le admira como en tiempo de Echeverría, apenas le tolera; supónele potencia de retroceso y barbarie, de pereza y ferocidad... Es que se confunden las cualidades con sus correspondientes defectos, y las épocas y los sujetos. Desconociendo lo que fuera el gaucho au-

téntico, el histórico, el héroe de las pampas, se da ahora este nombre, más que al legítimo producto de su mezcla con el inmigrante, a ciertos espúreos imitadores, como el *compadrito* arrabalero y el matón de pulpería, que, so color de gauchismo, ignoran las virtudes de su pretérita grandeza para imitar los vicios de su presente decadencia... ¡Hora es de reaccionar contra tan injusta impresión! Precisamente, para destruir la caricatura abominable, ¿no será medio el más eficiente conocer y honrar al original?... El gaucho ha muerto. No pudiendo sobrevivir a las nuevas condiciones ambientes, no pudiendo sobrevivirse a sí mismo, el gaucho ha muerto. Ya no es más que un símbolo. Pero sus manes, por lo que antes encarnó su persona y hoy debe representar su recuerdo, no podrán menos de sernos propicios. Acaso su sombra vela sobre nosotros.

II

Como el derecho del gaucho, tampoco está escrita su verdadera literatura, su literatura popular, anónima por esencia. Fuera de algún tema heroico excepcionalmente impresionante, como el asesinato de Facundo Quiroga en Barranca Yaco, carecía hasta de asuntos concretos, pues no pueden considerarse tales sus líricas expansiones y sus burlas de circunstancias. Los romances que algunos compiladores recientes han recogido en la campaña, son más bien importados, en estos últimos tiempos, por inmigrantes españoles. El *payador* no era capaz de repetir sus cantares, pasado el momento de inspiración, para legarlos a las futuras generaciones. Sólo a principios del siglo XIX cundió la moda de que dictara sus declaraciones amatorias en verso, a fin de que el pulpero alfabeto, apellidado por esto "escribano", las trasladase a oloro-

so pliego de papel rosa o celeste y de orla picada, obtenido a buen costo. La preciosa obra de arte, por lo común compuesta de cuatro décimas en que se confundían asonantes y consonantes, era entregada a la dama inspiradora, quien, como no sabría leerla, acudiría a que se la declamara con entonación patética el caligráfico pulpero... Todo esto se ha perdido. El viento de las pampas ha dispersado las palabras de las trovas y los fragmentos de las misivas de amor, que ya ningún sabio indiscreto podrá recoger ni reconstruir.

Existe, en cambio, una especie de *mester de gauchería;* toda una literatura artística gauchesca, por cierto más o menos gauchesca, más o menos artística y hasta más o menos literatura. Es obra, en el último tercio del siglo XIX, de *payadores* suburbanos o de hombres cultos que supieron, aunque no interpretar ni idealizar al gaucho, siquiera describir sus actitudes y hábitos, ya imitando su lenguaje genuino, ya expresándose en una jerga popular semejante. Por sus aficiones o tareas, vivieron hasta cierto punto, durante largas o repetidas temporadas de campo, la vida de sus personajes. De ahí que sus composiciones, si bien a veces no son más que ingeniosos *pastiches,* en que los autores han puesto mucho de su alma de hombres civilizados a la europea, ofrezcan buen cúmulo de datos y un relativo valor documental, susceptible todo de aprovecharse si se aparta con buen sentido crítico cuanto haya de falso y de agregado. Pueden dividirse en cuatro géneros: *payadas,* poemas, novelas y teatro. Claro es que no incluyo entre tales obras las de autores de superior ilustración, que jamás convivieron con gauchos, como el poema *Lázaro* de Ricardo Gutiérrez (1) y el *Santos Vega* de Rafael Obligado (2),

(1) "Poesías escogidas", Buenos Aires, 1901, páginas 149-246.

(2) "Poesías" 2a. edición, París, 1905, páginas 205-228.

perla este último de las de más puro oriente entre las que ostenta la diadema de la patria poesía.

Las *payadas* artísticas constituyen el género que más se aproxima a la literatura popular gauchesca. Han sido dictadas o escritas por paisanos generalmente de los suburbios, algo más avisados y ladinos, y menos espontáneos por lo tanto, que el antiguo *payador* de la campaña. Tienen su amaneramiento y afectación, y, en general, son composiciones líricas amatorias y guasas ocasionales en malos versos. Por su indigencia de asunto y de forma ofrecen tan escaso mérito estético como interés sociológico.

Los más notables si no los únicos poemas gauchescos son el *Santos Vega* de Hilario Ascasubi (*Aniceto el Gallo*) (1), el *Fausto* de Estanislao del Campo (*Anastasio el Pollo*) (2), y *El gaucho Martín Fierro* y *La Vuelta de Martín Fierro* de José Hernández (3). Están escritos en el lenguaje y con la técnica poética mal o bien imitados del gaucho y del orillero, por gentes de familia y costumbres urbanas, que no gastaban habitualmente poncho ni *chiripá*, sino levita y hasta chaqueta militar. Ascasubi alcanzó en el ejército el grado de teniente coronel. Del Campo, que produjo también algunas poesías en correcto castellano, fué funcionario y diputado al Congreso Nacional. Hernández, periodista y comerciante.

El *Santos Vega* de Ascasubi, publicado en 1872, pretende describir, según reza un subtítulo de la

---

(1) H. Ascasubi, "Santos Vega o los Mellizos de la Flor", 2a. edición, Buenos Aires, 1893. Es también Ascasubi autor de las "Payadas de Aniceto el Gallo", Buenos Aires, 1900.

(2) "Fausto", "Impresiones del gaucho Anastasio el Pollo en la representación de esta ópera", 6a. edición, Barcelona.

(3) "El gaucho Martín Fierro", 14a. edición, Buenos Aires, 1897; "La Vuelta de Martín Fierro", 9a. edición, Buenos Aires, 1897.

obra, "rasgos dramáticos" de la vida del gaucho de fines del siglo XVIII y principios del XIX, pues la acción ocurre de 1788 a 1808. Aunque tiene la ventaja de la prioridad respecto de los demás poemas gauchescos, así como el mérito de cierta soltura y gracejo en la versificación, fáltale eficacia testimonial. El *payador* narra lo que no ha visto y apenas conoce de oídas; aún creo que no ha llegado a compenetrarse de la psicología y vida espiritual del gaucho coetáneo, si bien sabe describir sus usos y su ambiente geográfico. También se debe aquí descartar el *Fausto* de Del Campo, aunque poema lleno de positiva belleza, por la nulidad histórica de su argumento: las impresiones que recibe un gaucho al asistir como espectador a la representación de la célebre ópera de Gounod (1).

En compensación, los dos poemas de Hernández, *El gaucho Martín Fierro* y *La vuelta de Martín Fierro,* constituyen fuentes válidas, pues el autor describe hechos y casos de que ha tenido un conocimiento relativamente directo y personal (2). Están compuestos con talento y realismo, y en una forma sorprendente por su agudeza y derroche de sentencias y metáforas. A pesar de reconocer estas cualidades, muy distante estoy de hallarles el exagerado valor literario y la honda significación social y hasta filológica que les atribuye hoy una crítica tal vez más *chauviniste* que sincera (3). Crimen de lesa patria y sacrilegio de lesa poesía, si no

(1) C. O. Bunge, "Nuestra Patria" ("Anastasio el Pollo"), páginas 159-162.

(2) C. O. Bunge, "Nuestra Patria" ("El gaucho Martín Fierro"), páginas 163-169. De advertir es que el autor hace ahí un juicio literario más favorable al mérito de la obra de Hernández, lo cual se explica porque se trata de un artículo para un libro de lectura escolar y de índole nacionalista, y también por haber modificado en parte sus ideas sobre el asunto.

(3) Véase la encuesta sobre "¿Cuál es el valor de Martín Fierro?" en la revista "Nosotros", Buenos Aires, 1913, número 50, páginas 424-436.

interesada burla, antójaseme el proclamar las donosas parodias de Hernández altos poemas comparables a los de Homero o de Dante. A fuer de argentino y de universitario, no puedo menos de alzar mi voz, siquiera sea de paso, contra esas inepcias detonadoras, que, so pretexto de nacionalidad y abusando de la ignorancia y patriotería del vulgo, corrompen su sentido de lo bueno y de lo bello, tan necesario a la grandeza de los pueblos como la tierra que los sustenta y el sol que los alumbra.

Carece el *Martín Fierro,* así como de multitudes épicas, también de esas *dramatis personæ* llenas de vida y de acción, de esos desgarramientos pasionales que determinan la gloria de un Esquilo o de un Sófocles. El mismo héroe, con ser personaje casi único del poema, me resulta asaz desdibujado e incongruente: en ciertos momentos es cobarde asesino: en otros, dechado de patriarcales virtudes. Luce el poeta más ingenio que genio; salvo en ciertos pasajes patéticos, satiriza a su protagonista, como al desgaire. Cuando se lamenta del malestar y de las persecuciones que sufre el gaucho, en los momentos lacrimosos, sin duda los mejores, más que canta las cualidades y el triunfo de la raza, llora su envilecimiento y muerte; el poema es ahí melosa elegía, y no vibrante rapsodia ni potente tragedia. Aun la forma, con ser lo más notable de la composición, se halla obstruída por innobles juegos de palabras y por bufonadas conceptistas y fonéticos chistes indignos del gaucho. Imítase la plebeya, la enrevesada, la infecta germanía gauchidiablesca del moderno parásito de los suburbios, y no el lenguaje noble, arcaico y sencillo del antiguo señor de las pampas. Es que los *payadores* de ciudad han cultivado preferentemente el humorismo criolloandaluz del paisano, por cierto la fase menos grande y expresiva de su alma y de sus trovas, hasta el punto

de que debe considerarse síntoma de decadencia y de bastardía.

La novela gauchesca es un género que ha monopolizado, en larga serie de publicaciones, el periodista Eduardo Gutiérrez (1); principia y acaba con él. Literatura de folletín, realista por el asunto y romántica por el corte, está escrita a la ligera, sin la menor gala de estilo, en forma descosida y pedestre. No se imita a designio el rancio romance de los *payadores;* pero involuntariamente se emplea el corrupto lenguaje del pueblo porteño. Si carece de mérito literario, lo tiene documental, narrando episodios y tradiciones con sinceridad y sencillez. Su mayor virtud consiste en reflejar la vida y estado de alma del gaucho en el último tercio del pasado siglo. Desde tal punto de vista, *Juan Moreira*, la más típica de esas novelas, aventaja los mismos poemas de Hernández. El héroe, que tuvo existencia material, aparece más congruente en sus actos y pensamientos, más humano. De esta suerte, no obstante el largo éxito de librería y de crítica del *Martín Fierro*, el pueblo conoce mejor la figura ya legendaria del matador de Sardetti. En aquellos poemas busca ante todo chuscadas, para solaz del espíritu; a pesar de sus sentidos trozos elegíacos, más bien le hacen reir. En los episodios de la vida de Juan Moreira encuentra realidades que le conmueven hasta hacerle llorar.

El teatro nacional deriva de la novela gauchesca, principalmente del *Juan Moreira* (2). Transpor-

(1) Las más típicas de esas novelas son "Juan Moreira", "Juan Cuello", "Santos Vega", "Una Amistad hasta la Muerte", "Pastor Luna", "El Mataco", "Juan sin Patria" "El Chacho", "Los Montoneros", "El Rastreador", "La Muerte de un Héroe", "Hormiga Negra". Hay además otras de carácter histórico y policial. Las ediciones que he consultado llevan el pie de imprenta de Montevideo, sin fecha.

(2) No se ha publicado el texto de esos dramas del teatro nacional. Son generalmente "arreglados" por los mismos actores que los representan. Se los estrenó sucesivamente, durante los últimos lustros del siglo XIX, pri-

tado este asunto a la escena de los circos suburbanos, alcanza triunfo inequívoco. Con rabioso entusiasmo son aplaudidos sus personajes: Vicenta, la dama joven; don Gregorio, el "barba" o "padre noble"; el teniente alcalde don Francisco, el traidor; Sardetti, el gracioso; Julián, el confidente obligado, y, sobre todo Juan Moreira, el galán joven, el protagonista. Hase dado el caso de que algún espectador, confundiendo la ficción teatral con la realidad, como en el poema de *Anastasio el Pollo*, salte a las tablas cuchillo en mano, para defender a un valiente, en la escena final, cuando el destacamento de policía va a ultimar a Juan Moreira. La popularidad del drama ha sido parte a que merezca los honores de ser puesto en ópera, con el nombre de *Pampa*, por el maestro Arturo Berutti.

Nacido en la humilde cuna de las pantomimas de los "circos de lona", a fines del siglo XIX, el teatro nacional tomó inmediato incremento. Como las obras de asunto gauchesco eran las que mejor representaban sus actores, se multiplicaron rápidamente. Pero, al paso que crecía su mérito literario, decrecía su valor documental. De un gaucho de convención, remedo del de Eduardo Gutiérrez, que a su vez lo era de épocas anteriores a su decadencia, descendió al *compadre* arrabalero, como rueda una cascada desde la altura al llano.

Abona la exactitud de las descripciones y relatos de la literatura artística gauchesca, el hecho de componer todos una trama de sorprendente unidad; lejos de contradecirse, resultan una continua reproducción de los mismos tipos y conflictos. El interés que despiertan todavía en el bajo público se demuestra en haberse agotado múltiples edicio-

---

mero en los circos de los suburbios de Buenos Aires. Nuevamente "arreglados", aun se los representa en la mayor parte de los teatros de segundo orden de las principales ciudades de la Argentina y del Uruguay.

nes de esos libros y en la repetidísima representación de esos dramas. Eduardo Gutiérrez es aún como el pan cotidiano de los lectores y espectadores del suburbio y de la campaña. No menor difusión alcanza José Hernández, aunque ya entre gente menos rústica. Los admiradores de Estanislao del Campo, poeta superior aunque no tan popular, pertenecen casi por entero a la clase culta. En cuanto a los *payadores* líricos, puede decirse que con ellos han muerto sus obras; hoy no los recuerdan más que los ancianos y los eruditos.

Los más típicos personajes del mester de gauchería son siempre "gauchos malos", en lucha contra las autoridades y la sociedad. Tales Martín Fierro, Juan Moreira, Pastor Luna, Juan Cuello y demás. El mismo Santos Vega se nos presenta así en la novela de Eduardo Gutiérrez y en el teatro popular. Recuerdan a los tradicionales facinerosos de Sierra Morena. como Diego Corrientes y los Niños de Ecija. Sin embargo, son tan diversos el bandido andaluz y el "gaucho malo", que pueden considerarse tipos opuestos en su esencia y psicología, ya que no en sus dichos y modales. Aquél roba siempre y rara vez mata; éste mata siempre y rara vez roba. Aquél es burla y codicia, héroe cómico antes que trágico; éste, gravedad y desinterés, héroe trágico antes que cómico. Aquel representa el crimen en la impunidad; éste, la honradez en la desgracia. El uno es un pícaro con formas de caballero; el otro, un caballero con formas de pícaro. Por esto la literatura del gaucho no resulta nunca, en su tono y espíritu, literatura picaresca, antes bien fundamentalmente caballeresca. En rigor, la literatura de poncho y *facón* no es más que una manera rústica y nueva de la literatura de capa y espada.

III

Salvo ciertas composiciones líricas o humorísticas, versa toda sobre dos contiendas de derecho: el duelo a cuchillo y la persecución de la justicia contra el duelista que mató a su adversario. Por su unidad y monótona repetición reúne este argumento siempre jurídico preciosa copia de hechos.. Descartando las calumniosas bufonadas y los anacronismos psicológicos en que incurren los autores, se puede inferir de sus obras, si no íntegramente el derecho consuetudinario del gaucho, por lo menos su parte más dramática y significativa, la procesal y penal.

En esta literatura el duelo a cuchillo constituye la más genérica, aun se diría la única institución típica del derecho consuetudinario del gaucho. ¿Trátase acaso de una invención romántica de los autores? Yo no vacilo en afirmar que, por el contrario, se trata de la puntual comprobación de un hecho histórico.

El gaucho carecía de instituciones judiciales, puesto que el Estado no podía establecerlas ni sostenerlas en el desierto. Carecía asimismo de organización gentilicia, no requerida ni engendrada por la economía ambiente; su familia, si tal puede llamarse, era por necesidad concubinaria y casi como de ocasión. Sin sociedad ni comunidad gentilicia o familiar, el gaucho repelía individualmente la agresión o el agravio. Hacíase justicia por su mano.

¿Cómo? No es creíble que fuera en emboscadas y por sorpresa, a traición. Debió rechazar el general consenso tales procedimientos, que hubieran comportado intolerable inseguridad para todos; además, estaban en repulsa con las castizas tradiciones de hidalguía. Quien a ellos apelase, cegado por la pasión, había de merecer tacha de "cobar-

de" y unánime repudio; aun correría el riesgo de ser a su vez castigado en la misma forma, por esa ley del talión que constituye la justicia de los pueblos bárbaros. Representa esta doctrina ética, en la literatura que me ocupa, una especie de idea madre, algo como el *leitmotiv* de los traidores en las óperas sinfónicas.

Tenía la institución del duelo judicial, en España, remotísimo origen. Existió entre los celtohispanos de la época prehistórica, y quizá entre los mismos íberos (1). Aunque no se ha probado documentalmente, es de conjeturar que subsistiera durante la dominación romana, puesto que su derecho no suprimió el local, sobre todo en los campos. La conquista visigoda aportó, con las costumbres germánicas, una forma aun más neta del duelo como prueba judicial. Recurríase a la justicia absoluta de la divinidad, que, conociendo por su omnisciencia la verdad ignorada por los hombres, había de favorecer en la lid al inocente y perjudicar al culpable.

Los doctos padres de los Concilios de Toledo suprimieron de la legislación visigótica todo linaje de pruebas bárbaras: las ordalías y el duelo judicial (2). Debieron éstas, sin embargo, persistir en las costumbres, dado que renacen en las disposiciones de los fueros y cartas pueblas de la época de la Reconquista. Ya el antiguo fuero de Sahagún prescribía el duelo (3). Era tal su generalidad en León y Castilla durante el siglo XII, que hasta el clero lo practicaba. Alfonso VI lo abolió, con otros malos fueros de Astorga, para el de esta

(1) E. de Hinojosa, "Historia general del derecho español", tomo I, Madrid, 1887, páginas 79-80.

(2) F. Martínez Marina, "Ensayo histórico-crítico sobre la legislación y principales cuerpos legales de los reinos de León y Castilla", 3a. edición, Madrid, 1845, página 258.

(3) "España sagrada", tomo XVI, apéndice XII.

villa, pues lo encontraba impropio de siervos de Cristo (1). En el Código de las Partidas, aunque se desconocen las llamadas "pruebas vulgares", reglaméntase prolijamente el duelo como institución fundamental, tratando por separado cada una de las dos partes que lo componen: el "riepto" o desafío primero y luego la lid (2).

Contradicción semejante y dadas las nuevas circunstancias, forzoso es que se transplantase y retoñase vigorosamente el "derecho de batalla" entre los pobladores de las pampas. Existiendo la institución en la España de los tiempos de la conquista, hubo la indispensable *juris continuatio*. Pero, por ausencia de jueces, perdió pronto en el Río de la Plata su carácter judicial y sus caballerescas solemnidades. El "riepto" no era más que un cambio de palabras, y a veces sólo un ademán provocativo, un gesto. Los contendientes enrollaban en el brazo izquierdo el poncho, que hacía de escudo. Empuñado el *facón*, poníanse en guardia a nerviosa distancia, cimbreando la cintura sobre los elásticos jarretes. Las miradas se cruzaban siniestras como las cuchillas; las cuchillas se cruzaban súbitas como las miradas... Un rapto de coraje cuerpo a cuerpo, un ríspido choque de los aceros, una chispa, un "ay"; y cae a plomo el vencido, abiertas las entrañas, en blanco la pupila... El vencedor, después de limpiar en el césped el arma y envainarla, montaba a caballo, y, sin volver la cabeza, paso a paso se perdía solitario en el silencio. Había vengado la injuria; había cumplido con su ley. Era todo un hombre. ¡Era un gaucho!

De la frecuencia de estas batallas singulares se ha inferido, al modo romántico, que el hijo de las

---

(1) "Etiam litem quia servi Christi non debent litigare". F. Martínez Marina, op. cit., página 261.

(2) Partidas, VII, III y IV.

pampas fué caballero excesivamente pundonoroso, con un "sentimiento medioeval del honor". Incúrrese ahí en egocéntrica falacia, suponiendo en la lid bárbara caracteres semejantes a los que hoy ofrece el duelo entre la gente culta. De las ideas y género de vida del gaucho no resultan tales exquisiteces, propias de los autores de la literatura de gauchería y no de sus bastos personajes. El gaucho desafiaba, simplemente, para hacerse justicia al sentirse ofendido, más que en su buen nombre, en sus legítimos derechos, autorizados por la costumbre. Los casos más corrientes ocurrirían cuando un extraño le robase la hembra sobre el anca del caballo o pretendiese desalojarle del campo que ocupaba con su ganado. Al combate singular recurría entonces, así como los hombres civilizados acusan o demandan ante los tribunales, para castigar el ataque y hacer efectivos sus fueros. El *moreirismo* de los modernos matones del campo, que asesinan so capa de caballería, es una exageración si no una falsificación, originada en una literatura mediocre, del antiguo duelo jurídico de los gauchos. Aquello respondía a los usos, al derecho y a la moral de la época; esto, en cuanto implica la inseguridad de la vida, ataca los usos, el derecho y la moral de todas las épocas. Aquello, por el escarmiento de los malos, propendió a establecer sistemáticamente la paz jurídica; esto no es más que su sistemática violación.

Alguna vez en la novela gauchesca, como para encarecer la naturaleza jurídica ya que no judicial del duelo, el ofendido cita previamente al ofensor ante el juez de paz. Tal Juan Moreira al pulpero Sardetti, al reclamarle la suma que le prestara. Sólo cuando el reo niega la deuda y el juez de paz o quien le representa el legítimo derecho del actor, recurre éste al desafío, en forma ruda y sumaria, sin testigos forzosos. Negada la justicia del hom-

bre, apela a la justicia de Dios. Pero esta demanda de Moreira es mero artificio dramático del autor. para justificar el odio que cobra el gaucho a una magistratura infame y a una policía sanguinaria. En todo caso, semejante procedimiento no era posible antes de que se implantase la justicia de paz en las pampas.

El héroe gaucho no mataba a su prójimo sin motivo ni por la espalda; había de ser en justicia y cara a cara, "en buena ley". Salta a cada paso esta expresión popular a la pluma de Eduardo Gutiérrez. Así, cuando Moreira da parte a don Gregorio, su padre político, de que mató al pulpero, pregúntale el anciano: "¿En buena ley?" Por toda respuesta, el héroe le enseña la herida que recibió en el pecho. Ejemplos de este género pueden multiplicarse hasta el cansancio. Sólo el gaucho débil y despreciable, digno del mayor castigo, fuera capaz, como ocurre en nuestros días, de asestar una puñalada en el riñón.

En la legislación foral, sobre todo en el Fuero Viejo de Castilla, y en las *fazañas* de los siglos XII y XIII, así como en las leyes de Partida, la lid no era institución de pecheros y "homes buenos", sino más bien de próceres, hijosdalgo e infanzones. Como privativamente a la nobleza compitió por último el "derecho de batalla", dijérase que tal procedimiento no había de cumplir al gaucho; rústico y pobre, antes que señor parecía villano... Pero el español de América fué siempre caballero; su limpieza de sangre le servía de ejecutoria. Teníala el gaucho, pues no entroncó con el negro, y su escaso mestizaje con el indio, según las ideas corrientes, no implicaba desdoro para su tácito blasón.

El signo ostensible del caballero era su derecho de portar armas, especialmente la espada, estoque o verdugo, al cinto. Los gachupines o chapetones y

los indianos la usaban todos. Una pragmática de Felipe II, inserta en las Leyes de Indias, sólo prohibía que fuera "de más de cinco cuartas de vara de cuchilla". (1) En cambio, otras pragmáticas, de Carlos V, Felipe II y Felipe IV, compiladas en el mismo código, negaban el derecho de andar armados a los mulatos y zambaigos, negros y loros libres o esclavos, aunque fuesen criados o acompañantes de virreyes, ministros y alguaciles mayores. (2)

El gaucho no usaba espada. Tampoco gastó nunca, a pesar de su natural señorío, casaca, chupa, calzón, zapatos de hebilla ni sombrero de tres picos. Tanto por su pobreza como por su género de vida, eterno jinete, adoptó otra indumentaria. Y también otra arma; aquella que pendía siempre de su cinto, en vaina de cuero: el *facón*. Merece éste una descripción exacta, para que se comprenda la naturaleza del duelo gauchesco. Según ejemplares del siglo XVIII que he tenido a la vista, era un término medio entre la espada y el cuchillo común, menos largo que aquélla y menos corto que éste. Su hoja, recta, ancha, con punta, filo y contrafilo, o bien sólo con punta y filo, medía unas dos cuartas, y se hallaba unida a la empuñadura por los gavilanes en forma de *s*, para proteger la mano. Muy frecuentemente era una verdadera espada toledana, acortada con la piedra de afilar, en cuyo manejo sobresalía el gaucho. Aunque se usaba como instrumento de trabajo y para partir la vianda, su construcción revela que fué ante todo arma de combate; esgrimiéndolo con destreza, el gaucho se defendía hasta del sable del soldado y de la lanza del indio. A fines del siglo XVIII se generalizó, sin reemplazarlo, dado que se llevaba simultáneamente, un pequeño cuchillo de bolsillo, al que se denominó *fillingo*.

(1) Leyes de Indias, IV, VI, 3; VII, VIII, 9.
(2) "Ibid.", VII, V, 14, 15, 16, 17 y 18.

Curioso sería indagar de donde proviene el vocablo *facón*, argentinismo que aun no registran los diccionarios castellanos. A todas luces es un aumentativo de *faca* (del latín *falx*), que, según la Academia Española de la Lengua, significa "cuchillo corvo". En tal sentido usaban la palabra los escritores clásicos, aunque también en nuestros días se llama vulgarmente así "un cuchillo recto y filoso". Esta última acepción es probablemente posterior a la conquista. Figúraseme que, tanto en España el nuevo significado de la voz "faca", como en la Argentina el de la voz *facón*, proceden de haberse dejado de usar el cuchillo corvo. Ahora bien, no estará demás recordar que, según una carta del padre Cattaneo, aun a principios del siglo XVIII, los gauchos explotaban las vacadas bravías desjarretando las reses, a caballo, con "un instrumento cortante en forma de media luna". (1) ¿No es de suponer que tal fuera el cuchillo primitivo del gaucho, trocado luego por el *facón*, precisamente a mérito de su necesidad de llevar siempre consigo una arma de combate para defenderse cuando fuera desafiado? En su indigencia de vocabulario, por su analfabetismo, no halló a mano otro término para designar esta arma, que el aumentativo del nombre de la que antes usara y a la que con ella substituía.

No menos curioso es observar la última transformación que sufre el arma del gaucho, a fines del siglo XIX. Su hoja se acorta nuevamente y se ensancha, y la empuñadura pierde los gavilanes. Aunque cuchillo de uso familiar, conserva, más impropiamente que nunca, su nombre tradicional de *facón*. Sin embargo, ya no es arma de combate; su esgrima no implica valor y destreza; más que para

---

(1) C. Cattaneo, "Cartas de los padres Cattaneo y Gervasoni", en la "Revista de Buenos Aires", tomo VIII, Buenos Aires, 1865, páginas 385-386. Citado por J. A. García, "op. cit.", páginas 27-28.

largo y accidentado duelo, sirve para alevosas puñaladas. He ahí cómo, en estas tres sucesivas transformaciones, vienen a evidenciarse las tres épocas de la evolución del gaucho: en la edad primitiva de la conquista, la faca es simple instrumento para explotar las vaquerías salvajes; en la edad bárbara de la colonización, el *facón* es arma de combate singular; en la edad de la decadencia, por la primacía de una nueva cultura, no es ya más que una herramienta de mesa y una especie de arma de bolsillo.

Como el duelo constituía para el gaucho una institución de derecho consuetudinario, aceptada y reconocida por todos, y como matar en desafío no era delito, antes bien acto de justicia, el homicidio y las lesiones ejecutados en el campo casi no se castigaban. Basta para comprobarlo compulsar los archivos de nuestra justicia colonial. Los sumarios instruídos en las poblaciones que circundaban la ciudad de Buenos Aires, como la de Las Conchas, versan por lo común sobre otros hechos, principalmente el abigeato y el hurto.

Cambió esta situación a mediados del pasado siglo, cuando se promulgaron los códigos de la república y se estableció en la campaña la justicia de paz. Imitadas las leyes del extranjero, para nada tenían en cuenta la supervivencia del duelo a *facón* en el derecho consuetudinario del gaucho; el nuevo derecho legal le desconocía toda validez jurídica, penando como simple homicidio o lesiones sus naturales consecuencias. Iníciase entonces la tenaz persecución de la justicia moderna, que tenía a su favor el apoyo del Estado, es decir, de la policía y el ejército. Lo que antes fuera honra para un hombre, matar en duelo a su adversario, castigando su injusticia, hízose, ya que no oprobio, fuente de todo género de desdichas. Por esto, para el gaucho de fines del siglo XIX, según el lenguaje de la

época, matar en duelo se traducía por una expresión elocuente: desgraciarse, vale decir, caer en la desgracia. El duelista homicida, para hurtar el cuerpo a la sanción del gobierno, peleaba contra la policía, como Juan Moreira, y huía del pago, quizá a refugiarse en las tolderías de la frontera, como Martín Fierro. El *moreirismo,* ya que este ejemplo ha sentado entre el vulgo funesta escuela, más que en lógica matonería, ha venido así a caer en la superfetación de sempiternos atentados a la autoridad, extraños al gaucho de los tiempos clásicos. Tanto se ha pretendido engrandecer al personaje en novelas folletinescas y tanto se le achica en poemas dicharacheros y fotográficos, que el mester de gauchería parece obra de solapados enemigos y no de admiradores entusiastas. Sin quererlo y sin saberlo, le denigra y maltrae hasta el punto de que, si fuese en todo verdadero, resultaría el infortunado gaucho antes ludibrio que gloria de la nacionalidad argentina.

El drama de los últimos gauchos, dividido en dos partes, el duelo y la persecución de la policía, sintetiza nada menos que una forma del conflicto secular entre un derecho que muere y otro que nace. En la novela tipo de Gutiérrez, el héroe Juan Moreira, Vicenta la dulce esposa y madre, el imponente don Gregorio y el amigo Julián representan el derecho no escrito de la campaña, individualista y bárbaro. El pulpero Sardetti, el teniente alcalde don Francisco y las fuerzas de la policía, el derecho escrito de la república, social y democrático. ¡A muerte es la lucha! Sardetti defrauda y burla a Moreira; don Francisco le pone en el cepo y le desuella a latigazos. Naturalmente, el gaucho se desquita matándolos según su ley. Perseguido por la policía, se defiende y marca las etapas de su fuga a través de las pampas con los cadáveres de sus enemigos. Al ser acorralado, amaga sus últimos

mandobles y perece; pero no se rinde. Así un jaguar agonizante, de una dentellada o de un zarpazo, hiende aún cráneos y quiebra vértebras en la jauría implacable.

También una lucha social semejante, de dos derechos contradictorios, rememora por los siglos una de las obras más tiránicamente hermosas que ha creado el hombre: la *Orestíada* de Esquilo. Clitemnestra recibe a Agamenón, su esposo y rey, que vuelve de la guerra de Troya, tributándole hipócritamente honores que los mortales sólo deben a los dioses. Instigada por Egisto, su amante, aprovecha el momento en que el guerrero invicto se sacude en el baño el polvo de las batallas, para envolverle y paralizarle con una red y clavarle traidora el puñal. Desángrase el Atrida y muere con la majestad de un sol en el poniente. Queda Electra, la de brazos dolorosos, para llorar a su padre, y sus lamentaciones se desgranan como las perlas de un collar sobre una bandeja de plata. Queda Orestes, el de mirada de acero, para vengar su memoria, y su corazón se agita como hambriento leopardo encadenado a una roca. Cumpliendo misión justiciera, y por lo tanto civilizadora, el príncipe inmola a su adúltera madre y pulveriza al tenebroso Egisto. Las furias de cabellera de serpientes, como los gendarmes en el drama gauchesco, persiguen feroces al héroe, hasta el pie del altar de Apolo, quien le salva. La reina, su cómplice y las deidades primitivas encarnan la filiación materna y el derecho antiguo, el matriarcal, según cuyos principios el hijo de Clitemnestra, extraño a su padre, no pudo hacer justicia matricida. En cambio, Electra desmelenada y Orestes vengador, así como el dios joven, simbolizan el derecho nuevo, el patriarcal, que crea el gobierno absoluto del *pater familias* y cimenta el principio de masculinidad.

En la tragedia griega, atráese la simpatía del espectador el derecho nuevo, el que vence; en el dra-

ma gauchesco, a la inversa, el antiguo, el que es vencido por la fuerza pública. Esta inversión se explica. Esquilo escribió mucho tiempo después de establecido el patriarcado, y para la aristocracia ateniense, mientras que la literatura de gauchería se produjo para el bajo pueblo y en la época misma de la lucha. Además, en ésta se hace resaltar lo violento de la innovación jurídica, representando con colores ignominiosos, no del todo falsos por cierto, a las autoridades rurales del Estado, o sea a los personajes que simbolizan el derecho nuevo. Preveo que, en época no lejana, cuando su triunfo esté mejor consagrado en las costumbres y las ideas, se trocarán en el teatro nacional las simpatías del público. Si el asunto interesa aún, han de componerse nuevos dramas, en que se aplauda la justicia de los tribunales y se abomine, no del gaucho histórico, precursor de la nacionalidad, sino de su degeneración literaria, esto es, del *moreirismo*.

Sólo por una falsa generalización ha podido suponerse que el odio a las autoridades sociales y el desprecio de la ley fueran condiciones intrínsecas del gaucho. Los anales de la época del coloniaje, de las guerras de la Independencia y de las contiendas de la organización nacional nos le presentan siempre fiel a su patria y al gobierno. Aunque altanero e individualista, no se le puede conceptuar elemento de desorden. Los héroes de la literatura gauchesca son producto de un período crítico en que el gaucho defendió, con su derecho consuetudinario, nada menos que su existencia social, su vida. Fué vencido; su derrota estaba escrita en el libro de la historia. La lucha entre dos sistemas de derecho es, por su oculta esencia, lucha entre dos razas. La victoria implica la absorción y asimilación del vencido. La cultura, como la Esfinge, devora a quien no acierta a descifrar sus enigmas.

C. O. BUNGE.

MARTIN FIERRO

por JOSÉ HERNANDEZ

Martín Fierro

I

Aquí me pongo a cantar
Al compás de la vigüela,
Que el hombre que lo desvela
Una pena extraordinaria,
Como la ave solitaria
Con el cantar se consuela.

Pido a los santos del Cielo
Que ayuden mi pensamiento,
Les pido en este momento,
Que voy a cantar mi historia
Me refresquen la memoria,
Y aclaren mi entendimiento.

Vengan Santos milagrosos,
Vengan todos en mi ayuda,
Que la lengua se me añuda
Y se me turba la vista;
Pido a mi Dios que me asista
En esta ocasión tan ruda.

Yo he visto muchos cantores,
Con famas bien obtenidas,
Y que después de adquiridas
No las quieren sustentar:—

Parece que sin largar
Se cansaron en partidas.

Mas ande otro criollo pasa
Martín Fierro ha de pasar,
Nada lo hace recular
Ni las fantasmas lo espantan;
Y dende que todos cantan
Yo también quiero contar.

Cantando me he de morir,
Cantando me han de enterrar,
Y cantando he de llegar
Al pie del Eterno Padre—
Dende el vientre de mi madre
Vine a este mundo a cantar.

Que no se trabe mi lengua
Ni me falte la palabra—
El cantar mi gloria labra
Y poniéndome a cantar,
Cantando me han de encontrar
Aunque la tierra se abra.

Me siento en el plan de un bajo
A cantar un argumento—
Como si soplara el viento
Hago tiritar los pastos—
Con oros, copas y bastos
Juega allí mi pensamiento

Yo no soy cantor letrao,
Mas si me pongo a cantar
No tengo cuándo acabar
Y me envejezco cantando;
Las coplas me van brotando
Como agua de manantial.

Con la guitarra en la mano
Ni las moscas se me arriman,
Naides me pone el pie encima,
Y cuando el pecho se entona,
Hago gemir a la prima
Y llorar a la bordona

Yo soy toro en mi rodeo
Y toraso en rodeo ajeno,
Siempre me tuve por güeno
Y si me quieren probar,
Salgan otros a cantar
Y veremos quién es menos.

No me hago al lao de la güeya
Aunque vengan degollando,
Con los blandos yo soy blando
Y soy duro con los duros,
Y ninguno, en un apuro
Me ha visto andar titubiando.

En el peligro ¡qué Cristos!
El corazón se me ensancha
Pues toda la tierra es cancha,
Y de esto naides se asombre,
El que se tiene por hombre
Ande quiera hace pata ancha.

Soy gaucho, y entiendaló
Como mi lengua lo explica,
Para mí la tierra es chica
Y pudiera ser mayor,
Ni la víbora me pica
Ni quema mi frente el sol.

Nací como nace el peje
En el fondo de la mar,
Naides me puede quitar

Aquello que Dios me dió,
Lo que al mundo truje yo
Del mundo lo he de llevar.

Mi gloria es vivir tan libre
Como el pájaro del cielo,
No hago nido en este suelo
Ande hay tanto que sufrir;
Y naides me ha de seguir
Cuando yo remonto el vuelo.

Yo no tengo en el amor
Quien me venga con querellas
Como esas aves tan bellas
Que saltan de rama en rama—
Yo hago en el trébol mi cama,
Y me cubren las estrellas.

Y sepan cuantos escuchan
De mis penas el relato
Que nunca peleo ni mato
Sinó por necesidá;
Y que a tanta alversidá
Solo me arrojó el mal trato.

Y atiendan la relación
Que hace un gaucho perseguido,
Que fué buen padre y marido
Empeñoso y deligente,
Y sin embargo la gente,
Lo tiene por un bandido.

II

Ninguno me hable de penas
Porque yo penando vivo—
Y naides se muestre altivo

Aunque en el estribo esté,
Que suele quedarse a pie
El gaucho más alvertido.

Junta esperencia en la vida
Hasta pa dar y prestar,
Quien la tiene que pasar
Entre sufrimiento y llanto;
Porque nada enseña tanto
Como el sufrir y el llorar.

Viene el hombre ciego al mundo
Cuartiándolo la esperanza,
Y a poco andar ya lo alcanzan
Las desgracias a empujones;
¡Jué pucha! ¡qué trae liciones
El tiempo con sus mudanzas!

Yo he conocido esta tierra
En que el paisano vivía,
Y su ranchito tenía
Y sus hijos y mujer...
Era una delicia el ver
Como pasaba los días.

Entonces... cuando el lucero
Brillaba en el cielo santo
Y los gallos con su canto
La madrugada anunciaba,
A la cocina runbiaba
El gaucho que era un encanto.

Y sentao junto al jogón
A esperar que venga el día,
Al cimarrón le prendía
Hasta ponerse rechoncho,
Mientras su china dormía
Tapadita con su poncho.

Y apenas el horizonte
Empezaba a coloriar,
Los pájaros a cantar,
Y las gallinas a apiarse,
Era cosa de largarse
Cada cual a trabajar.

Este se ata las espuelas,
Se sale el otro cantando,
Uno busca un pellón blando,
Este un lazo, otro un rebenque,
Y los pingos relinchando
Los llaman desde el palenque.

El que era pión domador
Enderezaba al corral,
Ande estaba el animal
Bufidos que se las pela...
Y más malo que su agüela
Se hacia astillas el bagual.

Y allí el gaucho inteligente
En cuanto al potro enriendó,
Los cueros le acomodó
Y se le sentó enseguida,
Que el hombre muestra en la vida,
La astucia que Dios le dió.

Y en las playas corcobiando
Pedazos se hacía el sotreta,
Mientras él por las paletas
Le jugaba las lloronas,
Y al ruído de las caronas
Salía haciéndose gambetas.

¡Ah! ¡tiempos!... era un orgullo
Ver ginetear un paisano—
Cuando era gaucho vaquiano

Aunque el potro se boliase
No había uno que no parase
Con el cabresto en la mano.

Y mientras domaban unos,
Otros al campo salían,
Y la hacienda recogían,
Las manadas repuntaban,
Y ansí sin sentir pasaban
Entretenidos el día.

Y verlos al caer la noche
En la cocina reunidos
Con el juego bien prendidos,
Y mil cosas que contar,
Platicar muy divertidos,
Hasta después de cenar.

Y con el buche bien lleno
Era cosa superior
Irse en brazos del amor
A dormir como la gente,
Pa empezar al día siguiente
Las faenas del día anterior.

Ricuerdo!...¡Qué maravilla!
Como andaba la gauchada,
Siempre alegre y bien montada
Y dispuesta pa el trabajo...
Pero al presente... ¡barajo!
No se le vé de aporriada.

El gaucho más infeliz
Tenía tropilla de un pelo,
No le faltaba consuelo
Y andaba la gente lista...
Tendiendo al campo la vista
Solo vía hacienda y cielo.

Cuando llegaban las yerras,
¡Cosa que daba calor!
Tanto gaucho pialador
Y tironiador sin yel—
¡Ah! ¡tiempos!... pero si en él
Se ha visto tanto primor.

Aquello no era trabajo
Mas bien era una junción,
Y despues de un güen tirón
En que uno se daba maña,
Pa darle un trago de caña
Solía llamarlo el patrón.

Pues vivía la mamajuana
Siempre bajo la carreta,
Y aquel que no era chancleta
En cuanto el goyete vía
Sin miedo se le prendía
Como güerfano a la teta.

¡Y qué jugadas se armaban
Cuando estábamos reunidos!
Siempre íbamos prevenidos
Pues en tales ocasiones,
A ayudarles a los piones
Caiban muchos comedidos.

Eran los días del apuro
Y alboroto pa el hembraje,
Pa preparar los potajes
Y osequiar bien a la gente,
Y ansí, pues, muy grandemente,
Pasaba siempre el gauchage,

Venía la carne con cuero,
La sabrosa carbonada,
Mazamorra bien pisada

Los pasteles y el güen vino...
Pero ha querido el destino,
Que todo aquello acabara.

Estaba el gaucho en su pago
Con toda seguridá;
Pero aura... barbaridá!
La cosa anda tan fruncida,
Que gasta el pobre la vida
En juir de la autoridá.

Pues si usté pisa en su rancho
Y si el alcalde lo sabe
Lo caza lo mesmo que ave
Aunque su mujer aborte...
No hay tiempo que no se acabe
Ni tiento que no se corte !

Y al punto dése por muerto
Si el alcalde lo bolea,
Pues áhi no más se le apea
Con una felpa de palos,—
Y después dicen que es malo
El gaucho si los pelea.

Y el lomo le hinchan a golpes,
Y le rompen la cabeza,
Y luego con ligereza
Ansí lastimao y todo,
Lo amarran codo con codo
Y pa el cepo lo enderiezan.

Ahi comienzan sus desgracias,
Ahi principia el pericón;
Porque ya no hay salvación,
Y que usté quiera o no quiera,
Lo mandan a la frontera
O lo echan a un batallón.

Ansí empezaron mis males
Lo mesmo que los de tantos,
Si gustan... en otros cantos
Les diré los que he sufrido.
Después que uno está perdido
No lo salvan ni los santos.

III

Tuve en mi pago en un tiempo
Hijos, hacienda y mujer,
Pero empecé a padecer,
Me echaron a la frontera,
¡Y qué iba a hallar al volver!
Tan solo hallé la tapera.

Sosegao viví en mi rancho
Como el pájaro en su nido—
Allí mis hijos queridos
Iban creciendo a mi lao...
Solo queda al desgraciao
Lamentar el bien perdido.

Mi gala en las pulperías
Era en habiendo más gente,
Ponerme medio caliente
Pues cuando puntiao me encuentro
Me salen coplas de adentro
Como agua de la virtiente.

Cantando estaba una vez
En una gran diversión;
Y aprovechó la ocasión
Como quiso el Juez de Paz...
Se presentó, y ahí nomás
Hizo una arriada en montón.

Juyeron los más matreros
Y lograron escapar—
Yo no quise disparar—
Soy manso y no había porqué—
Muy tranquilo me quedé
Y ansí me dejé agarrar.

Allí un gringo con un órgano
Y una mona que bailaba,
Haciéndonos rair estaba
Cuando le tocó el arreo—
¡Tan grande el gringo y tan feo!
Lo viera cómo lloraba.

Hasta un inglés sangiador
Que decía en la última guerra,
Que él era de Inca-la-perra
Y que no quería servir,
Tuvo también que juir
A guarecerse en la Sierra.

Ni los mirones salvaron
De esa arriada de mi flor—
Fué acoyarao el cantor
Con el grindo de la mona—
A uno solo, por favor,
Logró salvar la patrona.

Formaron un contingente
Con los que del baile arriaron—
Con otros nos mesturaron
Que habían agarrao también—
Las cosas que aquí se ven
Ni los diablos las pensaron.

A mi el juez me tomó entre ojos:
En la última votación
Me le había hecho el remolón

Y no me arrimé ese día,
Y él dijo que yo servía
A los de la esposición.

Y ansí sufrí ese castigo
Tal vez por culpas agenas,
Que sean malas o güenas
Las listas, siempre me escondo;
Yo soy un gaucho redondo
Y esas cosas no me enllenan.

Al mandarnos nos hicieron
Más promesas que a un altar,
El juez nos jué a ploclamar
Y nos dijo muchas veces:
"Muchachos, a los seis meses
Los van a ir a revelar".

Yo llevé un moro de número,
¡Sobresaliente el matucho!
Con él gané en Ayacucho
Más plata que agua bendita;
Siempre el gaucho necesita
Un pingo pa fiarle un pucho.

Y cargué sin dar más güeltas
Con las prendas que tenía,
Jergas, poncho, cuanto había
En casa, tuito lo alcé;
A mi china la dejé
Medio desnuda ese día.

No me faltaba una guasca,
Esa ocasión eché el resto;
Bozal, maniador, cabresto,
Lazo, bolas y manea...
¡El que hoy tan pobre me vea
Tal vez no crea todo esto!

Ansí en mi moro escarçiando
Enderecé a la frontera;
Aparcero, si usté viera
Lo que se llama cantón...
Ni envidia tengo al ratón
En aquella ratonera.

De los pobres que allí había
A ninguno lo largaron;
Los más viejos rezongaron,
Pero a uno que se quejó
En seguida lo estaquiaron
Y la cosa se acabó.

En la lista de la tarde
El jefe nos cantó el punto
Diciendo: "Quinientos juntos
"Llevará el que se resierte,
"Lo haremos pitar del juerte,
"Mas bien dése por dijunto".

A naides le dieron armas,
Pues toditas las que había
El coronel las tenía,
Sigún dijo esa ocasión,
Pa repartirlas el día
En que hubiera una invasión.

Al principio nos dejaron
De haraganes criando sebo,
Pero después... no me atrevo
A decir lo que pasaba
¡Barajo!... si nos trataban
Como se trata a malevos.

Porque todo era jugarle
Por los lomos con la espada,
Y aunque usté no hiciera nada,

Lo mesmito que en Palermo,
Le daban cada cepiada
Que lo dejaban enfermo.

¡Y qué indios, ni qué servicio!
No teníamos ni cuartel
Nos mandaba el coronel
A trabajar en sus chacras,
Y dejábamos las vacas
Que las llevara el infiel.

Yo primero sembré trigo
Y después hice un corral,
Corté adobe pa un tapial,
Hice un quiche, corté paja...
¡La pucha que se trabaja
Sin que le larguen un rial!

Y es lo pior de aquel enriedo
Que si uno anda hinchando el lomo,
Se le apean como plomo.
¡Quién aguanta aquel infierno!
Si eso es servir al Gobierno,
A mí no me gusta el cómo.

Más de un año nos tuvieron
En estos trabajos duros.
Y los indios, le asiguro,
Dentraban cuando querían:
Como no los perseguían
Siempre andaban sin apuro.

A veces decía al volver
Del campo la descubierta,
Que estuviéramos alerta
Que andaba adentro la indiada;
Porque había una rastrillada,
O estaba una yegua muerta.

Recién entonces salía
La orden de hacer la riunión
Y caibamos al cantón
En pelo y hasta enancaos,
Sin armas, cuatro pelaos
Que ibamos a hacer jabón.

Ahi empezaba el afán
Se entiende de puro vicio,
De enseñarle el ejercicio
A tanto gaucho recluta,
Con un entrutor... ¡que... bruja!
Que nunca sabía su oficio.

Daban entonces las armas
Pa defender los cantones,
Que eran lanzas y latones
Con ataduras de tiento...
Las de juego no las cuento
Porque no había municiones.

Y un sargento chamuscao
Me contó que las tenían,
Pero que ellos las vendían
Para cazar avestruces;
Y ansí andaban noche y día
Déle bala a los ñanduces.

Y cuando se iban los indios
Con lo que habían manotiao,
Salíamos muy apuraos
A perseguirlos de atrás;
Si no se llevaban más
Es porque no habían hallao.

Allí sí, se ven desgracias
Y lágrimas y afliciones,
Naide le pida perdones

Al indio, pues donde dentra
Roba y mata cuanto encuentra
Y quema las poblaciones.

No salvan de su juror
Ni los pobres angelitos;
Viejos, mozos y chiquitos
Los mata del mesmo modo;
El indio lo arregla todo
Con la lanza y con los gritos.

Tiemblan las carnes al verlo
Volando al viento la cerda
La rienda en la mano izquierda
Y la lanza en la derecha,
Ande enderieza abre brecha
Pues no hay lanzazo que pierda.

Hace trotiadas tremendas
Dende el fondo del desierto,
Ansí llega medio muerto
De hambre, de sé y de fatiga,
Pero el indio es una hormiga
Que día y noche está dispierto.

Sabe manejar las bolas
Como naides las maneja,
Cuanto el contrario se aleja
Manda una bola perdida,
Y si lo alcanza, sin vida
Es siguro que lo deja.

Y el indio es como tortuga
De duro para espichar,
Si lo llega a destripar
Ni siquiera se le encoje,
Luego sus tripas recoge,
Y se agacha a disparar.

Hacían el robo a su gusto
Y después se iban de arriba,
Se llevaban las cautivas
Y nos contaban que a veces
Les descarnaban los pieses
A las pobrecitas vivas.

¡Ah! si partía el corazón
Ver tantos males, ¡canejos!
Los perseguiamos de lejos
Sin poder ni galopiar;
¡Y qué habíamos de alcanzar
En unos bichocos viejos!

Nos volvíamos al cantón
A las dos o tres jornadas,
Sembrando las caballadas:
Y pa que alguno la venda,
Rejuntábamos la hacienda
Que habían dejao resagada.

Una vez entre otras muchas
Tanto salir al botón,
Nos pegaron un malón
Los indios, y una lanciada,
Que la gente acobardada
Quedó dende esa ocasión.

Habían estao escondidos
Aguaitando atrás de un cerro.
¡Lo viera a su amigo Fierro
Aflojar como un blandito!
Salieron como maíz frito
En cuanto sonó un cencerro.

Al punto nos dispusimos
Aunque ellos eran bastantes,
La formamos al instante

Nuestra gente que era poca,
Y golpiándose en la boca
Hicieron fila adelante.

Se vinieron en tropel
Haciendo temblar la tierra,
No soy manco pa la guerra
Pero tuve mi jabón
Pues iba en un redomón
Que había boliao en la sierra.

¡Qué vocerío! ¡qué barullo!
¡Qué apurar esa carrera!
La indiada todita entera
Dando alaridos cargó
Jué pucha... y ya nos sacó
Como yeguada matrera.

Qué fletes traiban los bárbaros.
Como una luz de lijeros
Hicieron el entrevero
Y en aquella mezcolanza,
Este quiero, este no quiero,
Nos escojían con la lanza.

Al que le dan un chuzazo,
Dificultoso es que sane,
En fin, para no echar panes,
Salimos por esas lomas,
Lo mesmo que las palomas,
Al juir de los gavilanes.

Es de almirar las destrezas
Con que la lanza manejan!
De perseguir nunca dejan—
Y nos traiban apretaos —
Si queríamos de apuraos
Salirnos por las orejas.

Y pa mejor de la fiesta
En esa aflición tan suma,
Vino un indio echando espuma,
Y con la lanza en la mano
Gritando "Acabau cristiano,
"Metan el lanza hasta el pluma".

Tendido en el costillar
Cimbrando por sobre el brazo
Una lanza como un lazo
Me atropelló dando gritos—
Si me descuido... el maldito
Me levanta de un lanzazo.

Si me atribulo, o me encojo,
Siguro que no me escapo:
Siempre he sido medio guapo
Pero en aquella ocasión,
Me hacía bulla el corazón
Como la garganta al sapo.

Dios le perdone al salvaje
Las ganas que me tenía...
Desaté las tres marías
Y lo engatusé a cabriolas...
Pucha... si no traigo bolas
Me achura el indio ese día.

Era el hijo de un cacique
Sigún yo lo averigüé—
La verdá del caso jué
Que me tuvo apuradazo,
Hasta que al fin de un bolazo
Del caballo lo bajé.

Ahi no más me tiré al suelo
Y lo pisé en las paletas—
Empezó a hacer morisquetas

Y a mezquinar la garganta....
Pero yo hice la obra santa
De hacerlo estirar la jeta.

Allí quedó de mojón
Y en su caballo salté,
De la indiada disparé
Pues si me alcanza me mata,
Y al fin me les escapé
Con el hilo de una pata.

IV

Seguiré esta relación
Aunque pa chorizo es largo:
El que pueda hágase cargo
Como andaría de matrero,
Después de salvar el cuero
De aquel trance tan amargo.

De sueldo nada les cuento
Porque andaba disparando;
Nosotros de cuando en cuando
Solíamos ladrar de pobres—
Nunca llegaban los cobres
Que se estaban aguardando.

Y andábamos de mugrientos
Que el mirarnos daba horror;
Le juro que era un dolor
Ver esos hombres, ¡por Cristo!
En mi perra vida he visto
Una miseria mayor.

Yo no tenía ni camisa
Ni cosa que se parezca
Mis trapos solo pa yesca

Me podían servir al fin...
No hay plaga como un fortín
Para que el hombre padezca.

Poncho, jergas, el apero;
Las prenditas, los botones,
Todo, amigo, en los cantones
Jué quedando poco a poco,
Ya nos tenían medio loco
La pobreza y los ratones.

Solo una manta peluda
Era cuanto me quedaba—
La había agenciao a la taba
Y ella me tapaba el bulto;
Yaguané que allí ganaba
No salía... ni con indulto.

Y pa mejor hasta el moro
Se me jué dentre las manos—
No soy lerdo... pero hermano
Vino el comandante un día
Diciendo que lo quería
"Pa enseñarle a comer grano".

Afigúrese cualquiera
La suerte de éste su amigo
A pie, mostrando el umbligo,
Estropiao, pobre y desnudo,
Ni por castigo se pudo
Hacerse más mal conmigo.

Ansí pasaron los meses
Y vino el año siguiente,
Y las cosas igualmente,
Siguieron del mesmo modo —
Adrede parece todo
Pa atormentar a la gente.

No teníamos más permiso,
Ni otro alivio la gauchada,
Que salir de madrugada
Cuando no había indio ninguno,
Campo ajuera a hacer boliadas
Desocando los reyunos.

Y cáibamos al cantón
Con los fletes aplastaos—
Pero a veces medios aviaos
Con plumas y algunos cueros—
Que pronto con el pulpero
Los teníamos negociaos.

Era un amigo del jefe
Que con un boliche estaba,
Yerba y tabaco nos daba
Por la pluma de avestruz,
Y hasta le hacía ver la luz
Al que un cuero le llevaba.

Solo tenía cuatro frascos
Y unas barricas vacías
Y a la gente le vendía
Todo cuanto precisaba...
Algunos creiban que estaba
Allí la proveduría.

¡Ah! pulpero habilidoso
Nada le solía faltar—
Ay juna—y para tragar
Tenía un buche de ñandú.
La gente le dió en llamar
"El boliche de virtú".

Aunque es justo que quien vende
Algún poquito se muerda,
Tiraba tanto la cuerda

Que con sus cuatro limetas
El cargaba las carretas
De plumas, cueros y cerda.

Nos tenía apuntaos a todos
Con más cuentas que un rosario,
Cuando se anunció un salario,
Que iban a dar, o un socorro—
Pero sabe Dios que zorro
Se lo comió al comisario.

Pues nunca lo ví llegar
Y al cabo de muchos días—
En la mesma pulpería
Dieron una *buena cuenta*—
Que la gente muy contenta
De tan pobre recebía.

Sacaron unos sus prendas
Que las tenían empeñadas,
Por sus deudas atrasadas
Dieron otros el dinero,
Al fin de fiesta el pulpero
Se quedó con la mascada.

Yo me arrecosté a un horcón
Dando tiempo a que pagaran,
Y poniendo güena cara
Estuve haciéndome el poyo,
A esperar que me llamaran
Para recibir mi boyo.

Pero áhi me pude quedar
Pegao pa siempre al horcón —
Ya era casi la oración
Y ninguno me llamaba—
La cosa se me ñublaba
Y me dentró comezón.

Pa sacarme el entripao
Ví al Mayor, y lo fí a hablar —
Yo me le empecé a atracar
Y como con poca gana
Le dije: "Tal vez mañana
"Acabarán de pagar".

—"Que mañana ni otro día"
Al punto me contestó,
"La paga ya se acabó,
"Siempre has de ser animal"—
Me raí y le dije:—"Yo...
"No he recibido ni un rial".

Se le pusieron los ojos
Que se le querían salir,
Y áhi no más volvió a decir
Comiéndome con la vista:
—"¿Y qué querés recibir
Si no has dentrao en la lista?"

—"Esto si que es amolar"
Dije yo pa mis adentros
"Van dos años que me encuentro
Y hasta aura he visto ni un grullo,
Dentro en todos los barullos
Pero en las listas no dentro".

Vide el plaito mal parao
Y no quise aguardar más...
Es güeno vivir en paz
Con quien nos ha de mandar—
Y reculando pa trás
Me le empecé a retirar.

Supo todo el Comendante
Y me llamó al otro día,
Diciéndome que quería

Aviriguar bien las cosas—
Que no era el tiempo de Rosas,
Que aura a naides se debía.

Llamó al cabo y al sargento
Y empezó la indagación,
Si había venido al cantón
En tal tiempo o en tal otro...
Y si había venido en potro,
En reyuno o redomón.

Y todo era alborotar
Al ñudo, y hacer papel,
Conocí que era pastel
Pa engordar con mi guayaca,
Mas si voy al Coronel
Me hacen bramar en la estaca.

¡Ah! hijos de una!... la codicia
Ojalá les ruempa el saco;
Ni un pedazo de tabaco
Le dan al pobre soldao,
Y lo tienen de delgao
Más ligero que un guanaco.

Pero que iba a hacerles yo,
Charavón en el desierto,
Más bien me daba por muerto
Pa no verme más fundido—
Y me les hacía el dormido
Aunque soy medio dispierto.

V

Yo andaba desesperao,
Aguardando una ocasión
Que los indios un malón

Nos dieran y entre el estrago
Hacérmeles cimarrón
Y volverme pa mi pago.

Aquello no era servicio
Ni defender la frontera—
Aquello era ratonera
En que solo gana el juerte—
Era jugar a la suerte
Con una taba culera.

Allí tuito va al revés:
Los milicos son los piones,
Y andan en las poblaciones
Emprestaos pa trabajar—
Los rejuntan pa peliar
Cuando entran indios ladrones.

Yo he visto en esa milonga
Muchos Jefes con estancia,
Y piones en abundancia,
Y majadas y rodeos;
He visto negocios feos
A pesar de mi inorancia.

Y colijo que no quieren
La barunda componer;
Para eso no han de tener
El Jefe, que esté de estable,
Más que su poncho, y su sable,
Su caballo y su deber.

Ansina, pues, conociendo
Que aquel mal no tiene cura,
Que tal vez mi sepultura
Si me quedo iba a encontrar,
Pensé en mandarme mudar
Como cosa más sigura.

Y pa mejor, una noche
¡Qué estaquiada me pegaron!
Casi me descoyuntarcn
Por motivo de una gresca
Ay juna, si me estiraron
Lo mesmo que guasca fresca.

Jamás me puedo olvidar
Lo que esa vez me pasó:
Dentrando una noche yo
Al fortín, un enganchao
Que estaba medio mamao
Allí me desconoció.

Era un gringo tan bozal,
Que nada se le entendía—
¡Quién sabe de ande sería!
Tal vez no juera cristiano;
Pues lo único que decía
Es que era *pa-po-litano.*

Estaba de centinela
Y por causa del peludo
Verme más claro no pudo,
Y esa fué la culpa toda;
El bruto se asustó al ñudo
Y fí el pavo de la boda.

Cuando me vido acercar:
"*Quen vívorc*"... preguntó
"*¿Qué víboras?*"—dije yo—
"*Ha garto...*"—Me pegó el grito:
Y yo dije despacito:
"*Más lagarto serás vos*".

Ahi no más, ¡Cristo me valga!
Martillar el jusil siento
Me agaché, y en el momento

El bruto me largó un chumbo;
Mamao, me tiró sin rumbo
Que sino, no cuento el cuento.

Por de contao, con el tiro
Se alborotó el avispero,
Los oficiales salieron
Y se empezó la junción,
Quedó en su puesto el nación
Y yo fí al estaquiadero.

Entre cuatro bayonetas
Me tendieron en el suelo
Vino el mayor medio en pedo
Y allí se puso a gritar:
"Pícaro, te he de enseñar
A andar reclamando sueldos".

De las manos y las patas
Me ataron cuatro cinchones
Les aguanté los tirones
Sin que ni un ¡ay! se me oyera,
Y al gringo la noche entera
Lo harté con mis maldiciones.

Yo no sé porqué el gobierno
Nos manda aquí a la frontera
Gringada que ni siquiera
Se sabe atracar a un pingo
¡Si creerá al mandar un gringo
Que nos manda alguna fiera!

No hacen más que dar trabajo
Pues no saben ni ensillar,
No sirven ni pa carniar,
Y yo he visto muchas veces,
Que ni voltiadas las reses
Se les querían arrimar.

Y lo pasan sus mercedes
Lengüetiando pico a pico
Hasta que viene un milico
A servirles el asao,
Y eso sí, en lo delicao,
Parecen hijos de rico.

Si hay calor, ya no son gente,
Si yela, todos tiritan,
Si usté no les da, no pitan
Por no gastar en tabaco,
Y cuando pescan un naco
Uno al otro se lo quitan.

Cuando llueve se acoquinan
Como perro que oye truenos;
¡Qué diablos! sólo son güenos
Pa vivir entre maricas
Y nunca se andan con chicas
Para alzar ponchos ajenos.

Pa vichar son como ciegos,
No hay ejemplo de que entiendan,
Ni hay uno solo que aprienda
Al ver un bulto que cruza,
A saber si es avestruza,
O si es ginete, o hacienda.

Si salen a perseguir
Después de mucho aparato,
Tuitos se pelan al rato
Y va quedando el tendal:
Esto es como en un nidal
Echarle güebos a un gato.

VI

Vamos dentrando recién
A la parte más sentida,
Aunque es todita mi vida
De males una cadena—
A cada alma dolorida
Le gusta cantar sus penas.

Se empezó en aquel entonces
A rejuntar caballada,
Y riunir la milicada
Teniéndole en el cantón,
Para una despedición
A sorprender a la indiada.

Nos anunciaban que iríamos
Sin carretas ni bagajes,
A golpiar a los salvajes
En sus mismas tolderías;
Que a la güelta pagarían,
Licenciándolo, al gauchaje.

Que en esta despedición
Tuviéramos la esperanza,
Que iba a venir sin tardanza
Sigún el jefe contó,
Un ministro o qué sé yo
Que le llamaban Don Ganza.

Que iba a riunir el ejército
Y tuitos los batallones—
Y que traiba unos cañones
Con más rayas que un cotín.
Pucha.. las conversaciones
Por allá no tenían fín.

Pero esas trampas no enriedan
A los zorros de mi laya,
Que esa Ganza venga o vaya
Poco le importa a un matrero;
Yo también dejé las rayas...
En los libros del pulpero.

Nunca juí gaucho dormido,
Siempre pronto, siempre listo
Yo soy un hombre, ¡qué Cristo!
Que nada me ha acobardao,
Y siempre salí parao
En los trances que me he visto.

Dende chiquito gané
La vida con mi trabajo,
Y aunque siempre estuve abajo
Y no se lo que es subir
También el mucho sufrir
Suele cansarnos ¡barajo!

En medio de mi inorancia
Conozco que nada valgo
Soy la liebre o soy el galgo
A sigún los tiempos andan,
Pero también los que mandan
Debieran cuidarnos algo.

Una noche que riunidos
Estaban en la carpeta
Empinando una limeta
El jefe y el juez de paz
Yo no quise aguardar más,
Y me hice humo en un sotreta.

Me parece el campo orégano
Dende que libre me veo—
Donde me lleva el deseo

Allí mis pasos dirijo—
Y hasta en las sombras, de fijo
Que donde quiera rumbeo.

Entro y salgo del peligro -
Sin que me espante el estrago,
No aflojo al primer amago
Ni jamás fí gaucho lerdo:
Soy pa rumbiar como el cerdo
Y pronto cai a mi pago.

Volví al cabo de tres años
De tanto sufrir al ñudo,
Resertor, pobre y desnudo
A procurar suerte nueva—
Y lo mesmo que el peludo
Enderecé pa mi cueva.

No hallé ni rastro del rancho,
¡Solo estaba la tapera!
Por Cristo si aquello era
Pa enlutar el corazón
Yo juré en esa ocasión
Ser más malo que una fiera.

¡Quien no sentirá lo mesmo
Cuando ansí padece tanto!
Puedo asigurar que el llanto!
Como una mujer largué,
¡Ay! mi Dios si me quedé
Más triste que Jueves Santo!

Solo se oiban los aullidos
De un gato que se salvó;
El pobre se guareció
Cerca, en una vizcachera—
Venía como si supiera
Que estaba de güelta yo.

Al dirme dejé la hacienda
Que era todito mi haber—
Pronto debíamos volver
Sigún el juez prometía,
Y hasta entonces cuidaría
De los bienes la mujer.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Después me contó un vecino
Que el campo se lo pidieron,
La hacienda se la vendieron
En pago de arrendamientos,
Y qué sé yo cuantos cuentos,
Pero todo lo fundieron.

Los pobrecitos muchachos
Entre tantas afliciones,
Se conchavaron de piones.
¡Mas que iban a trabajar,
Si eran como los pichones
Sin acabar de emplumar!

Por áhi andarán sufriendo
De nuestra suerte el rigor;
Me han contado que el mayor
Nunca dejaba a su hermano;
Puede ser que algún cristiano
Lo recoja por favor.

Y la pobre mi mujer
¡Dios sabe cuanto sufrió!
Me dicen que se voló
Con no sé que gavilán—
Sin duda a buscar el pan
Que no podía darle yo.

No es raro que a uno le falte
Lo que a algún otro le sobre.
Si no le quedó ni un cobre,
Sino de hijos un enjambre,
Que más iba a hacer la pobre
Para no morirse de hambre!

Tal vez no te vuelva a ver
Prenda de mi corazón!
Dios te dé su protección
Ya que no me la dió a mí—
Y a mis hijos dende aquí
Les echo mi bendición.

Como hijitos de la cuna
Andarán por áhi sin madre;
Ya se quedaron sin padre
Y así la suerte los deja,
Sin naides que los proteja
Y sin perro que los ladre.

Los pobrecitos tal vez
No tengan ande abrigarse,
Ni ramada ande ganarse,
Ni rincón ande meterse,
Ni camisa que ponerse,
Ni poncho con que taparse.

Tal vez los verán sufrir
Sin tenerles compasión;
Puede que alguna ocasión
Aunque los vean tiritando,
Los echen de algún jogón
Pa que no estén estorbando.

Y al verse ansina espantaos
Como se espanta a los perros,
Irán los hijos de Fierro

Con la cola entre las piernas,
A buscar almas más tiernas
O esconderse en algún cerro.

Mas también en este juego
Voy a pedir mi bolada,
A naides le debo nada,
Ni pido cuartel ni doy
Y ninguno dende hoy
Ha de llevarme en la armada.

Yo he sido manso primero,
Y hoy seré gaucho matrero—
En mi triste circustancia
Aunque es mi mal tan profundo.
Nací, y me he criao en estancia.
Pero ya conozco el mundo.

Ya le conozco sus mañas,
Le conozco sus cucañas,
Sé como hacen la partida.
La enriedan y la manejan—
Deshaceré la madeja
Aunque me cuesta la vida.

Y aguante el que no se anime
A meterse en tanto engorro,
O sino aprétese el gorro
O para otra tierra emigre,
Pero yo ando como el tigre
Que le roban los cachorros.

Aunque muchos cren que el gaucho
Tiene un alma de reyuno
No se encontrará ninguno
Que no lo dueblen las penas—
Mas no debe aflojar uno
Mientras hay sangre en las venas.

VII

De carta de más me vía,
Sin saber a donde dirme;
Mas dijeron que era vago
Y entraron a perseguirme.

Nunca se achican los males—
Van poco a poco acreciendo,
Y ansina me vide pronto
Obligado a andar juyendo.

No tenía mujer ni rancho,
Y a más era resertor.
No tenía una prenda güena
Ni un peso en el tirador.

A mis hijos infelices,
Pensé volverlos a hallar—
Y andaba de un lao al otro
Sin tener ni que pitar.

Supe una vez por desgracia
Que había un baile por allí—
Y medio desesperao
A ver la milonga fuí.

Reunidos al pericón
Tantos amigos hallé,
Que alegre de verme entre ellos
Esa noche me apedé.

Como nunca, en la ocasión
Por peliar me dió la tranca,
Y la emprendí con un negro
Que trujo una negra en ancas.

Al ver llegar la morena
Que no hacía caso de naides
Le dije con la mamúa:
—"Va...ca...yendo gente al baile".

La negra entendió la cosa
Y no tardó en contestarme
Mirándome como a perro:
—"Más *vaca* será su madre".

Y dentró al baile muy tiesa
Con más cola que una zorra,
Haciendo blanquiar los dientes
Lo mesmo que mazamorra.

—"Negra linda... dije yo,
"Me gusta... pa la carona!"
Y me puse a champurriar
Esta coplita fregona:

"A los blancos hizo Dios,
"A los mulatos San Pedro,
"A los negros hizo el diablo
"Para tizón del infierno".

Había estao juntando rabia
El moreno dende ajuera—
En lo escuro le brillaban
Los ojos como linterna.

Lo conocí retobao,
Me acerqué y le dije presto:
"Por... rudo que un hombre sea
"Nunca se enoja por esto".

Corcobió el de los tamangos
Y creyéndose muy fijo:
—"Más *porrudo* serás vos,
Gaucho rotoso", me dijo.

Y ya se me vino al humo
Como a buscarme la hebra—
Y un golpe le acomodé
Con el porrón de giñebra.

Ahi no más pegó el de ollín
Más gruñidos que un chanchito
Y pelando un envenao
Me atropelló dando gritos.

Pegué un brinco y abrí cancha
Diciéndoles:—"Caballeros,
"Dejen venir ese toro,
"Solo nací... solo muero".

El negro después del golpe
Se había el poncho refalao
Y dijo:—"Vas a saber
"Si es solo o acompañao".

Y mientras se arremangó
Yo me saqué las espuelas,
Pues malicié que aquel tío
No era de arriar con las riendas.

No hay cosa como el peligro
Pa refrescar un mamao,
Hasta la vista se aclara
Por mucho que haiga chupao.

El negro me atropelló
como a quererme comer—
Me hizo dos tiros seguidos
Y los dos le abarajé.

Yo tenía un facón con S
Que era de lima de acero,
Le hice un tiro, lo quitó
Y vino ciego el moreno.

Y en el medio de las aspas
Un planazo le asenté
Que lo largué culebriando
Lo mesmo que buscapié.

Le coloriaron las motas
Con la sanre de la herida
Y volvió a venir furioso
Como una tigra parida.

Y ya me hizo relumbrar
Por los ojos el cuchillo,
Alcanzando con la punta
A cortarme en un carrillo.

Me hirvió la sangre en las venas
Y me le afirmé al moreno,
Dándole de punta y hacha
Pa dejar un diablo menos.

Por fin en una topada
En el cuchillo lo alcé,
Y como un saco de güesos
Contra el cerco lo largué.

Tiró unas cuantas patadas
Y ya cantó pa el carnero—
Nunca me puedo olvidar
De la agonía de aquel negro.

En esto la negra vino,
Con los ojos como ají—
Y empezó la pobre allí
A bramar como una loba—
Yo quise darle una soba
A ver si la hacía callar
Mas, pude reflexionar
Que era malo en aquel punto,

Y por respeto al dijunto
No la quise castigar.

Limpié el facón en los pastos,
Desaté mi redomón,
Monté despacio, y salí
Al tranco pa el cañadón.

Después supe que al finao
Ni siquiera lo velaron
Y retobao en un cuero
Sin rezarle lo enterraron.

Y dicen que dende entonces
Cuando es la noche serena,
Suele verse una luz mala
Como de alma que anda en pena.

Yo tengo intención a veces
Para que no pene tanto,
De sacar de allí los güesos
Y echarlos al campo santo.

VIII

Otra vez en un boliche
Estaba haciendo la tarde,
Cayó un gaucho que hacía alarde
De guapo y de peliador—

A la llegada metió
El pingo hasta la ramada—
Y yo sin decirle nada
Me quedé en el mostrador.

Era un terne de aquel pago
Que naides lo reprendía,

Que sus enriedos tenía
Con el señor comendante:—

Y como era protegido,
Andaba muy entonao,
Y a cualquiera desgraciao
Lo llevaba por delante.

¡Ay! ¡pobre! si él mismo creiba,
Que la vida le sobrada,
Ninguno diría que andaba
Aguaitándolo la muerte.

Pero ansí pasa en el mundo,
Es ansí la triste vida—
Pa todos está escondida,
La güena o la mala suerte.

Se tiró al suelo, al dentrar
Le dió un empeyón a un vasco
Y me largó un medio frasco
Diciendo: "Beba, cuñao"
—"Por su hermana", contesté
"Que por la mía no hay cuidao".

—"¡Ah! gaucho, me respondió,
"¿De qué pago será crioyo?
"¿Lo andará buscando el hoyo?
"¿Deberá tener güen cuero?
"Pero ande bala este toro
"No bala ningún ternero".

Y ya salimos trensaos
Porque el hombre no era lerdo,
Mas como el tino no pierdo,
Y soy medio ligerón,
Le dejé mostrando el sebo
De un revés con el facón.

Y como con la justicia
No andaba bien por allí,
Cuando pataliar lo ví,
Y el pulpero pegó el grito,
Ya pa el palenque salí
Como haciéndome chiquito.

Monté y me encomendé a Dios
Rumbiando para otro pago
Que el gaucho que llaman vago
No puede tener querencia,
Y ansí de estrago en estrago
Vive llorando la ausencia.

El anda siempre juyendo,
Siempre pobre y perseguido,
No tiene cueva ni nido
Como si juera maldito—
Porque el ser gaucho... ¡barajo!
El ser gaucho es un delito.

Es como el patrio de posta:
Lo larga este, aquel lo toma,
Nunca sa acaba la broma—
Dende chico se parece
Al arbolito que crece,
Desamparao en la loma.

Le echan la agua del bautismo
Aquel que nació en la selva,
"Buscá madre que te engüelva"
Le dice el flaire y lo larga,
Y dentra a cruzar el mundo
Como burro con la carga.

Y se cría viviendo al viento
Como oveja sin trasquila,
Mientras su padre en las filas

Anda sirviendo al gobierno.
Aunque tirite en invierno
Nadie lo ampara ni asila.

Le llaman "gaucho mamao"
Si lo pillan divertido,
Y que es mal entretenido
Si en un baile lo sorprienden;
Hace mal si se defiende
Y si no, se ve... fundido.

No tiene hijos, ni mujer,
Ni amigos, ni protectores,
Pues todos son sus señores
Sin que ninguno lo ampare—
Tiene la suerte del güey
Y ¿dónde irá el güey que no are?

Su casa es el pajonal,
Su guarida es el desierto:
Y si de hambre medio muerto
Le echa el lazo a algún mamón
Lo persiguen como a plaito,
Porque es un gaucho ladrón.

Y si de un golpe por áhi
Lo dan güelta panza arriba,
No hay un alma compasiva
Que le rece una oración:
Tal vez como cimarrón
En una cueva lo tiran.

El nada gana en la paz
Y es el primero en la guerra—
No le perdonan si yerra
Que no saben perdonar,—
Porque el gaucho en esta tierra
Solo sirve pa votar.

Para él son los calabozos,
Para él las duras prisiones,
En su boca no hay razones
Aunque la razón le sobre,
Que son campanas de palo
Las razones de los pobres.

Si uno aguanta es gaucho bruto,
Si no aguanta es gaucho malo,
Dele azote, dele palo!
Porque es lo que él necesita!!
De todo el que nació gaucho
Esta es la suerte maldita.

Vamos suerte, vamos juntos
Dende que juntos nacimos,
Y ya que juntos vivimos
Sin podernos dividir...
Yo abriré con mi cuchillo
El camino pa seguir.

IX

Matreriando lo pasaba
Y a las casas no venía—
Solía arrimarme de día
Mas lo mesmo que el carancho,
Siempre estaba sobre el rancho
Espiando a la polecía.

Viva el gaucho que ande mal
Como zorro perseguido—
Hasta que al menor descuido
Se lo atarazquen los perros,
Pues nunca le falta un yerro
Al hombre más alvertido.

Y en esa hora de la tarde
En que tuito se adormece,
Que el mundo dentrar parece
A vivir en pura calma
Con las tristezas de su alma
Al pajonal enderiece.

Bala el tierno corderito
Al lao de la blanca oveja,
Y a la vaca que se aleja
Llama el ternero amarrao,
Pero el gaucho desgraciao
No tiene a quien dar su queja.

Ansí es que al venir la noche
Iba a buscar mi guarida,
Pues ande el tigre se anida
También el hombre lo pasa,
Y no quería que en las casas
Me rodiara la partida.

Pues aun cuando vengan ellos
Cumpliendo con sus deberes,
Yo tengo otros pareceres
Y en esa conducta vivo:
Que no debe un gaucho altivo
Peliar entre las mujeres.

Y al campo me iba solito
Más matrero que el venao,
Como perro abandonao
A buscar una tapera,
O en alguna vizcachera
Pasar la noche tirao.

Sin punto ni rumbo fijo
En aquella inmensidá,
Entre tanta oscuridá

Anda el gaucho como duende,
Allí jamás lo sorpriende
Dormido la autoridá.

Su esperanza es el coraje
Su guardia es la precaución,
Su pingo es la salvación,
Y pasa uno en su desvelo,
Sin más amparo que el cielo
Ni otro amigo que el facón.

. . . .
. . . .
. . . .

Ansí me hallaba una noche
Contemplando las estrellas,
Que le parecen más bellas
Cuando uno es más desgraciao,
Y que Dios las haiga criao
Para consolarse en ellas.

Les tiene el hombre cariño
Y siempre con alegría
Ve salir las tres Marías;
Y si llueve, cuando escampa,
Las estrellas son la guía
Que el gaucho tiene en la Pampa.

Aquí no valen Dotores,
Solo vale la esperencia,
Aquí verían su inocencia
Esos que todo lo saben;—
Porque esto tiene otra llave
Y el gaucho tiene su cencia.

Es triste en medio del campo
Pasarse noches enteras,

Contemplando en sus carreras
Las estrellas que Dios cría,—
Sin tener más compañía
Que su delito y las fieras.

Me encontraba como digo,
En aquella soledá,
Entre tanta escuridá
Echando al viento mis quejas,
Cuando el ruido del chajá
Me hizo parar las orejas.

Como lumbriz me pegué
Al suelo para escuchar,
Pronto sentí retumbar
Las pisadas de los fletes,
Y que eran muchos ginetes
Conocí sin vacilar.

Cuando el hombre está en peligro
No debe tener confianza,
Ansí tendido de panza
Puse toda mi atención,
Y ya escuché sin tardanza
Como el ruido de un latón.

Se venían tan calladitos
Que yo me puse en cuidao,
Tal vez me hubieran bombiao
Y me venían a buscar,
Mas no quise disparar
Que eso es de gaucho morao.

Al punto me santigüé
Y eché de giñebra un taco,
Lo mesmito que el mataco
Me arroyé con el porrón:
"Si han de darme pa tabaco
Dije, esta es güena ocasión".

Me refalé las espuelas
Para no peliar con grillos,
Me arremangué el calzoncillo,
Y me ajusté bien la faja,
Y en una mata de paja
Probé el filo del cuchillo.

Para tenerlo a la mano
El flete en el pasto até—
La cincha le acomodé,
Y en un trance como aquel,
Haciendo espaldas en él
Quietito los aguardé.

Cuando cerca los sentí
Y que áhi no más se pararon,
Los pelos se me erizaron,
Y aunque nada vian mis ojos,
—"No se han de morir de antojo"
Les dije, cuando llegaron.

Yo quise hacerles saber
Que allí se hallaba un varón,
Les conocí la intención
Y solamente por eso
Fué que les gané el tirón,
Sin aguardar voz de preso.

—"Vos sos un gaucho matrero"
Dijo uno haciéndose güeno,
"Vos matastes un moreno
"Y otro en una pulpería,
"Y aquí está la polecía
"Que viene a ajustar tus cuentas,
"Te va alzar por las cuarenta
"Si te resistís hoy día".

—"No me vengan, contesté,
"Con relación de dijuntos;

"Esos son otros asuntos;
"Vean si me pueden llevar,
"Que yo no me he entregar
"Aunque vengan todos juntos".

Pero no aguardaron más.
Y se apiaron en montón—
Como a perro cimarrón
Me rodiaron entre tantos,
Yo me encomendé a los Santos,
Y eché mano a mi facón.

Y ya vide el fogonazo
De un tiro de garabina,
Más quiso la suerte indina
De aquel maula, que me errase,
Y áhi no más lo levantase
Lo mesmo que una sardina.

A otro que estaba apurao
Acomodando una bola,
Le hice una dentrada sola,
Y le hice sentir el fierro,
Y ya salió como el perro
Cuando le pisan la cola.

Era tanta la afición
Y la angurria que tenían,
Que tuitos se me venían
Donde yo los esperaba,
Uno al otro se estorbaba
Y con las ganas no vían.

Dos de ellos que traiban sables
Más garifos y resueltos,
En las hilachas envueltos
En frente se me pararon,

Y a un tiempo me atropellaron
Lo mesmo que perros sueltos.

Me fuí reculando en falso,
Y el poncho adelante eché,
Y cuando le puso el pie
Uno medio chapetón,
De pronto le dí un tirón
Y de espaldas lo largué.

Al verse sin compañero
El otro se sofrenó
Entonces le dentré yó,
Sin dejarlo resollar,
Pero ya empezó a aflojar,
Y a la pu...n...ta disparó.

Uno que en una tacuara
Había atao una tijera,
Se vino como si juera
Palenque de atar terneros,
Pero en dos tiros certeros
Salió aullando campo ajuera.

Por suerte en aquel momento
Venía coloriando el alba
Y yo dije "si me salva
"La virgen en este apuro,
"En adelante le juro
"Ser más güeno que una malva".

Pegué un brinco y entre todos
Sin miedo me entreveré—
Hecho ovillo me quedé
Y ya me cargó una yunta,
Y por el suelo la punta
De mi facón les jugué.

El más engolocinao
Se me apió con un achazo:
Se lo quité con el brazo,
De no me mata los piojos;
Y antes de que diera un paso
Le eché tierra en los dos ojos.

Y mientras se sacudía
Refregándose la vista,
Yo me le fuí como lista
Y áhi no más me le afirmé
Diciéndole: "Dios te asista"
Y de un revés lo voltié.

Pero en ese punto mesmo
Sentí que por las costillas
Un sable me hacía cosquillas
Y la sangre se me heló—
Dende ese momento yo,
Me salí de mis casillas.

Dí para atrás unos pasos
Hasta que pude hacer pie,
Por delante me lo eché
De punta y tajo a un crioyo,
Metió la pata en un hoyo,
Y yo al hoyo lo mandé.

Tal vez en el corazón
Lo tocó un Santo Bendito
A un gaucho que pegó el grito,
Y dijo: "Cruz no consiente
"Que se cometa el delito
"De matar así un valiente!"

Y áhi no más se me apareció
Dentrándole a la partida,
Yo les hice otra embestida

Pues entre dos era robo;
Y el Cruz era como lobo
Que defiende su guarida.

Uno despachó al infierno
De dos que lo atropellaron,
Los demás remoliniaron,
Pues íbamos a la fija,
Y a poco andar dispararon
Lo mismo que sabandija.

Áhi quedaban largo a largo
Los que estiraron la jeta;
Otro iba como maleta,
Y Cruz de atrás les decía:
"Que venga otra polecía
"A llevarlos en carreta".

Yo junté las osamentas,
Me hinqué y las recé un bendito,
Hice una cruz de un palito
Y pedí a mi Dios clemente,
Me perdonara el delito
De haber muerto tanta gente.

Dejamos amontonaos
A los pobres que murieron,
No sé si los recogieron
Porque nos fuimos a un rancho,
O si tal vez los caranchos
Áhi no más se los comieron.

Lo agarramos mano a mano
Entre los dos al porrón,
En semejante ocasión
Un trago a cualquiera encanta,
Y Cruz no era remolón
Ni pijotiaba garganta.

Calentamos los gargueros
Y nos largamos muy tiesos,
Siguiendo siempre los besos
Al pichel, y por más señas
Ibamos como cigüeñas
Estirando los pescuezos.

—"Yo me voy, le dije, amigo,
"Donde la suerte me lleve,
"Y si es que alguno se atreve
"A ponerse en mi camino
"Yo seguiré mi destino
"Que el hombre hace lo que debe".

"Soy un gaucho desgraciao
"No tengo donde ampararme,
"Ni un palo donde rascarme,
"Ni un árbol que me cubije;
"Pero ni aún esto me aflije
"Porque yo sé manejarme".

"Antes de cair al servicio
"Tenía familia y hacienda,
"Cuando volví ni la prenda
"Me la habían dejao ya.—
"Dios sabe en lo que vendrá
"A parar esta contienda".

X

CRUZ

—Amigazo, pa sufrir
Han nacido los varones—
Estas son las ocasiones
De mostrarse el hombre juerte,
Hasta que venga la muerte
Y lo agarre a coscorrones.

El andar tan despilchao
Ningún mérito me quita,
Sin ser una alma bendita
Me duelo del mal ageno;
Soy un pastel con relleno
Que parece torta frita.

Tampoco me faltan males
Y desgracias, le prevengo,
También mis desdichas tengo
Aunque esto poco me aflije—
Yo sé hacerme el chancho rengo
Cuando la cosa lo esige.

Y con algunos ardiles
Voy viviendo, aunque rotoso,
A veces me hago el sarnoso
Y no tengo ni un granito,
Pero al chifle voy ganoso
Como panzón al maiz frito.

A mí no me matan penas
Mientras tenga cuero sano,
Venga el sol en el verano
Y la escarcha en el invierno—
Si este mundo es un infierno
¿Por qué aflijirse el cristiano?

Hagámosle cara fiera
A los males, compañero,
Porque el zorro más matrero
Suele cair como un chorlito;
Viene por un corderito
Y en la estaca deja el cuero.

Hoy tenemos que sufrir
Males que no tienen nombre,
Pero esto a naides lo asombre

Porque ansina es el pastel;
Y tiene que dar el hombre
más güeltas que un carretel.

Yo nunca me he de entregar
A los brazos de la muerte,
Arrastro mi triste suerte
Paso a paso y como pueda—
Que donde el débil se queda,
Se suele escapar el juerte.

Y ricuerde cada cual
Lo que cada cual sufrió:
Que lo que es, amigo, yo,
Hago así la cuenta mía:
Ya lo pasado pasó—
Mañana será otro día.

Yo también tuve una pilcha
Que me enllenó el corazón
Y si en aquella ocasión
Allguien me hubiera buscao—
Siguro que me había hallao
Más prendido que un botón.

En la güeya del querer
No hay animal que se pierda—
Las mujeres no son lerdas—
Y todo gaucho es dotor
Si pa cantarle el amor
Tiene que templar las cuerdas.

¡Quién es de una alma tan dura
Que no quiera a una mujer!
Lo alivia en su padecer:
Si no sale calavera
Es la mejor compañera
Que el hombre puede tener.

Si es güena no lo abandona
Cuando lo ve desgraciao,
Lo asiste con su cuidao
Y con afán cariñoso
Y usté tal vez ni un rebozo
Ni una pollera le ha dao.

Grandemente lo pasaba
Con aquella prenda mía—
Viviendo con alegría
Como la mosca en la miel—
¡Amigo, qué tiempo aquel!
La pucha, que la quería!

Era la águila que a un árbol
Desde las nubes bajó,
Era más linda que el alba
Cuando va rayando el sol—
Era la flor deliciosa
Que entre el trebolar creció.

Pero, amigo, el comandante
Que mandaba la milicia,
Como que no desperdicia
Se fué refalando a casa,—
Yo le conocí en la traza
Que el hombre traiba malicia.

El me daba voz de amigo
Pero no le tenía fe—
Era el jefe, y ya se vé
No podía competir yo—
En mi rancho se pegó
Lo mesmo que saguaipé.

A poco andar conocí,
Que ya me había desbancao,
Y él siempre muy entonao,

Aunque sin darme ni un cobre,
Me tenía de lao a lao
Como encomienda de pobre

A cada rato de chasque
Me hacía dir a gran distancia,
Ya me mandaba a una estancia,
Ya al pueblo, ya a la frontera--
Pero él en la comendancia
No ponía los pies siquiera

Es triste a no poder más
El hombre en su padecer,
Si no tiene una mujer
Que lo ampare y lo consuele;
Mas pa que otro se la pele
Lo mejor es no tener.

No me gusta que otro gallo
La cacaree a mi gallina--
Yo andaba ya con la espina,
Hasta que en una ocasión
Lo pillé junto al jogón
Abrazándome a la china.

Tenía el viejito una cara
De ternero mal lamido,
Y al verlo tan atrevido
Le dije:—"Que le aproveche
"Que había sido pa el amor
"Como guacho pa la leche".

Peló la espada y se vino
Como a quererme ensartar,
Pero yo sin titubiar
Le volví al punto a decir:
—"Cuidado no te vas a pér...tigo,
"Poné cuarta pa salir".

Un puntazo me largó
Pero el cuerpo le saqué,
Y en cuanto se lo quité
Para no matar un viejo,
Con cuidao, medio de lejos,
Un planazo le asenté.

Y como nunca al que manda
Le falta algún adulón,
Uno que en esa ocasión
Se encontraba allí presente
Vino apretando los dientes
Como perrito mamón.

Me hizo un tiro de revuelver
Que el hombre creyó siguro,
Era confiao y le juro
Que cerquita se arrimaba—
Pero siempre en un apuro
Se desentumen mis tabas.

El me siguió menudiando
Mas sin poderme acertar,
Y yo, dele culebriar,
Hasta que al fin le dentré
Y áhi no más lo despaché
Sin dejarlo resollar.

Dentré a campiar en seguida
Al viejito enamorao;
El pobre se había ganao
En un noque de lejía
¡ Quién sabe cómo estaría
Del susto que había llevao!

Es zonzo el crestiano macho
Cuando el amor lo domina!
El la miraba a la indina,

Y una cosa tan jedionda
Sentí yo, que ni en la fonda
He visto tal jedentina.

Y le dije: "Pa su agüela
"Han de ser esas perdices",
Yo me tapé las narices
Y me salí estornudando
Y el viejo quedó olfatiando
Como chico con lumbrices.

Cuando la mula recula
Señal que quiere cosiar—
Ansí se suele portar
Aunque ella lo disimula:
Recula como la mula
La mujer, para olvidar.

Alcé mi poncho y mis prendas
Y me largué a padecer
Por culpa de una mujer
Que quiso engañar a dos—
Al rancho le dije *adiós*
Para nunca más volver.

Las mujeres, dende entonces,
Conocí a todas en una—
Ya no he de probar fortuna
Con carta tan conocida:
Mujer y perra parida,
No se me atraca ninguna!

XI

A otros les brotan las coplas
Como agua de manantial;
Pues a mí me pasa igual
Aunque las mías nada valen,

De la boca se me salen
Como ovejas del corral.

Que en puertiando la primera
Ya la siguen las demás,
Y en montones las de atrás,
Contra los palos se estrellan
Y saltan y se atropellan
Sin que se corten jamás.

Y aunque yo por mi inorancia
Con gran trabajo me esplico,
Cuando llego a abrir el pico,
Téngalo por cosa cierta,
Sale un verso y en la puerta
Ya asoma el otro el hocico.

Y emprésteme su atención
Me oirá relatar las penas,
De que traigo el alma llena,
Porque en toda circunstancia
Paga el gaucho su inorancia
Con la sangre de sus venas.

Después de aquella desgracia
Me refugié en los pajales,
Anduve entre los cardales
Como bicho sin guarida,
Pero amigo, es esa vida
Como vida de animales.

Y son tantas las miserias
En que me he sabido ver
Que con tanto padecer
Y sufrir tanta aflición,
Malicio que he de tener
Un callo en el corazón.

Ansí andaba como guacho
Cuando pasa el temporal;
Supe una vez por mi mal
De una milonga que había,
Y ya pa la pulpería
Enderecé mi bagual.

Era la casa del baile
Un rancho de mala muerte,
Y se enllenó de tal suerte
Que andábamos a empujones;
Nunca faltan encontrones
Cuando un pobre se divierte.

Yo tenía unas medias botas
Con tamaños verdugones,
Me pusieron los talones
Con cresta como los gallos,
¡Si viera mis aflicciones
Pensando yo que eran callos!

Con gato y con fandanguillo
Había empezado el changango
Y para ver el fandango
Me colé haciéndome bola
Mas, metió el diablo la cola,
Y todo se volvió pango.

Había sido el guitarrero
Un gaucho duro de boca,—
Yo tengo paciencia poca
Pa aguantar cuando no bebo,
A ninguno me le atrevo
Pero me halla el que me toca.

A bailar un pericón
Con una moza salí,
Y cuanto me vido allí

Sin duda me conoció
Y estas coplitas cantó
Como pa rairse de mí:

"Las mujeres son todas
"Como las mulas,—
"Yo no digo que todas,
"Pero hay algunas
"Que a las aves que vuelan
"Les sacan plumas".

"Hay gauchos que presumen
"De tener damas,—
"No digo que presumen,
"Pero se alaban
"Y a lo mejor los dejan
"Tocando tablas".

Se secretiaron las hembras,
Y yo ya me encocoré,
Volié la anca y le grité
"Dejá de cantar... chicharra"
Y de un tajo a la guitarra
Tuitas las cuerdas corté.

Al punto salió de adentro
Un gringo con un jusil,
Pero nunca he sido vil,
Poco el peligro me espanta:
Yo me refalé la manta
Y la eché sobre el candil.

Gané en seguida la puerta
Gritando: "Naides me ataje"
Y alborotao el hembraje
Lo que todo quedó escuro,
Empezó a verse en apuro
Mesturao con el gauchage.

El primero que salió
Fué el cantor y se me vino,
Pero yo no pierdo el tino
Aunque haiga tomao un trago
Y hay algunos por mi pago
Que me tienen por ladino.

No ha de haber achocao otro,
Le salió cara la broma,—
A su amigo cuando toma
Se le despeja el sentido,
Y el pobrecito había sido
Como carne de paloma.

Para prestar un socorro
Las mujeres no son lerdas,
Antes que la sangre pierda
Lo arrimaron a unas pipas,
Áhi lo dejé con las tripas
Como pa que hiciera cuerdas.

Monté y me largué a los campos
Más libre que el pensamiento,
Como las nubes al viento
A vivir sin paradero.
Que no tiene el que es matrero
Nido, ni rancho, ni asiento.

No hay fuerza contra el destino
Que le ha señalao el cielo,
Y aunque no tenga consuelo
Aguante el que está en trabajo;
¡Naides se rasca pa abajo!
¡Ni se lonjea contra el pelo!

Con el gaucho desgraciao
No hay uno que no se entone,
La menor falta lo espone

A andar con los avestruces!
Faltan otros con más luces
Y siempre hay quien los perdone.

XII

Yo no sé que tantos meses
Esta vida me duró,
A veces nos obligó
La miseria a comer potro,
Me había acompañao con otros
Tan desgraciaos como yo.

Màs ¿para qué platicar
Sobre esos males, canejo?
Nace el gaucho y se hace viejo,
Sin que mejore su suerte,
Hasta que por áhi la muerte
Sale a cobrarle el pellejo.

Pero como no hay desgracia
Que no acabe alguna vez,
Me aconteció que después
De sufrir tanto rigor,
Un amigo por favor
Me compuso con el juez.

Le alvertiré que en mi pago
Ya no va quedando un criollo,
Se los ha tragao el hoyo,
O juido o muerto en la guerra
Porque, amigo, en esta tierra
Nunca se acaba el embroyo.

Colijo que jué por eso
Que me llamó el juez un día
Y me dijo que quería

Hacerme a su lao venir,
Y que dentrase a servir
De soldao de polecía.

Y me largó una ploclama
Tratándome de valiente,
Que yo era un hombre decente,
Y que dende aquel momento
Me nombraba de sargento
Pa que mandara la gente.

Ansí estuve en la partida
Pero ¿qué había de mandar?
Anoche al irlo a tomar
Vide güena coyuntura...
A mi no me gusta andar
Con la lata a la cintura.

. . . .
. . . .
. . . .

Ya conoce pues, quien soy,
Tenga confianza conmigo,
Cruz le dió mano de amigo
Y no lo ha de abandonar,
Juntos podremos buscar
Pa los dos un mesmo abrigo.

Andaremos de matreros
Si es preciso pa salvar,
Nunca nos ha de faltar
Ni un güen pingo para juir,
Ni un pajal ande dormir,
Ni un matambre que ensartar.

Y cuando sin trago alguno
Nos haiga el tiempo dejao,

Yo le pediré emprestao
El cuero a cualquiera lobo
Y hago un poncho, si lo sobo,
Mejor que poncho engomao.

Para mi la cola es pecho
Y el espinazo cadera,
Hago mi nido ande quiera
Y de lo que encuentro como,
Me echo tierra sobre el lomo
Y me apeo en cualquier tranquera.

Y dejo correr la bola
Que algún día se ha de parar—
Tiene el gaucho que aguantar
Hasta que lo trague el hoyo—
O hasta que venga algún criollo
En esta tierra a mandar.

Lo miran al pobre gaucho
Como carne de cogote:
Lo tratan al estricote
Y si ansí las cosas andan
Porque quieren los que mandan
Aguantemos los azotes.

Pucha— ¡si usté los oyera
Como yo en una ocasión,
Tuita la conversación
Que con otro tuvo el juez!
Le asiguro que esa vez
Se me achicó el corazón.

Hablaban de hacerse ricos
Con campos en las fronteras,
De sacarlas más afuera
Donde habia campos baldidos;
Y llevar de los partidos
Gente que la defendiera.

Todos se güelven proyectos
De colonias y carriles,
Y tirar la plata a miles
En los gringos enganchaos,
Mientras al pobre soldao
Le pelan la chaucha—¡ ah ! viles.

Pero si siguen las cosas
Como van hasta el presente,
Puede ser que de repente
Veamos el campo desierto,
Y blanqueando solamente
Los güesos de los que han muerto.

Hace mucho que sufrimos
La suerte reculativa—
Trabaja el gaucho y no arriba,
Porque a lo mejor del caso,
Lo levantan de un sogazo
Sin dejarle ni saliva.

De los males que sufrimos
Hablan mucho los puebleros,
Pero hacen como los teros
Para esconder sus niditos:
En un lao pega los gritos
Y en otros tiene los güebos.

Y se hacen los que no aciertan
A dar con la coyontura,—
Mientras al gaucho lo apura
Con rigor la autoridá,
Ellos a la enfermedá
Le están errando la cura.

XIII

MARTIN FIERRO

Ya veo que somos los dos
Astillas del mesmo palo,
Yo paso por gaucho malo
Y usté anda del mesmo modo,
Y yo pa acabarlo todo
A los indios me resfalo.

Pido perdón a mi Dios
Que tantos bienes me hizo,
Pero dende que es preciso
Que viva entre los infieles,
Yo seré cruel con los crueles,
Ansí mi suerte lo quiso.

Dios formó lindas las flores,
Delicadas como son,
Les dió toda perfección
Y cuanto él era capaz,
Pero al hombre le dió más
Cuando le dió el corazón.

Le dió claridá a la luz,
Juerza en su carrera al viento,
Le dió vida y movimiento
Dende el águila al gusano,
Pero más le dió al cristiano
Al darle el entendimiento.

Y aunque a las aves les dió
Con otras cosas que inoro,
Esos piquitos como oro
Y un plumaje como tabla,
Le dió al hombre más tesoro
Al darle una lengua que habla.

Y dende que dió a las fieras
Esta juria tan inmensa,
Que no hay poder que las venza
Ni nada que las asombre,
¿Qué menos le daría al hombre
Que el valor pa su defensa?

Pero tantos bienes juntos
Al darle, malicio yo,
Que en sus adentros pensó
Que el hombre los precisaba:
Que los bienes igualaba
Con las penas que le dió.

Y yo empujao por las mías
Quiero salir de este infierno:
Ya no soy pichón muy tierno
Y sé manejar la lanza,
Y hasta los indios no alcanza
La facultá del gobierno.

Yo sé que allá los caciques
Amparan a los cristianos,
Y que los tratan de "Hermanos"
Cuando se van por su gusto,
¡A qué andar pasando sustos!...
Alcemos el poncho y vamos.

En la cruzada hay peligros,
Pero ni aun esto me aterra,
Yo ruedo sobre la tierra
Arrastrao por mi destino,
Y si erramos el camino...
No es el primero que lo erra.

Si hemos de salvar o no,
De esto naides nos responde,
Derecho ande el sol se esconde,

Tierra adentro hay que tirar,
Algún día hemos de llegar
Después sabremos adonde.

No hemos de perder el rumbo,
Los dos somos güena yunta,
El que es gaucho va ande apunta
Aunque inore ande se encuentra;
Pa el lao en que el sol se dentra
Dueblan los pastos la punta.

De hambre no pereceremos
Pues sigún otros me han dicho
En los campos se hayan bichos
De lo que uno necesita...
Gamas, matacos, mulitas,
Avestruces y quinquinchos.

Cuando se anda en el desierto
Se come uno hasta las colas,—
Lo han cruzao mujeres solas
Llegando al fin con salú,
Y ha de ser gaucho el ñandú
Que se escape de mis bolas.

Tampoco a la sé le temo
Yo la aguanto muy contento,
Busco agua olfatiando al viento
Y dende que no soy manco,
Ande hay duraznillo blanco
Cabo, y la saco al momento.

Allá habrá siguridá
Ya que aquí no la tenemos,—
Menos males pasaremos
Y ha de haber gran alegría
El día que nos descolguemos
En alguna toldería.

Fabricaremos un toldo
Como lo hacen tantos otros
Con unos cueros de potro,
Que sea sala y sea cocina,
¡Tal vez no falte una china
Que se apiade de nosotros!

Allá no hay que trabajar
Vive uno como un señor;
De cuando en cuando un malón,
Y si de él sale con vida
Lo pasa echao panza arriba
Mirando dar güelta el sol.

Y ya que a juerza de golpes
La suerte nos dejó aflús,
Puede que allá veamos luz,
Y se acaben nuestras penas;
Todas las tierras son güenas . .
Vámonos, amigo Cruz.

El que maneja las bolas,
El que sabe echar un pial,
Y sentársele a un bagual
Sin miedo de que lo baje,
Entre los mesmos salvajes
No puede pasarlo mal.

El amor como la guerra
Lo hace el criollo con canciones,
A más de eso en los malones
Podemos aviarnos de algo;
En fin, amigo, yo salgo
De estas pelegrinaciones.

. . . .
. . . .
. . . .

En este punto el cantor
Buscó un porrón pa consuelo,
Echó un trago como un cielo
Dando fin a su argumento;
Y de un golpe al instrumento
Lo hizo astillas contra el suelo.

"Ruempo, dijo, la guitarra
Pa no volverme a tentar;
Ninguno la ha de tocar,
Por siguro tenganló;
Pues naides ha de cantar
Cuando este gaucho cantó".

Y daré fin a mis coplas
Con aire de relación,
Nunca falta un preguntón
Más curioso que mujer,
Y tal vez quiera saber
Cómo jué la conclusión:

Cruz y Fierro de una estancia
Una tropilla se arrearon
Por delante se la echaron
Como crioyos entendidos,
Y pronto, sin ser sentidos
Por la frontera cruzaron.

Y cuando la habían pasao,
Una madrugada clara
Le dijo Cruz que mirara
Las últimas poblaciones;
Y a Fierro dos lagrimones
Le rodaron por la cara.

Y siguiendo el fiel del rumbo
Se entraron en el desierto,—
No sé si los habrán muerto

En alguna correría,
Pero espero que algún día
Sabré de ellos algo cierto.

Y ya con estas noticias
Mi relación acabé,
Por ser ciertas les conté
Todas las desgracias dichas,
Es un telar de desdichas
Cada gaucho que usté ve.

Pero ponga su esperanza
En el Dios que lo formó.
Y que me despido yo
Que he relatado a mi modo
Males que conocen todos
Pero que naides cantó.

LA VUELTA DE MARTÍN FIERRO

La vuelta de Martín Fierro

1

MARTIN FIERRO

Atención pido al silencio
Y silencio a la atención,
Que voy en esta ocasión,
Si me ayuda la memoria,
A mostrarle que a mi historia
Le faltaba lo mejor.

Viene uno como dormido
Cuando vuelve del desierto;
Veré si a esplicarme acierto
Entre gente tan bizarra,
Y si al sentir la guitarra
De mi sueño me dispierto.

Siento que mi pecho tiembla,
Que se turba mi razón,
Y de la vigüela al son
Imploro a la alma de un sabio,
Que venga a mover mi labio
Y a alentar mi corazón.

Si no llega a treinta y una
De fijo en treinta me planto,
Y esta confianza adelanto

Porque recibí en mí mismo,
Con el agua del bautismo
Las facultades pal canto.

Tanto el pobre como el rico
La razón me la han de dar;
Y si llegan a escuchar
Lo que esplicaré a mi modo,
Digo que no han de reir todos,
Algunos han de llorar.

Mucho tiene que contar
El que tuvo que sufrir,
Y empezaré por pedir
No duden de cuanto digo;
Pues debe creerse al testigo
Si no pagan por mentir.

Gracias le doy a la Virgen,
Gracias le doy al Señor,
Porque entre tanto rigor
Y habiendo perdido tanto,
Ni perdí mi amor al canto
Ni mi voz como cantor.

Que cante todo viviente
Ordenó el Eterno Padre,
Cante todo el que se cuadre
Como lo hacemos los dos,
Pues solo no tiene voz
El ser que no tiene sangre.

Canta el pueblero... y es pueta,
Canta el gaucho... y ¡ay, Jesús!
Lo miran como avestruz
Su inorancia los asombra;
Mas siempre sirven las sombras
Pa distinguir bien la luz.

El campo es del inorante,
El pueblo del hombre estruido;
Yo que en el campo he nacido
Digo que mis cantos son
Para los unos... sonidos,
Y para otros... intención.

Yo he conocido cantores
Que era un gusto el escuchar;
Mas no quieren opinar
Y se divierten cantando;
Pero yo canto opinando,
Que es mi modo de cantar.

El que vá por esta senda
Cuanto sabe desembucha,
Y aunque mi ciencia no es mucha
Esta en mi favor previene;
Yo sé el corazón que tiene
El que con gusto me escucha.

Lo que pinta este pincel
Ni el tiempo lo ha de borrar,
Ninguno se ha de animar
A corregirme la plana;
No pinta quien tiene gana
Sino quien sabe pintar.

Y no piensen los oyentes
Que del saber hago alarde;
He conocido aunque tarde
Sin haberme arrepentido
Que es pecado cometido
El decir ciertas verdades.

Pero voy en mi camino
Y nada me ladiará,
He de decir la verdá,

De naides soy adulón,
Aquí no hay imitación
Esta es pura realidá.

Y el que me quiera enmendar
Mucho tiene que saber—
Tiene mucho que aprender
El que me sepa escuchar—
Tiene mucho que rumiar
El que me quiera entender.

Mas que yo y cuantos me oigan,
Mas que las cosas que tratan,
Mas que lo que ellos relatan
Mis cantos han de durar:
Mucho ha habido que marcar
Para hacer esta bravata.

Brotan quejas de mi pecho,
Brota un lamento sentido;
Y es tanto lo que he sufrido
Y males de tal tamaño,
Que reto a todos los años
A que traigan al olvido.

Ya verán si me dispierto
Como se compone el baile—
Y no se sorprenda naides
Si mayor fuego me anima;
Porque quiero alzar la prima
Como pa tocar al aire—

Y con la cuerda tirante
Dende que ese tono elija,
Yo no he de aflojar manija
Mientras que la voz no pierda;
Si no se corta la cuerda
O no cede la clavija.

Aunque rompí el estrumento
Por no volverme a tentar—
Tengo tanto que contar
Y cosas de tal calibre,
Que Dios quiera que se libre
El que me enseñó a templar.—

De naides sigo el ejemplo,
Naide a dirigirme viene—
Yo digo lo que conviene
Y el que en tal güeya se planta,
Debe cantar cuando canta
Con toda la voz que tiene.

He visto rodar la bola
Y no se quiere parar,
A fin de tanto rodar
Me he decidido a venir
A ver si puedo vivir
Y me dejan trabajar.

Sé dirigir la mansera
Y también echar un pial—
Sé correr en un rodeo—
Trabajar en un corral—
Me sé sentar en un pértigo
Lo mesmo que un bagual.

Y empriéstenme su atención
Si ansí me quieren honrar,
De no tendré que callar,
Pues el pájaro cantor
Jamás se para a cantar
En árbol que no da flor.

Hay trapitos que golpiar,
Y de aquí no me levanto;
Escúchenme cuando canto

Si quieren que desembuche—
Tengo que decirles tanto
Que les mando que me escuchen.

Déjenme tomar un trago,
Estas son otras cuarenta,
Mi garganta está sedienta
Y de esto no me abochorno—
Pues el viejo como el horno
Por la boca se calienta.

2

Triste suena mi guitarra
Y el asunto lo requiere—
Ninguno alegrías espere
Sino sentidos lamentos,
De aquel que en duros tormentos
Nace, crece, vive y muere.—

Es triste dejar sus pagos
Y largarse a tierra ajena
Llevándose la alma llena
De tormentos y dolores,
Mas nos llevan los rigores
Como el pampero a la arena.

Irse a cruzar el desierto
Lo mesmo que un foragido,
Dejando aquí en el olvido
Como dejamos nosotros,
Su mujer en brazos de otro
Y sus hijitos perdidos.—

¡Cuántas veces al cruzar
En esa inmensa llanura,
Al verse en tal desventura

Y tan lejos de los suyos,
Se tira uno entre los yuyos
A llorar con amargura!

En la orilla de un arroyo
Solitario lo pasaba,
En mil cosas cavilaba
Y a una güelta repentina
Se me hacía ver a mi china
O escuchar que me llamaba.

Y las aguas serenitas
Bebe el pingo trago a trago—
Mientras sin ningún halago
Pasa uno hasta sin comer,
Por pensar en su mujer,
En sus hijos y en su pago.

Recordarán que con Cruz
Para el desierto tiramos—
En la pampa nos entramos,
Cayendo por fin del viaje
A unos toldos de salvajes,
Los primeros que encontramos.

La desgracia nos seguía,
Llegamos en mal momento—
Estaban en parlamento
Tratando de una invasión,
Y el indio en tal ocasión,
Recela hasta de su aliento.

Se armó un tremendo alboroto
Cuando nos vieron llegar,
No podíamos aplacar
Tan peligroso hervidero,
Nos tomaron por bomberos
Y nos quisieron lanciar.

Nos quitaron los caballos
A los muy pocos minutos;
Estaban irresolutos,
Quién sabe qué pretendían,
Por los ojos nos metían
Las lanzas aquellos brutos.

Y dele en su lengüeteo
Hacer gestos y cabriolas;
Uno desató las bolas
Y se nos vino en seguida,
Ya no creíamos con vida
Salvar ni por carambola.

Allá no hay misericordia
Ni esperanza que tener—
El indio es de parecer
Que siempre matar se debe—
Pues la sangre que no bebe
Le gusta verla correr.

Cruz se dispuso a morir
Peleando y me convidó.
Aguantemos dije yo
El fuego hasta que nos queme—
Menos los peligros teme
Quien mas veces los venció.—

Se debe ser más prudente
Cuando el peligro es mayor,
Siempre se salva mejor
Andando con alvertencia,
Porque no está la prudencia
Reñida con el valor.—

Vino al fin el lenguaraz
Como a traernos el perdón
Nos dijo—"la salvación

" se la deben a un cacique,
" Me manda que les esplique
" Que se trata de un malón.

" Les ha dicho a los demás
" Que ustedes quedan cautivos
" Por si caen algunos vivos
" En poder de los cristianos,
" Rescatar a sus hermanos
" Con estos dos fugitivos."

Volvieron al parlamento
A tratar de sus alianzas,
O tal vez de la matanza,
Y conforme les detallo—
Hicieron cerco a caballo
Recostándose en las lanzas.

Dentra al centro un indio viejo
Y allí a lengüetiar se larga,
Quién sabe qué les encarga,
Pero toda la reunión
Lo escuchó con atención
Lo menos tres horas largas.

Pegó al fin tres alaridos
Y ya principia otra danza,
Para mostrar su pujanza
Y dar pruebas de jinete
Dió riendas rayando el flete
Y revoliando la lanza.—

Recorre luego la fila,
Frente a cada indio se para,
Lo amenaza cara a cara
Y en su juria aquel maldito
Acompaña con su grito
El cimbrar de la tacuara.

Se vuelve aquello un incendio
Más feo que la mesma guerra—
Entre una nube de tierra
Se hizo allí una mescolanza,
De potros, indios y lanzas
Con alaridos que aterran.

Parece un baile de fieras,
Sigún yo me lo imagino—
Era inmenso el remolino,
Las voces aterradoras—
Hasta que al fin de dos horas
Se aplacó aquel torbellino.

De noche formaban cerco
Y en el centro nos ponían—
Para mostrar que querían
Quitarnos toda esperanza,
Ocho o diez filas de lanzas
Al rededor nos hacían.

Allí estaban vigilantes
Cuidándonos a porfía,
Cuando roncar parecían
"*Huaincá*" gritaba cualquiera,
Y toda la fila entera
"*Huaincá*" toda repetía.

Pero el indio es dormilón
Y tiene un sueño profundo,
Es roncador sin segundo
Y es tal confianza subida
Que ronca a pata tendida,
Aunque se dé güelta el mundo.

Nos averiguaban todo
Como aquel que se previene—
Porque siempre les conviene

Saber las juerzas que andan,
Dónde están, quienes las mandan,
Qué caballos, qué armas tienen.

A cada respuesta nuestra
Uno hace una exclamación
Y luego en continuación
Aquellos indios feroces—
Cientos y cientos de voces
Repiten al mesmo son.

Y aquella voz de uno solo
Que empieza por un gruñido—
Llega hasta ser alarido
De toda la muchedumbre—
Y ansí alquieren la costumbre
De pegar esos bramidos.

3

De ese modo nos hallamos
Empeñaos en la partida—
No hay que darla por perdida
Por dura que sea la suerte;
Ni que pensar en la muerte,
Sino en soportar la vida—

Se endurece el corazón
Ni teme peligro alguno—
Por encontrarlo oportuno
Allí juramos los dos:
Respetar tan solo a Dios.
De Dios abajo, a ninguno.—

El mal es árbol que crece
Y que cortado retoña—
La gente espeta o visoña

Sufre de infinitos modos
La tierra es madre de todos,
Pero también dá ponzoña.

Mas todo varón prudente
Sufre tranquilo sus males—
Yo siempre los hayo iguales
En cualquier senda que elijo—
La desgracia tiene hijos
Aunque ella no tiene madre.—

Y al que le toca la herencia
Donde quiera halla su ruina—
Lo que la suerte destina
No puede el hombre evitar—
Porque el cardo ha de pinchar
Es que nace con espina.

Es el destino del pobre
Un continuo safarrancho;
Y para como el carancho,
Porque el mal nunca se sacia,
Si el viento de la desgracia
Vuela las pajas del rancho.

Mas quien manda los pesares
Manda también el consuelo—
La luz que baja del cielo
Alumbra el mas encumbrao,
Y hasta el pelo mas delgao
Hace su sombra en el suelo.

Pero por más que uno sufra
Un rigor que lo atormente
No debe bajar la frente
Nunca—por ningún motivo—
El álamo es mas altivo
Y gime constantemente.

El indio pasa la vida
Robando o echao de panza—
La única ley es la lanza
A que se ha de someter—
Lo que le falta en saber
Lo suple con desconfianza.

Fuera cosa de engrasarlo
A un indio caritativo—
Es duro con el cautivo,
Le dan un trato horroroso—
Es astuto y receloso,
Es audaz y vengativo.—

No hay que pedirle favor
Ni que aguardar tolerancia—
Movidos por su inorancia
Y de puro desconfiaos
Nos pusieron separaos
Bajo sutil vigilancia.—

No pude tener con Cruz
Ninguna conversación—
No nos daban ocasión,
Nos trataban como agenos—
Como dos años lo menos
Duró esta separación.

Relatar nuestras penurias
Fuera alargar el asunto—
Les diré sobre este punto
Que a los dos años recién,
Nos hizo el cacique el bien
De dejarnos vivir juntos.

Nos retiramos con Cruz
A la orilla de un pajal—
Por no pasarle tan mal

En el desierto infinito,
Hicimos como un bendito
Con dos cueros de bagual.

Fuimos a esconder allí
Nuestra pobre situación
Aliviando con la unión
Aquel duro cautiverio—
Tristes como un cementerio
Al toque de la oración.

Debe el hombre ser valiente
Si a rodar se determina,
Primero, cuando camina,
Segundo, cuando descansa,
Pues en aquellas andanzas
Perece el que se acoquina.

Cuando es manso el ternerito
En cualquier vaca se priende—
El que es gaucho esto lo entiende
Y ha de entender si lo digo,
Que andábamos con mi amigo
Como pan que no se vende.

Guarecidos en el toldo
Charlábamos mano a mano—
Eramos dos veteranos
Mansos pa las sabandijas,
Arrumbaos como cubijas
Cuando calienta el verano.

El alimento no abunda
Por mas empeño que se haga;
Lo pasa uno como plaga
Ejercitando la industria—
Y siempre como la nutria
Viviendo a orillas del agua.

En semejante ejercicio
Se hace diestro el cazador—
Cai el piche engordador,
Cai el pájaro que trina—
Todo vicho que camina
Va a parar al asador.—

Pues allí a los cuatro vientos
La persecución se lleva,
Naide escapa de la leva
Y dende que la alba asoma
Ya recorre uno la loma,
El bajo, el nido y la cueva.

El que vive de la caza
A cualquier vicho se atreve
Que pluma o cáscara lleve,
Pues cuando la hambre se siente
El hombre le clava el diente
A todo lo que se mueve.

En las sagradas alturas
Está el maestro principal
Que enseña a cada animal
A procurarse el sustento
Y le brinda el alimento
A todo ser racional.—

Y aves, y vichos y pejes,
Se mantienen de mil modos;
Pero el hombre en su acomodo
Es curioso de observar:
Es el que sabe llorar—
Y el que se los come a todos.

4

Antes de aclarar el día
Empieza el indio a aturdir

La pampa con su rugir,
Y en alguna madrugada,
Sin que sintiéramos nada
Se largaban a invadir.—

Primero entierran las prendas
En cuevas como peludos;
Y aquellos indios cerdudos
Siempre llenos de recelos,
En los caballos en pelos
Se vienen medios desnudos.

Para pegar el malón
El mejor flete procuran—
Y como es arma segura
Vienen con la lanza sola,
Y varios pares de bolas
Atados a la cintura.—

De ese modo anda liviano,
No fatiga el mancarrón;
Es su espuela en el malón,
Después de bien afilao
Un cuerito de venao
Que se amarra en el garrón.

El indio que tiene un pingo
Que se llega a distinguir,
Lo cuida hasta pa dormir;
De ese cuidao es esclavo—
Se lo arquila a otro indio bravo
Cuando vienen a invadir.

Por vigilarlo no come
Y ni aun el sueño concilia—
Solo en eso no hay decidia,
De noche, lés asiguro,
Para tenerlo seguro
Le hace cerco la familia.

Por eso habrán visto ustedes
Si en el caso se han hallao,
Y si no lo han oservao
Téngalo dende hoy presente—
Que todo pampa valiente
Anda siempre bien montao.

Marcha el indio a trote largo
Paso que rinde y que dura:
Viene en dirección segura
Y jamás a su capricho—
No se les escapa vicho
En la noche más oscura.

Caminan entre tinieblas
Con un cerco bien formao;
Lo estrechan con gran cuidao
Y agarran al aclarar,
Nanduces, gamas, venao—
Cuanto ha podido dentrar.

Su señal es un humido
Que se eleva muy arriba—
Y no hay quien no lo aperciba
Con esa vista que tienen
De todas partes se vienen
A engrosar la comitiva.—

Amsina se van juntando
Hasta hacer esas riuniones,
Que cain a las invasiones
En número tan crecido—
Que pa formar han salido
De los últimos rincones.

Es guerra cruel la del indio
Porque viene como fiera;
Atropella donde quiera

Y de asolar no se cansa—
De su pingo y de su lanza
Toda salvación espera.

Debe atarse bien la faja
Quien aguardarlo se atreva;
Siempre mala intención lleva,
Y como tiene alma grande
No hay plegaria que lo ablande
Ni dolor que lo conmueva.—

Odia de muerte al cristiano,
Hace guerra sin cuartel—
Para matar es sin yel,
Es fiero de condición—
No golpea la compasión
En el pecho del infiel.

Tiene la vista del águila,
Del león la temeridá—
En el desierto no habrá
Animal que él no lo entienda—
Ni fiera de que no aprienda
Un istinto de crueldá.

Es tenaz en su barbarie,
No esperen verlo cambiar,
El deseo de mejorar
En su rudeza no cabe—
El bárbaro solo sabe
Emborracharse y peliar.

El indio nunca se ríe
Y el pretenderlo es en vano,
Ni cuando festeja ufano
El triunfo en sus correrías—
La risa en sus alegrías
Le pertenece al cristiano.

Se cruzan por el desierto
Como un animal feroz—
Dan cada alarido atroz
Que hacen parar los cabellos,
Parece que a todos ellos
Los ha maldecido Dios.

Todo el peso del trabajo
Lo dejan a las mujeres—
El indio es indio y no quiere
Apiar de su condición,
Ha nacido indio ladrón
Y como indio ladrón muere.

El que envenenen sus armas
Les mandan sus hechiceras—
Y como ni a Dios veneran
Nada a los pampas contiene—
Hasta los nombres que tienen
Son de animales y fieras.—

Y son, por ¡ Cristo bendito!
Los mas desaciaos del mundo—
Esos indios vagabundos
Con repunancia me acuerdo
Viven lo mesmo que el cerdo
En esos toldos inmundos.

Naides puede imaginar
Una miseria mayor—
Su pobreza causa horror—
No sabe aquel indio bruto
Que la tierra no dá fruto
Si no la riega el sudor.

5

Aquel desierto se agita
Cuando la invasión regresa—

Llevan miles de cabezas
De vacuno y yeguariso,
Pa no afligirse es preciso
Tener bastante firmeza.

Aquello es un hervidero
De pampas—un celemin—
Cuando riunen el botin
Juntando toda la hacienda
En cantidá tan tremenda
Que no alcanza a verse el fin.

Vuelven las chinas cargadas
Con las prendas en montón;
Aflije esa destrución—
Acomodaos en cargueros
Llevan negocios enteros
Que han saquiao en la invasión.

Su pretensión es robar,
No quedar en el pantano—
Viene a tierra de cristianos
Como furia del infierno;
No se llevan al gobierno
Porque no lo hayan a mano.

Vuelven locos de contentos
Cuando han venido a la fija,—
Antes que ninguno elija
Empiezan con todo empeño,
Como dijo un santiagueño,
A hacerse la *repartija.*

Se reparten el botin
Con igualdá, sin malicia;
No muestra el indio codicia
Ninguna falsa comete—
Solo en esto se somete
A una regla de justicia.

Y cada cual con lo suyo
A sus toldos endierieza—
Luego la matanza empieza
Tan sin razón ni motivo
Que no queda animal vivo
De esos miles de cabezas.

Y satisfecho el salvage
De que su oficio ha cumplido
Lo pasa por ay tendido
Volviendo a su haraganiar—
Y entra la china a cueriar
Con un afán desmedido.

A veces a tierra adentro
Algunas puntas se llevan,
Pero hay pocos que se atrevan
A hacer esas incursiones,
Porque esos indios ladrones
Les suelen pelar la breva.

Pero pienso que los pampas
Deben de ser los mas rudos—
Aunque andan medios desnudos
Ni su conveniencia entienden,
Por una vaca que venden
Quinientas matan al ñudo.

Estas cosas y otras piores
Las he visto muchos años;
Pero si yo no me engaño
Concluyó este bandalaje,
Y esos bárbaros salvajes
No podrán hacer mas daño.

Las tribus están desechas,
Los caciques mas altivos
Están muertos o cautivos

Privaos de toda esperanza,
Y de la chusma y la lanza
Ya muy pocos quedan vivos.

Son salvages por completo
Hasta pa su diversión—
Pues hacen una junción
Que naides se la imagina,
Ricien le toca a la china
El hacer su papelón.

Cuanto el hombre es mas salvaje
Trata pior a la mujer—
Yo no sé que pueda haber
Sin ella dicha ni goce,
¡Feliz el que la conoce
Y logra hacerse querer!

Todo el que entiende la vida
Busca a su lao los placeres—
Justo es que las considere
El hombre de corazón;
Solo los cobardes son
Valientes con sus mujeres.

Pa servir a un desgraciao
Pronta la mujer está—
Cuando en su camino vá
No hay peligro que la asuste;
Ni hay una a quien no le guste
Una obra de caridá.—

No se halla una mujer
A la que esto no le cuadre—
Yo alabo al Eterno Padre,—
No porque las hizo bellas,
Sino porque a todas ellas
Les dió corazón de madre.

Es piadosa y diligente
Y sufrida en los trabajos;
Talvez su valor rebajo
Aunque la estimo bastante;
Más los indios inorantes
La tratan como estropajo.

Echan la alma trabajando
Bajo el mas duro rigor—
El marido es su señor;
Comó tirano la manda
Porque el indio no se ablanda
Ni siquiera en el amor.

No tiene cariño a naides
Ni sabe lo que es amar—
¡Ni que se puede esperar
De aquellos pechos de bronce!
Yo los conocí al llegar
Y los calé desde entonce.—

Mientras tiene que comer
Se queda muy sosegao—
Yo que en sus toldos he estao
Y sus costumbres oservo—
Digo que es como aquel cuervo
que no volvió del mandao.

Es para él como un juguete
Escupir un crucifijo—
Pienso que Dios los maldijo
Y ansina el ñudo desato:
El indio, el chancho y el gato,
Redaman sangre del hijo.

Mas ya con cuentos de pampas
No ocuparé su atención—
Debo pedirles perdón

Pues sin querer me distraje,
Por hablar de los salvajes
Me olvidé de la junción.

... ...

Hacen un cerco de lanzas,
Los indios quedan ajuera,
Dentra la china lijera
Como yeguada en la trilla,
Y empieza allí la cuadrilla
A dar güelta en la era.

A un lao están los caciques
Capitanejos y el trompa;
Tocando con toda pompa
Como un toque de fagina;
Adentro muere la china
Sin que aquel círculo rompa.

Muchas veces se les oyen
A las pobres los quejidos;
Mas son lamentos perdidos—
Al rededor del cercao,
En el suelo están mamaos
Los indios dando alaridos.

Su canto es una palabra
Y de hay no sale jamás,
Llevan todas el compás
Ioka-ioka repitiendo,
Me parece estarlas viendo
Mas fieras que Satanás.

Al trote dentro del cerco
Sudando, hambrientas, juriosas,
Desgreñadas y rotosas
De sol a sol se lo llevan—

Bailan, aunque truene o llueva,
Cantando la mesma cosa.

6

El tiempo sigue en su giro
Y nosotros solitarios,
De los indios sanguinarios
No teníamos que esperar—
El que nos salvó al llegar
Era el mas hospitalario.

Mostró noble corazón
Cristiano anhelaba ser—
La justicia es un deber,
Y sus méritos no callo,—
Nos regaló unos caballos
Y a veces nos vino a ver.

A la voluntad de Dios
Ni con la intención resisto—
El nos salvó... pero, ¡ah Cristo!
Muchas veces he deseado
No nos hubiera salvado
Ni jamás haberlo visto.

Quien recibe beneficios
Jamás los debe olvidar;
Y al que tiene que rodar
En su vida trabajosa,
Le pasan a veces cosas
Que son duras de pelar.—

Voy dentrando poco a poco
En lo triste del pasage—
Cuando es amargo el brebaje
El corazón no se alegra,—

Dentró una virgüela negra—
Que los diezmó a los salvages.

Al sentir tal mortandá
Los indios desesperaos,
Gritaban alborotados:
"Cristiano hechando gualicho"
No quedó en los toldos vicho
Que no salió retobado.

Sus remedios son secretos,
Los tienen las adivinas—
Nos los conocen las chinas
Sino alguna ya muy vieja,
Y es la que los aconseja
Con mil embustes la india.

Allí soporta el paciente
Las terribles curaciones—
Pues a golpes y estrujones
Son los remedios aquellos—
Lo agarran de los cabellos
Y le arrancan los mechones.

Les hacen mil heregías
Que el presenciarlas da horror—
Brama el indio de dolor
Por los tormentos que pasa
Y untándolo todo en grasa
Lo ponen a hervir al sol.

Y puesto allí boca arriba
Al rededor le hacen fuego—
Una china viene luego
Y al oído le da gritos—
Hay algunos tan malditos
Que sanan con este juego.

A otros le cuecen la boca
Aunque de dolores cruja—
Lo agarran allí y lo estrujan,
Labios le queman y dientes
Con un güevo bien caliente
De alguna gallina bruja.

Conoce el indio el peligro
Y pierde toda esperanza—
Si a escapárselas alcanza
Dispara como una liebre—
Le dá delirios la fiebre
Y ya le cain con la lanza.

Esas fiebres son terribles,
Y aunque de esto no disputo,
Ni de saber me reputo,
Será, decíamos nosotros,
De tanta carne de potro
Como comen estos brutos.

Había un gringuito cautivo
Que siempre hablaba del barco
Y lo augaron en un charco
Por causante de la peste—
Tenía los ojos celestes
Como potrillito zarco.

Que le dieran esa muerte
Dispuso una china vieja;
Y aunque se aflige y se queja,
Es inútil que resista,—
Ponía el infeliz la vista
Como la pone la oveja.

Nosotros nos alejamos
Para no ver tanto estrago—
Cruz sentía los amagos

De la peste que reinaba—
Y la idea nos acosaba
De volver a nuestros pagos.

Pero contra el plan mejor
El destino se rebela—
¡La sangre se me congela!
El que nos había salvado,
Cayó también atacado
De la fiebre y la virgüela.

No podíamos dudar
Al verlo en tal padecer
El fin que debía tener.
Y Cruz era tan humano;
"Vamos me dijo, paisano,
"A cumplir con un deber."

Fuimos a estar a su lado
Para ayudarlo a curar—
Lo vinieron a buscar
Y hacerle como a los otros
Lo defendimos nosotros,
No lo dejamos lanciar.

Iba creciendo la plaga
Y la mortandá seguía,
A su lado nos tenía
Cuidándolo con paciencia
Pero acabó su esistencia
Al fin de unos pocos días.

El recuerdo me atormenta
Se renueva mi pesar—
Me dań ganas de llorar
Nada a mis penas igualo
Cruz también cayó muy malo
Ya para no levantar.

Todos pueden figurarse
Cuanto tuve que sufrir;
Yo no hacía sino gemir
Y aumentaba mi aflición,
No saber una oración
Pa ayudarlo a bien morir.—

Se le pasmó la virgüela,
Y el pobre estaba en un grito—
Me recomendó un hijito
Que en su pago había dejado,
"Ha quedado abandonado,
"Me dijo, aquel pobrecito."

"Si vuelve, busquemeló—
"Me repetía a media voz—
"En el mundo éramos dos
"Pues él ya no tiene madre;
"Que sepa el fin de su padre
"Y encomiende mi alma a Dios."

Lo apretaba contra el pecho
Dominao por el dolor—
Era su pena mayor
El morir allá entre infieles—
Sufriendo dolores crueles
Entregó su alma al criador.

De rodillas a su lado
Yo lo encomendé a Jesús!—
Faltó a mis ojos la luz
Tuve un terrible desmayo—
Caí como herido del rayo
Cuando lo vi muerto a Cruz.

7

Aquel bravo compañero
En mis brazos espiró;

Hombre que tanto sirvió,
Varón que fué tan prudente,
Por humano y por valiente
En el desierto murió.—

Y yo, con mis propias manos
Yo mismo le sepulté—
A Dios por su alma rogué
De dolor el pecho lleno—
Humedeció aquel terreno
El llanto que derramé.

Cumplí con mi obligación,
No hay falta de que me acuse,
Ni deber de que me escuse
Aunque de dolor sucumba—
Allá señala su tumba
Una cruz que yo le puse.

Andaba de toldo en toldo
Y todo me fastidiaba—
El pesar me dominaba
Y entregao al sentimiento,
Se me hacía a cada momento
Oir a Cruz que me llamaba.

Cual mas, cual menos los criollos
Saben lo que es amargura—
En mi triste desventura
No encontraba otro consuelo
Que ir a tirarme en el suelo
Al lao de su sepultura.

Allí pasaba las horas
Sin haber naides conmigo—
Teniendo a Dios por testigo—
Y mis pensamientos fijos,
En mi mujer y mis hijos,
En mi pago y en mi amigo.

Privado de tantos bienes
Y perdido en tierra ajena
Parece que se encadena
El tiempo y que no pasara,
Como si el sol se parara
A contemplar tanta pena.

Sin saber que hacer de mí
Y entregado a mi aflición,
Estaba allí una ocasión,
Del lado que venía el viento
Oí unos tristes lamentos
Que llamaron mi atención.

No son raros los quejidos
En los toldos del salvaje,
Pues aquel es vandalaje
Donde no se arregla nada
Sino a lanza y puñalada
A bolazos y a coraje.

No preciso juramento,
Deben creerle a Martín Fierro—
He visto en ese destierro
A un salvaje que se irrita,
Degollar una chinita
Y tirársela a los perros.

He presenciado martirios,
He visto muchas crueldades—
Crímenes y atrocidades
Que el cristiano no imagina,
Pues ni el indio ni la china
Sabe lo que son piedades.

Quise curiosear los llantos
Que llegaban hasta mí,
Al punto me dirigí

Al lugar ande venían—
Me horroriza todavía
El cuadro que descubrí!

Era una infeliz mujer
Que estaba de sangre llena—
Y como una Madalena
Lloraba con toda gana—
Conocí que era cristiana
Y esto me dió mayor pena.

Cauteloso me acerqué
A un indio que estaba al lao;
Porque el pampa es desconfiao
Siempre de todo cristiano,
Y ví que tenía en la mano
El rebenque ensangrentao.

8

Mas tarde supe por ella,
De manera positiva,
Que dentró una comitiva
De pampas a su partido,
Mataron a su marido
Y la llevaron cautiva.

En tan dura servidumbre
Hacían dos años que estaba—
Un hijito que llevaba
A su lado lo tenía—
La china la aborrecía
Tratándola como esclava.

Deseaba para escaparse
Hacer una tentativa—
Pues a la infeliz cautiva

Naides la va a redimir,
Y allí tiene que sufrir
El tormento mientras viva.

Aquella china perversa
Dende el punto que llegó,
Crueldá y orgullo mostró
Porque el indio era valiente—
Usaba un collar de dientes
De cristianos que él mató.

La mandaba trabajar
Poniendo cerca a su hijito
Tiritando y dando gritos
Por la mañana temprano
Atado de pies y manos
Lo mesmo que un corderito.

Ansí le imponía tarea
De juntar leña y sembrar
Viendo a su hijo llorar,
Y hasta que no terminaba,
La china no la dejaba
Que le diera de mamar.

Cuando no tenía trabajo
La emprestaban a otra china—
Naides, decía, se imagina,
Ni es capaz de presumir
Cuanto tiene que sufrir
La infeliz que está cautiva.

Si ven crecido a su hijito
Como de piedá no entienden,
Y a súplicas nunca atienden,
Cuando no es este es el otro,
Se lo quitan y lo venden
O lo cambian por un potro.

En la crianza de los suyos
Son bárbaros por demás,
No lo había visto jamás,
En una tabla lo atan
Los crían ansí, y les achatan
La cabeza por detrás.

Aunque esto parezca extraño
Ninguno lo ponga en duda:
Entre aquella gente ruda,
En su bárbara torpeza,
Es gala que la cabeza
Se les forme punteaguda.

Aquella china malvada
Que tanto la aborrecía,
Empezó a decir un día
Porque falleció una hermana,
Que sin duda la cristiana
Le había echao brujería.

El indio la sacó al campo
Y la empezó a amenazar
Que le había de confesar
Si la brujería era cierta;
Y que la iba a castigar
Hasta que quedara muerta.

Llora la pobre afligida
Pero el indio en su rigor,
Le arrebató con furor
Al hijo de entre sus brazos,
Y del primer rebencazo
La hizo crujir de dolor.

Que aquel salvaje tan cruel
Azotándola seguía,—
Mas y mas se enfurecía

Cuando más le castigaba,
Y la infeliz se atajaba
Los golpes como podía.

Que le gritó muy furioso
"*Confechando no querés*"
La dió vuelta de un revés
Y para colmar su amargura,
A su tierna criatura
Se la degolló a los piés.

Es increíble, me decía,
Que tanta fiereza esista,
No habrá madre que resista,
Aquel salvaje inclemente
Cometió tranquilamente
Aquel crimen a su vista.—

Esos horrores tremendos
No los inventa el cristiano—
"Ese bárbaro inhumano",
Sollozando me lo dijo,
"Me amarró luego las manos
Con las tripas de mi hijo."

9

De ella fueron los lamentos
Que en mi soledá escuché—
En cuanto al punto llegué
Quedé enterado de todo—
Al mirarla de aquel modo
Ni un instante turtubié.

Toda cubierta de sangre
Aquella infeliz cautiva,
Tenía dende abajo arriba

La marca de los lazazos,—
Los trapos hechos pedazos
Mostraban la carne viva.

Alzó los ojos al cielo
En sus lágrimas bañada,
Tenía las manos atadas,
Su tormento estaba claro;
Y me clavó una mirada
Como pidiéndome amparo.

Yo no sé lo que pasó
En mi pecho en ese instante,
Estaba el indio arrogante
Con una cara feroz;
Para entendernos los dos
La mirada fué bastante.

Pegó un brinco como un gato
Y me ganó la distancia,
Aprovechó esa ganancia
Como fiera cazadora—
Desató las boliadoras
Y aguardó con vigilancia.

Aunque yo iba de curioso
Y no por buscar contienda,
Al pingo le até la rienda,
Eché mano dende luego
A este que no yerra fuego,
Y ya se armó la tremenda.

El peligro en que me hallaba
Al momento conocí—
Nos mantuvimos ansí,
Me miraba y lo miraba;
Yo, al indio le desconfiaba
Y él me deconfiaba a mí.

Se debe ser precavido
Cuando el indio se agazape—
En esa postura el tape
Vale por cuatro o por cinco—
Como tigre es para el brinco
Y fácil que a uno lo atrape.

Peligro era atropellar
Y era peligro el jüir;
Y más peligro seguir
Esperando de ese modo,
Pues otros podían venir
Y carniarme allí entre todos.

A juerza de precaución
Muchas veces me he salvao,
Pues en un trance apurao
Es mortal cualquier descuido—
Si Cruz hubiera vivido
No habría tenido cuidao.

Un hombre junto con otro
En valor y juerza crece—
El temor desaparece,
Escapa de cualquier trampa—
Entre dos, ¡no digo a un pampa,
A la tribu si se ofrece!—

En tamaña incertidumbre
En trance tan apurao,
No podía por decontao
Escaparme de otra suerte,
Sino dando al indio muerte
O quedando allí estirao.

Y como el tiempo pasaba
Y aquel asunto me argía,
Viendo que no se movía,

Me fuí medio de soslayo
Como a agarrarle el caballo
A ver si se me venía.

Ansí fué, no aguardó más
Y me atropelló el salvaje—
Es preciso que se ataje
Quien con el indio pelee—
El miedo de verse a pie
Aumentaba su coraje.

En la dentrada nomás
Me largó un par de bolazos—
Uno me tocó en un brazo
Si me dá bien, me lo quiebra—
Pues las bolas son de piedra
Y vienen como balazos.

A la primer puñalada
El pampa se hizo un ovillo—
Era el salvaje más pillo
Que he visto en mis correrías—
Y a más de las picardías
Era arisco pal cuchillo.

Las bolas las manejaba
Aquel bruto con destreza,
Las recogía con presteza
Y me las volvía largar,
Haciéndomelas silbar
Arriba de la cabeza.

Aquel indio, como todos
Era cauteloso... ¡ay juna!
Ahi me valió la fortuna
De que peliando se apotra—
Me amenazaba con una,
Y me largaba con otra.

Me sucedió una desgracia
En aquel percance amargo,
En momentos que lo cargo
Y que él reculando vá—
Me enredé en el chiripá
Y caí tirao largo a largo.

Ni pa encomendarme a Dios
Tiempo el salvaje me dió;
Cuanto en el suelo me vió
Mé saltó con ligereza,
Juntito de la cabeza
El bolazo retumbó.—

Ni por respeto al cuchillo
Dejó el indio de apretarme—
Allí pretende ultimarme
Sin dejarme levantar—
Y no me daba lugar
Ni siquiera a enderezarme.

Devalde quiero moverme
Como persona resuelta
Aquel indio no me suelta—
Toda mi juerza ejecuto—
Pero bajo de aquel bruto
No podía ni darme güelta.

... ...

¡Bendito Dios poderoso,
Quien te puede comprender!
Cuando a una débil mujer
Le diste en esa ocasión
La juerza que en un varón
Tal vez no pudiera haber.

Esa infeliz tan llorosa
Viendo el peligro se anima

Como una flecha se arrima
Y olvidando su aflición,
Le pegó al indio un tirón
Que me lo sacó de encima.

Ausilio tan generoso
Me libertó del apuro —
Si no es ella, de siguro
Que el indio me sacrifica—
Y mi valor se duplica
Con un ejemplo tan duro.

En cuanto me enderecé
Nos volvimos a topar—
No se podía descansar
Y me chorriaba el sudor—
En un apuro mayor
Jamás me he vuelto a encontrar.

Tampoco yo le daba alce
Como deben suponer
Se había aumentao mi quehacer
Para impedir que el brutazo,
Le pagara algún bolazo
De rabia a aquella mujer.—

La bola en manos del indio
Es terrible y muy ligera—
Hace de ella lo que quiera
Saltando como una cabra—
Mudos—sin decir palabra,
Peliábamos como fieras.

Aquel duelo en el desierto
Nunca, jamás se me olvida,
Iba jugando la vida
Con tal terrible enemigo,
Teniendo allí de testigo
A una mujer afligida.

Cuanto él más se enfurecía
Yo más me empiezo a calmar:
Mientras no logra matar
El indio no se desfoga—
Al fin le corté una soga
Y lo empecé aventajar.

Me hizo sonar las costillas
De un bolazo aquel maldito;
Y al tiempo que le dí un grito
Y le dentro como bala
Pisa el indio y se refala
En el cuerpo del chiquito.

Para esplicarle el misterio
Es muy escasa mi cencia—
Lo castigó en mi concencia
Su Divina Magestá—
Donde no hay casualidá
Suele estar la Providencia.

En cuanto trastabilló
Más de firme lo cargué,
Y aunque de nuevo hizo pie
Lo perdió aquella pisada;
Pues en esa atropellada
En dos partes lo corté.

Al sentirse lastimao
Se puso medio afligido—
Pero era indio decidido.
Su valor no se quebranta—
Le salían de la garganta
Como una especie de aullidos.

Lastimao en la cabeza
La sangre lo enceguecía.
De otra herida le salía

Haciendo un charco ande estaba:
Con los piés la chapaliaba
Sin aflojar todavía.

Tres figuras imponentes
Formábamos aquel terno—
Ella en su dolor materno,
Yo con la lengua dejuera,
Y el salvaje como fiera
Disparada del infierno.

Iba conociendo el indio
Que tocaban a degüello—
Se le erizaba el cabello
Y los ojos revolvía—
Los labios se le perdían
Cuando iba a tomar resuello.

En una nueva dentrada
Le pegué un golpe sentido,
Y al verse ya mal herido,
Aquel indio foribundo
Lanzó un terrible alarido—
Que retumbó como un ruido
Si se sacudiera el mundo.

Al fin de tanto lidiar
En el cuchillo lo alcé—
En peso lo levanté
Aquel hijo del desierto—
Ensartado lo llevé,
Y allá recién lo largué,
Cuando yo lo sentí muerto.

Me persiné dando gracias
De haber salvado la vida:
Aquella pobre aflijida
De rodillas en el suelo

Alzó sus ojos al cielo
Sollozando dolorida.

Me hinqué también a su lado
A dar gracias a mi Santo—
En su dolor y quebranto
Ella, a la Madre de Dios,
Le pide en su triste llanto
Que nos ampare a los dos.

Se alzó con pausa la leona
Cuando acabó de implorar,
Y sin dejar de llorar
Envolvió en sus trapitos
Los pedazos de su hijito
Que yo le ayudé a juntar.

10

Dende ese punto era juerza
Abandonar el desierto,
Pues me hubieran descubierto,
Y aunque lo maté en pelea,
De fijo que me lancean
Por vengar el indio muerto.

A la aflijida cautiva
Mi caballo le ofrecí—
Era un pingo que adquirí,
Y donde quiera que estaba
En cuanto yo le silbaba
Venía a refregarse en mí.

Yo me le senté al del pampa;
Era un oscuro tapao—
Cuando me hallo bien montao
De mis casillas me salgo—
Y era un pingo como galgo
Que sabía correr boliao.—

Pa correr en el camino
No hallaba ningún trompiezo—
Los ejercitan en eso—
Y los ponen como luz,
De dentrarle a un avestruz
Y boliar bajo el pescuezo.

El pampa educa al caballo
Como para un entrevero—
Como rayo es de lijero
En cuanto el indio lo toca—
Y como trompo en la boca,
Dá güelta sobre de un cuero.

Lo barea en la madrugada—
Jamás falta a este deber—
Luego lo enseña a correr
Entre fangos y guadales,
Ansina esos animales
Es cuanto se puede ver!

En el caballo de un pampa
No hay peligro de rodar—
Jué pucha—y pa disparar
Es pingo que no se cansa—
Con proligidá lo amansa
Sin dejarlo corcobiar.

Pa quitarle las cosquillas
Con cuidao lo manosean,
Horas enteras emplea,
Y por fin, solo lo deja,
Cuando agacha las orejas
Y ya el potro no cocea.

Jamás le sacude un golpe
Porque lo trata al bagual
Con paciencia sin igual,

Al domarlo no le pega,
Hasta que al fin se le entrega
Ya dócil el anima..

Y aunque yo sobre los bastos
Me sé sacudir el polvo—
A esa costumbre me amoldo—
Con paciencia lo manejan
Y al día siguiente lo dejan
Rienda arriba junto al toldo.

Ansí todo el que procure
Tener un pingo modelo—
Lo ha de cuidar con desvelo
Y debe impedir también,
El que de golpes le den
O tirones en el suelo.

Muchos quieren dominarlo
Con el rigor y el azote,
Y si ven al chafalote
Que tiene trazas de malo,
Lo embraman en algún palo
Hasta que se descogote.

Todo se vuelven protestos
Y güeltas para ensillar
Dicen que es para montarlo
Mas compriende cualquier bobo,
Que es de miedo del corcobo
Y no quieren confesarlo.

El animal yeguarizo,
Perdóneme esta advertencia,
Es de mucha conocencia
Y tiene mucho sentido—
Es animal consentido,
Lo cautiva la paciencia.—

Aventaja a los demás
El que esas cosas entienda—
Es bueno que el hombre aprienda,
Pues hay pocos domadores,
Y muchos frangoyadores
Que andan de bozal y rienda

... ...

Me vine como les digo
Trayendo esa compañera—
Marchamos la noche entera
Haciendo nuestro camino
Sin más rumbo que el destino
Que nos llevara ande quiera.

Al muerto, en un pajonal
Había tratao de enterrarlo,
Y después de maniobrarlo
Lo tapé bien con las pajas,
Para llevar de ventaja
Lo que emplearan en hallarlo.

En notando nuestra ausencia
Nos habían de perseguir—
Y al decidirme a venir,
Con todo mi corazón
Hice la resolución
De peliar hasta morir.

Es un peligro muy serio
Cruzar juyendo el desierto—
Muchísimos de hambre han muerto;
Pues en tal desasosiego,
No se puede ni hacer fuego
Para nó ser descubierto.—

Sólo el arbitrio del hombre
Puede ayudarlo a salvar—

No hay auxilio que esperar,
Sólo de Dios hay amparo—
En el desierto es muy raro
Que uno se pueda escapar.

Todo es cielo y horizonte
En inmenso campo verde!
¡Pobre de aquel que se pierde
O que su rumbo estrabea!
Si alguien cruzarlo desea
Este consejo recuerde:—

Marque su rumbo de día
Con toda fidelidad—
Marche con puntualidá
Siguiéndolo con fijeza,
Y si duerme, la cabeza
Ponga para el lao que vá.—

Oserve con todo esmero
Adonde el sol aparece,
Si hay neblina y entorpece
Y no lo puede oservar,
Guárdese de caminar
Pues quien se pierde perece.

Dios le dió instintos sutiles
A toditos los mortales—
El hombre es uno de tales
Y en las llanuras aquellas—
Lo guían el sol, las estrellas
El viento y los animales.

Para ocultarnos de día
A la vista del salvaje,
Ganábamos un paraje
En que algún abrigo hubiera—
A esperar que anocheciera
Para seguir nuestro viaje.

Penurias de toda clase
Y miserias padecimos—
Varias veces no comimos
O comimos carne cruda,
Y en otras, no tengan duda,
Con raíces nos mantuvimos.

Después de mucho sufrir
Tan peligrosa inquietú—
Alcanzamos con salú
A divisar una sierra,
Y al fin pisamos la tierra
En donde crece el ombú.—

Nueva pena sintió el pecho
Por Cruz, en aquel paraje—
Y en humilde vasallaje
A la magestá infinita,
Besé esa tierra bendita
Que ya no pisa el salvaje.

Al fin la misericordia
De Dios, nos quiso amparar;
Es preciso soportar
Los trabajos con costancia—
Alcanzamos una Estancia
Después de tanto penar.

Ahi mesmo me despedí
De mi infeliz compañera—
"Me voy—la dije—ande quiera,
"Aunque me agarre el gobierno
"Pues infierno por infierno,
"Prefiero el de la frontera."—

Concluyo esta relación,
Ya no puedo continuar,
Permítanme descansar;

Están mis hijos presentes,
Y yo ansioso por que cuenten
Lo que tengan que contar.—

11

Y mientras que tomo un trago
Pa refrescar el garguero—
Y mientras tiembla el muchacho
Y prepara su estrumento—
Les contaré de qué modo
Tuvo lugar el encuentro:—

Me acerqué a algunas Estancias
Por saber algo de cierto,
Creyendo que en tantos años
Esto se hubiera compuesto;
Pero cuanto saqué en limpio
Fué, que estábamos lo mesmo.

Ansí me dejaba andar
Haciéndome el chancho rengo,
Porque no me convenía
Revolver el avispero;
Pues no inorarán ustedes
Que en cuentas con el gobierno

Tarde o temprano lo llaman
Al pobre a hacer el arreglo,
Pero al fin tuve la suerte
De hallar un amigo viejo,
Que de todo me informó,
Y por él supe al momento,

Que el Juez que me perseguía
Hacía tiempo que era muerto:
Por culpa suya he pasado
Diez años de sufrimiento,

Y no son pocos diez años
Para quien ya llega a viejo.

Y los he pasado ansí,
Si en mi cuenta no me yerro:
Tres años en al frontera,
Dos como gaucho matrero,
Y cinco allá entre los indios
Hacen los diez que yo cuento.

—Me dijo a más ese amigo,
Que anduviera sin recelo,
Que todo estaba tranquilo,
Que no perseguía el Gobierno;
Que ya nadie se acordaba
De la muerte del moreno.—

Aunque si yo lo maté,
Mucha culpa tuvo el negro,
Estuve un poco imprudente,
Puede ser, yo lo maté,
Pero él me precipitó
Porque él me cortó primero—

Y a más, me cortó en la cara
Que es un asunto muy serio.
—Me asiguró el mesmo amigo
Que ya no había ni el recuerdo
De aquel que en la pulpería
Lo dejé mostrando el sebo.

El, de engreído me buscó
Yo ninguna culpa tengo;
El mesmo vino a peliarme,
Y talvez me hubiera muerto
Si le tengo más confianza
O soy un poco más lerdo.—

Fué suya toda la culpa
Porque ocasionó el suceso.
—Que ya no hablan tampoco,
Me lo dijo muy de cierto,
De cuando con la partida
Llegué a tener el encuentro.

Esa vez me defendí
Como estaba en mi derecho,
Porque fueron a prenderme
De noche y en campo abierto—
Se me acercaron con armas,
Y sin darme voz de preso.

Me amenazaron a gritos
De un modo que daba miedo—
Que iban arreglar mis cuentas
Tratándome de matrero
Y no era el jefe que hablaba
Sino un cualquiera de entre ellos.

Y ese, me parece a mí
No es modo de hacer arreglos,
Ni con el que es inocente,
Ni con el culpable menos
—Con semejantes noticias
Yo me puse muy contento

Y me presenté ande quiera
Como otros pueden hacerlo—
—De mis hijos he encontrado
Sólo a dos hasta el momento—
Y de ese encuentro feliz
Le doy las gracias al cielo.

A todos cuantos hablaba
Les preguntaba por ellos.
Mas no me daba ninguno,

Razón de su paradero;—
Casualmente el otro día
Llegó a mí conocimiento,

De una carrera muy grande
Entre varios Estancieros—
Y fuí como uno de tantos
Aunque no llevaba un medio.
No faltaban, ya se entiende
En aquel gauchage inmenso

Muchos que ya conocían
La historia de Martín Fierro;
Y allí estaban los muchachos
Cuidando unos parejeros—
Cuanto me oyeron nombrar
Se vinieron al momento,

Diciéndome quienes eran
Aunque no me conocieron,
Porque venía muy aindiao
Y me encontraban muy viejo,
La junción de los abrazos
De los llantos y los besos

Se deja pa las mujeres
Como que entienden el juego.
Pero el hombre que comprende
Que todos hacen lo mesmo,
En público canta y baila
Abraza y llora en secreto.

Lo único que me han contado
Es que mi mujer ha muerto.
Que en procuras de un muchacho
Se fué la infeliz al pueblo,
Donde infinitas miserias
Habrá sufrido por cierto.

Que por fin a un hospital
Fué a parar medio muriendo,
Y en ese abismo de males
Falleció al muy poco tiempo.
—Les juro que de esa pérdida
Jamás he de hallar consuelo.

Muchas lágrimas me cuesta
Dende que supe el suceso.
Más dejemos cosas tristes
Aunque alegrías no tengo;
Me parece que el muchacho
Ha templao y está dispuesto.

Vamos a ver que tal lo hace,
Y juzgar su desempeño—
Ustedes no los conocen,
Yo tengo confianza en ellos—
No porque lleven mi sangre,
Eso fuera lo de menos,

Sino porque dende chicos
Han vivido padeciendo.
Los dos son aficionados—
Les gusta jugar con fuego,
Vamos a verlos correr—
Son cojos... hijos de rengo.

EL HIJO SEGUNDO DE MARTIN FIERRO

12

LA PENITENCIARIA

Aunque el gajo se parece
Al árbol de donde sale,
Solía decirlo mi madre

Y en su razón estoy fijo:
"Jamás puede hablar el hijo
Con la autoridá del padre."

Recordarán que quedamos
Sin tener donde abrigarnos;
Ni ramada ande guardarnos,
Ni rincón donde meternos,
Ni camisa que ponernos,
Ni poncho con que taparnos.

Dichoso aquel que no sabe
Lo que es vivir sin amparo;
Yo con verdá les declaro,
Aunque es por demás sabido—
Dende chiquito he vivido
En el mayor desamparo.—

No le merman el rigor
Los mesmos que lo socorren—
Tal vez por que no se borren
Los secretos del destino,
De todas partes lo corren
Como ternero dañino.

Y vive como los bichos
Buscando alguna rendija—
El güérfano es sabandija
Que no encuentra compasión,
Y el que anda sin dirección
Es guitarra sin clavija.

Sentiré que cuanto digo
Algún oyente le cuadre—
Ni casa tenía, ni madre,
Ni parentela, ni hermanos;
Y todos limpian sus manos
En el que vive sin padre.

Lo cruza este de un lazazo,
Lo abomba aquel de un moquete,
Otro le busca el cachete
Y entre tanto soportar,
Suele a veces no encontrar
Ni quien le arroje un soquete.

Si lo recogen lo tratan
Con la mayor rigidez—
Piensan que es mucho tal vez
Cuando ya muestra el pellejo
Si le dan un trapo viejo
Pa cubrir su desnudez.

Me crié, pues como les digo,
Desnudo a veces y hambriento,
Me ganaba mi sustento,
Y ansí los años pasaban—
Al ser hombre me esperaban
Otra clase de tormentos.

Pido a todos que no olviden,
Lo que les voy a decir;
En la escuela del sufrir
He tomado mis leciones;
Y he hecho mis refleciones
Dende que empecé a vivir.

Si alguna falta cometo
La motiva mi ignorancia,
No vengo con arrogancia:
Y les diré en conclusión
Que trabajando de pión
Me encontraba en una estancia.

El que manda siempre puede
Hacerle al pobre un calvario:
A un vecino propietario
Un boyerón le mataron—

Y aunque a mi me lo achacaron
Salió cierto en el sumario.

Piensen los hombres honrados
En la vergüenza y la pena
De que tendría el alma llena
Al verme ya tan temprano
Igual a los que sus manos
Con el crimen envenenan.

Declararon otros dos
Sobre el caso del dijunto;
Mas no se aclaró el asunto,
Y el Juez por darlas de listo
"Amarrados como un Cristo,
"Nos dijo, irán todos juntos."

"A la Justicia Ordinaria
"Voy a mandar a los tres."—
Tenía razón aquel Juez
Y cuantos ansí amanecen,
Ordinaria... es como la hacen,
Lo he conocido después.

Nos remitió como digo
A esa Justicia Ordinaria—
Y fuímos con la sumaria
A esa cárcel de malevos,
Que por el bautismo nuevo
Le llaman Penitenciaria.—

El porqué tiene ese nombre
Naides me lo dijo a mí
Mas yo me lo explico ansí:—
Le dirá Penitenciaria
Por la penitencia diaria
Que se sufre estando allí.

Criollo que cai en desgracia
Tiene que sufrir un poco—
Naides lo ampara tampoco
Sino cuenta con recursos—
El gringo es de más discurso,
Cuanta mata, se hace el loco.

No sé el tiempo que corrió
En aquella sepoltura;
Si de ajuera no lo apuran,
El asunto vá con pausa;
Tienen la presa sigura
Y dejan dormir la causa.

Inora el preso a que lado
Se inclinará la balanza—
Pero es tanta la tardanza
Que yo les digo por mí—
El hombre que dentre allí
Deje afuera la esperanza.

Sin perfecionar las leyes
Perfecionan el rigor—
Sospecho que el inventor
Habrá sido algún maldito—
Por grande que sea un delito
Aquella pena es mayor.

Eso es para quebrantar
El corazón más altivo—
Los llaveros son pasivos,
Pero más secos y duros
Talvez que los mesmos muros
En que uno gime cautivo.

No es en grillos ni en cadenas
En lo que usté penará,
Sino en una soledá
Y un silencio tan profundo,

Que parece que en el mundo
Es el único que está.

El más altivo varón
Y de colmillo gastao,
Allí se vería agoviao
Y su corazón marchito
Al encontrarse encerrao
A solas con su delito.

En esa cárcel no hay toros,
Ahí todos son corredores;
No puede el más altanero
Al verse entre aquellas rejas,
Sino amujar las orejas
Y sufrir callao su encierro.

Y digo a cuantos inoran
El rigor de aquellas penas—
Yo que sufrí las cadenas
Del destino y su inclemencia:
Que aprovechen la esperencia
Del mal en cabeza ajena.

Ay! madres las que dirigen
Al hijo de sus entrañas,
No piensen que las engaña,
Ni que les habla un falsario;
Lo que es el ser presidario
No le sabe la compaña.

Hijas, esposas, hermanas,
Cuantas quieren a un varón—
Díganles que esa prisión
Es un infierno temido—
Donde no se oye más ruído
Que el latir del corazón.

Allá el día no tiene sol,
La noche no tiene estrellas—
Sin que le valgan querellas
Encerrao lo purifican;
Y sus lágrimas salpican
En las paredes aquellas.

En soledá tan terrible
De su pecho oye el latido—
Lo sé, porque lo he sufrido
Y creameló el auditorio
Tal vez en el purgatorio
Las almas hagan más ruído.

Cuenta esas horas eternas
Para más atormentarse,
Su lágrima al redamarse
Calcula en sus aflicciones,
Contando sus pulsaciones,
Lo que dilata en secarse.

Allí se amansa el más bravo—
Allí se duebla el más juerte
El silencio es de tal suerte
Que cuando llegue a venir,
Hasta se le han de sentir
Las pisadas a la muerte.

Adentro mesmo del hombre
Se hace una revolución—
Metido en esa prisión
De tanto no mirar nada,
Le hace y queda grabada
La idea de la perfección.

En mi madre, en mis hermanos,
En todo pensaba yo—
Al hombre que allí dentró
De memoria más ingrata—

Fielmente se le retrata
Todo cuanto ajuera vió.

Aquel que ha vivido libre
De cruzar por donde quiera,
Se aflige y se desespera
De encontrarse allí cautivo;
Es un tormento muy vivo
Que abate la alma más fiera.

En esa estrecha prisión
Sin poderme conformar,
No cesaba de esclamar
¡Que diera yo por tener,
Un caballo en que montar
Y una pampa en que correr!

En un lamento costante
Se encuentra siempre embretao—
El castigo han inventao
De encerrarlo en las tinieblas—
Y allí está como amarrao,
A un fierro que no se duebla.

No hay un pensamiento triste
Que al preso no lo atormente—
Bajo un dolor permanente
Agacha al fin la cabeza—
Porque siempre es la tristeza
Hermana de un mal presente.

Vierten lágrimas sus ojos
Pero su pena no alivia;
En esa constante lidia
Sin un momento de calma,
Contempla con los del alma
Felicidades que envidia.

Ningún consuelo penetra
Detrás de aquellas murallas—

El varón de más agallas,
Aunque más duro que un perno,
Metido en aquel infierno
Sufre, gime, llora y calla.

De furor el corazón
Se le quiere reventar,
Pero no hay sinó aguantar
Aunque sosiego no alcance—
Dichoso en tan duro trance
Aquel que sabe rezar!—

Dirige a Dios su plegaria
El que sabe una oración!
En esa tribulación
Gime olvidando del mundo,
Y el dolor es más profundo
Cuando no haya compasión.

En tan crueles pesadumbres,
En tan duro padecer,
Empezaba a encanecer
Después de muy pocos meses—
Allí lamenté mil veces
No haber aprendido a leer.

Viene primero el furor,—
Después la melancolía—
En mi angustia no tenía
Otro alivio ni consuelo,
Sinó regar aquel suelo
Con lágrimas noche y día.

A visitar otros presos
Sus familias solían ir,
Naides me visitó a mí
Mientras estuve encerrao—
¡Quien iba a costiarse allí
A ver un desamparao!

¡Bendito sea el carcelero
Que tiene buen corazón!
Yo sé que esta bendición
Pocos pueden alcanzarla,—
Pues si tienen compasión
Su deber es ocultarla.

Jamás mi lengua podrá
Expresar cuanto he sufrido;
En el encierro metido,
Llaves, paredes, cerrojos—
Se graban tanto en los ojos
Que uno los ve hasta dormido.

....

El mate no se permite—
No le permiten hablar,
No le permiten cantar
Para aliviar su dolor—
Y hasta el terrible rigor
De no dejarlo fumar.

La justicia muy severa
Suele rayar en crueldá;
Sufre el pobre que allí está
Calenturas y delirios,
Pues no existe pior martirio
Que esa eterna soledá.

Conversamos con las rejas
Por solo el gusto de hablar—
Pero nos mandan callar
Y es preciso conformarnos;
Pues no se debe irritar
A quien puede castigarnos.

Sin poder decir palabra
Sufre en silencio sus males—

Y uno en condiciones tales
Se convierte en animal,
Privao del don principal
Que Dios hizo a los mortales.

Yo no alcanzo a comprender
Por qué motivo será,
Que el preso privado está
De los dones más preciosos,
Que el justo Dios bondadoso
Otorgo a la humanidá.

Pues que de todos los bienes,
En mi inorancia lo infiero,
Que le dió al hombre altanero
Su divina Majestá:
La palabra es el primero,
El segundo es la amistá.

Y es muy severa la ley
Que por un crimen o un vicio,
Somete al hombre a un suplicio
El más tremendo y atroz,
Privado de un beneficio
Que ha recibido de Dios.

La soledá causa espanto—
El silencio causa horror—
Ese continuo terror
Es el tormento más duro—
Y en un presidio siguro
Está de más el rigor—

Inora uno si de allí
Saldrá pa la sepultura—
El que se halla en desventura
Busca a su lado otro ser;
Pues siempre es bueno tener
Compañeros de amargura.

Otro más sabio podrá
Encontrar razón mejor,
Yo no soy rebuscador,
Y ésta me sirve de luz:
Se los dieron al Señor
Al clavarlo en una cruz.—

Y en las projundas tinieblas
En que mi razón esiste,
Mi corazón se resiste
A ese tormento sin nombre—
Pues el hombre alegra al hombre,
Y el hablar consuela al triste.

. . . .

Grábenlo como en la piedra
Cuanto he dicho en este canto—
Y aunque yo he sufrido tanto
Debo confesarlo aquí:
El hombre que manda allí
Es poco menos que un santo.

Y son buenos los demás,
A su ejemplo se manejan—
Pero por eso no dejan
Las cosas de ser tremendas;
Piensen todos y compriendan
El sentido de mis quejas.

Y guarden en su memoria
Con toda puntualidá.
Lo que con tal claridá
Les acabo de decir—
Mucho tendrán que sufrir
Si no creen en mi verdá.

Y si atienden mis palabras
No habrán calabozos llenos—

Manéjense como buenos;
No olviden esto jamás:
Aquí no hay razón de más;
Más bien las puse de menos.

Y con esto me despido,
Todos han de perdonar—
Ninguno debe olvidar
La historia de un desgraciado,
Quien ha vivido encerrado
Poco tiene que contar.—

EL HIJO MAYOR DE MARTIN FIERRO

13

Lo que les voy a decir
Ninguno lo ponga en duda,
Y aunque la cosa es peluda
Haré la resolución,
Es ladino el corazón
Pero la lengua no ayuda.—

El rigor de las desdichas
Hemos soportao diez años—
Peregrinando entre extraños
Sin tener donde vivir:
Y obligados a sufrir
Una máquina de daños.

El que vive de ese modo
De todos es tributario;
Falta el cabeza primario
Y los hijos que él sustenta
Se dispersan como cuentas
Cuando se corta el rosario.

Yo anduve ansí como todos
Hasta que al fin de sus días
Supo mi suerte una tía
Y me recogió a su lado,
Allí viví sosegado
Y de nada carecía.—

No tenía cuidado alguno
Ni que trabajar tampoco—
Yo como muchacho loco
Lo pasaba de holgazán;
Con razón dice el refrán
Que lo bueno dura poco.

En mí todo su cuidado
Y su cariño ponía—
Como a un hijo me quería
Con cariño verdadero—
Y me nombró de heredero
De los bienes que tenía.—

El Juez vino sin tardanza
Cuando falleció la vieja—
" De los bienes que te deja,
" Me dijo, yo he de cuidar;
" Es un rodeo regular
" Y dos majadas de ovejas."

Era hombre de mucha labia
Con más leyes que un dotor—
Me dijo: " vos sos menor,
" Y por los años que tienes
" No podés manejar bienes,
" Voy a nombrarte un tutor. "

Tomó un recuento de todo
Porque entendía su papel,
Y después que aquel pastel

Lo tuvo bien amasao,
Puso al frente un encargao,
Y a mí me llevó con él.—

Muy pronto estuvo mi poncho
Lo mesmo que cernidor—
El chiripá estaba pior,
Y aunque pa el frío soy guapo,
Ya no me quedaba un trapo
Ni pa el frío, ni pa el calor.

En tan triste desabrigo
Tras de un mes, iba otro mes,
Guardaba silencio el Juez,
La miseria me invadía—
Me acordaba de mi tía
Al verme en tal desnudez.

No sé decir con fijeza
El tiempo que pasé allí—
Y después de andar ansí
Como moro sin señor,
Pasé a poder del tutor
Que debía cuidar de mí.

14

Me llevó consigo un viejo
Que pronto mostró la hilacha—
Dejaba ver por la facha
Que era medio cimarrón,—
Muy renegao, muy ladrón,
Y se llamaba Vizcacha.

Lo que el Juez iba buscando
Sospecho y no me equivoco—
Pero este punto no toco

Ni su secreto averiguo—
Mi tutor era un antiguo
De los que ya quedan pocos.

Viejo lleno de camándulas—
Con un empaque a lo toro;
Andaba siempre en un moro
Metido no sé en qué enriedos—
Con las patas como loro,
De estribar entre los dedos.

Andaba rodiao de perros
Que era todo su placer,
Jamás dejó de tener
Menos de media docena—
Mataba vacas ajenas
Para darles de comer.

Carniábamos noche a noche
Alguna res en el pago;
Y dejando allí el resago
Alzaba en ancas el cuero,
Que se lo vendía a un pulpero
Por yerba, tabaco y trago.

¡Ah! viejo más comerciante
En mi vida lo he encontrao—
Con ese cuero robao
El arreglaba el pastel,
Y allí, entre el pulpero y él
Se extendía el certificao.—

La echaba de comedido;
En las trasquilas, lo viera,
Se ponía como una fiera
Si cortaban una oveja;
Pero de alzarse no deja
Un vellón o unas tijeras.

Una vez me dió una soba
Que me hizo pedir socorro,
Porque lastimé un cachorro
En el rancho de unas vascas—
Y al irse se alzó unas guascas,
Para eso era como zorro.—

Ay juna! dije entre mí,
Me has dao esa pesadumbre—
Ya verás cuando vislumbre
Una ocasión medio güena,
Te he de quitar la costumbre
De cerdiar yeguas ajenas.

Porque maté una vizcacha
Otra vez me reprendió—
Se lo vine a contar yo—
Y no bien se lo hube dicho;—
"Ni me nuembres ese bicho"
Me dijo, y se me enojó.

Al verlo tan irritao
Hallé prudente callar—
Este me va a castigar,
Dije entre mí, si se agravia—
Ya ví que les tenía rabia
Y no las volví a nombrar.

Una tarde halló una punta
De yeguas medio vichocas,
Después que voltió unas pocas
Las cerdiaba con empeño—
Yo vide venir al dueño
Pero me callé la boca.

El hombre venía jurioso
Y nos cayó como un rayo—
Se descolgó del caballo

Revoliando el arriador—
Y lo cruzó de un lazazo
Ahi no más a mi tutor.

No atinaba don Vizcacha
A qué lado disparar,
Hasta que logró montar
Y de miedo del chicote,—
Se lo apretó hasta el cogote
Sin pararse a contestar.

Ustedes creerán tal vez
Que el viejo se curaría—
No señores, lo que hacía,
Con más cuidao dende entonces,
Era maniarlas de día
Para cerdiarlas de noche.

Ese fué el hombre que estuvo
Encargao de mi destino—
Siempre anduvo en mal camino
Y todo aquel vecindario
Decía que era un perdulario,
Insufrible, de dañino.

Cuando el Juez me lo nombró
Al dármelo de tutor,
Me dijo que era un señor
El que me debía cuidar—
Enseñarme a trabajar
Y darme la educación.

Pero qué había de aprender
Al lao de ese viejo paco,
Que vivía como un chuncaco
En los baños, como el tero—
Un haragán, un ratero,
Y más chillón que un barraco.

Tampoco tenía más bienes
Ni propiedá conocida
Que una carreta podrida,—
Y las paredes sin techo
De un rancho medio deshecho
Que le servía de guarida.—

Después de las trasnochadas
Allí venía a descansar—
Yo desiaba averiguar
Lo que tuviera escondido,
Pero nunca había podido
Pues no me dejaba entrar.

Yo tenía unas jergas viejas
Que habían sido más peludas,
Y con mis carnes desnudas,
El viejo, que era una fiera,
Me echaba a dormir ajuera,
Con unas heladas crudas.

Cuando mozo fué casao
Aunque yo lo desconfío—
Y decía un amigo mío
Que de arrebatao y malo
Mató a su mujer de un palo
Porque le dió un mate frío.

Y viudo por tal motivo
Nunca se volvió a casar,
No era fácil encontrar
Ninguna que lo quisiera.
Todas temerían llevar
La suerte de la primera.

Soñaba siempre con ella,
Sin duda por su delito,
Y decía el viejo maldito

El tiempo que estuvo enfermo,
Que ella dende el mesmo infierno
Lo estaba llamando a gritos.

15

Siempre andaba retobao
Con ninguno sin hablar—
Se divertía en escarbar
Y hacer marcas con el dedo—
Y cuando se ponía en pedo
Me empezaba a aconsejar.

Me parece que lo veo
Con su poncho calamaco—
Después de echar un buen taco
Ansí prencipiaba a hablar:
"Jamás llegues a parar
Ande veas perros flacos."

"El primer deber del hombre
Es defender el pellejo—
Llevate de mi consejo,
Fijate bien en lo que hablo:
El diablo sabe por diablo,
Pero más sabe por viejo."

"Hacete amigo del juez,
No le dés de qué quejarse;—
Y cuando quiera enojarse
Vos te debes encojer,
Pues siempre es güeno tener
Palenque ande ir a rascarse."

"Nunca le lleves la contra
Porque él manda la gavilla—
Allí sentao en su silla

Ningún güey le sale bravo—
A uno le da con el clavo
Y a otro con la cantramilla.''

''El hombre, hasta el más soberbio
Con más espinas que un tala,
Aflueja andando en la mala
Y es blando como manteca,
Hasta la hacienda baguala
Cai al jagüel con la seca.''

''No andes cambiando de cueva,
Hacé las que hace el ratón—
Conservate en el rincón
En que empezó tu esistencia—
Vaca que cambia querencia
Se atrasa en la parición.''

Y menudiando los tragos,
Aquel viejo, como cerro—
''No olvides, me decía, Fierro,
Que el hombre no debe creer
En lágrimas de mujer
Ni en la renguera del perro.''

''No te debes afligir
Aunque el mundo se desplome—
Lo que más presisa el hombre,
Tener, según yo discurro,
Es la memoria del burro
Que nunca olvida ande come.''

''Dejá que caliente el horno
El dueño del amasijo—
Lo que es yo nunca me aflijo
Y a todito me hago el sordo—
El cerdo vive tan gordo
Y se come hasta los hijos.''

"El zorro que ya es corrido
Dende lejos la olfatea—
No se apure quien desea
Hacer lo que le aproveche—
La vaca que más rumea
Es la que da mejor leche."

"El que gana su comida
Bueno es que en silencio coma,
Ansina, vos ni por broma—
Quieras llamar la atención—
Nunca escapa el cimarrón
Si dispara por la loma."

"Yo voy donde me conviene
Y jamás me descarrilo;
Llevate el ejemplo mío
Y llenarás la barriga;
Aprendé de las hormigas,
No van a un noque vacío."

"A naides tengas envidia,
Es muy triste el envidiar,
Cuando veas a otro ganar
A estorbarlo no te metas—
Cada lechón en su teta
Es el modo de mamar."

"Ansí se alimentan muchos
Mientras los pobres lo pagan —
Como el cordero hay quien lo haga
En la puntita no niego—
Pero otros como el borrego
Toda entera se la tragan."

"Si buscás vivir tranquilo
Dedicate a solteriar—
Mas si te querés casar,
Con esta advertencia sea,

Que es muy difícil guardar
Prendas que otros codicean."

"Es un bicho la mujer
Que yo aquí no la destapo,—
Siempre quiere al hombre guapo,
Mas fijate en la elección;
Porque tiene el corazón
Como barriga de sapo."

Y gangoso con la tranca,
Me solía decir: "potrillo,
Recién te apunta el colmillo,
Mas te lo dice un toruno:
No dejes que hombre ninguno
Te gane el lao del cuchillo."

"Las armas son necesarias
Pero naides sabe cuándo;
Ansina, si andás pasiando,
Y de noche sobre todo,
Debés llevarlo de modo
Que al salir, salga cortando."

"Los que no saben guardar
Son pobres aunque trabajen—
Nunca por más que se atajen
Se librarán del cimbrón,—
Al que nace barrigón
Es al ñudo que lo fajen."

"Donde los vientos me llevan
Allí estoy como en mi centro;
Cuando una tristeza encuentro
Tomo un trago pa alegrarme,
A mí me gusta mojarme
Por ajuera y por adentro."

"Vos sos pollo y te convienen
Toditas estas razones,
Mis consejos y leciones
No echés nunca en el olvido—
En las riñas he aprendido
A no peliar sin puyones."

Con estos consejos y otros
Que yo en mi memoria encierro,
Y que aquí no desentierro,
Educándome seguía—
Hasta que al fin se dormía
Mesturao entre los perros.

16

Cuando el viejo cayó enfermo
Viendo yo que se empioraba,
Y que esperanza no daba
De mejorarse siquiera—
Le truje una culandrera—
A ver si lo mejoraba.—

En cuanto lo vió, me dijo:
" Este no aguanta el sogazo—
" Muy poco le doy de plazo
" Nos va a dar un espetáculo
" Porque debajo del brazo
" Le ha salido un tabernáculo."

Dice el refrán, que en la tropa
Nunca falta un güey corneta—
Uno que estaba en la puerta
Le pegó el grito hay nomás:
"Tabernáculo... qué bruto,
Un tubérculo dirás."

Al verse así interrumpido
Al punto dijo el cantor:

"No me parece ocasión
De meterse los de ajuera,
"Tabernáculo, señor,
Le decía la culandrera."

El de ajuera repitió
Dándole otro chaguarazo—
" Allá va un nuevo bolazo,
" Copo y se la gano en puerta:
" A las mujeres que curan
" Se les llama curanderas."

No es bueno, dijo el cantor,
Muchas manos en un plato,
Y diré al que ese barato
Ha tomado de entremetido,
Que no creía haber venido
A hablar entre literatos.—

Y para seguir contando
La historia de mi tutor,
Le pediré a este dotor
Que en mi concencia me deje,
Pues siempre encuentra el que teje
Otro mejor tejedor.

Seguía enfermo, como digo,
Cada vez más emperrao—
Yo estaba ya acobardao
Y lo espiaba desde lejos:
Era la boca del viejo,
La boca de un condenao.—

Allá pasamos los dos
Noches terribles de invierno—
El maldecía al Padre Eterno
Como a los santos benditos—
Pidiéndole al diablo a gritos
Que lo llevara al infierno.

Debe ser grande la culpa
Que a tal punto mortifica—
Cuando vía una reliquia
Se ponía como azogado,
Como si a un endemoniado
Le echaran agua bendita.

Nunca me le puse a tiro,
Pues era de mala entraña;
Y viendo herejía tamaña—
Si alguna cosa le daba,
De lejos se la alcanzaba
En la punta de una caña.

Será mejor, decía yo,
Que abandonado lo deje,
Que blasfeme y que se queje—
Y que siga de esta suerte
Hasta que venga la muerte
Y cargue con este hereje.

Cuando ya no pudo hablar
Le até en la mano un cencerr
Y al ver cercano su entierro,
Arañando las paredes
Espiró allí entre los perros
Y este servidor de ustedes.

17

Le cobré un miedo terrible
Después que lo ví dijunto—
Llamé al alcalde, y al punto
Acompañado se vino
De tres o cuatro vecinos
A arreglar aquel asunto.

" Anima bendita", dijo
Un viejo medio ladiao—

" Que Dios lo haiga perdonao,
" Es todo cuanto deseo—
" Le conocí un pastoreo
" De terneritos robaos."

" Ansina es, dijo el Alcalde,
Con eso empezó a poblar—
Yo nunca podré olvidar
Las travesuras que hizo;
Hasta que al fin fué preciso
Que le privasen carniar."

" De mozo fué muy ginete
No lo bajaba un bagual—
Pa ensillar un animal
Sin necesitar de otro,
Se encerraba en el corral
Y allí galopiaba el potro."

" Se llevaba mal con todos—
Era su costumbre vieja
El mesturar las ovejas,
Pues al hacer el aparte
Sacaba la mejor parte
Y después venía con quejas."

" Dios lo ampare al pobrecito,
Dijo en seguida un tercero,
Siempre robaba carneros,
En eso tenía destreza—
Enterraba las cabezas,
Y después vendía los cueros."

" Y qué costumbre tenía
Cuando en el fogón estaba—
Con el mate se agarraba
Estando los peones juntos—
Yo tayo, decía, y apunto,
Y a ninguno convidaba."—

"Si ensartaba algún asao,
Pobre! como si lo viese!
Poco antes de que estuviese,
Primero lo maldecía,
Luego después lo escupía
Para que naides comiese."

" Quien le quitó esa costumbr
De escupir el asador,
Fué un mulato resertor
Que andaba de amigo suyo—
Un diablo, muy peliador,
Que le llamaban Barullo."

" Una noche que les hizo,
Como estaba acostumbrao,
Se alzó el mulato enojao,
Y le gritó: "viejo indino,
" Yo te he de enseñar, cochino,
" A echar saliva al asao. "

"Lo soltó por sobre el juego
Con el cuchillo en la mano,
¡La pucha el pardo liviano!
En la mesma atropellada
Le largó una puñalada
Que la quitó otro paisano. "

"Y ya caliente Barullo,
Quiso seguir la chacota,
Se le había erizao la mota
Lo que empezó la reyerta:
El viejo ganó la puerta
Y apeló a las de gaviota."—

" De esa costumbre maldita
Dende entonces se curó,
A las casas no volvió
Se metió en un cicutal;

Y allí escondido pasó
Esa noche sin cenar."

Esto hablaban los presentes—
Y yo, que estaba a su lao,
Al oir lo que he relatao,
Aunque él era un perdulario
Dije entre mí: "qué rosario
Le están rezando al finao."

Luego comenzó el alcalde
A registrar cuanto había,
Sacando mil cucherías
Y guascas y trapos viejos,
Temeridá de trevejos
Que para nada servían.—

Salieron lazos, cabrestros,
Coyundas y maniadores—
Una punta de arriadores;—
Cinchones, maneas, torzales,
Una porción de bozales
Y un montón de tiradores.—

Había riendas de domar,
Frenos y estribos quebraos;
Bolas, espuelas, recaos,
Unas pavas, unas ollas,
Y un gran manojo de argollas
De cinchas que había cortao.

Salieron varios cencerros—
Alesnas, lonjas, cuchillos,
Unos cuantos cojinillos,
Un alto de jergas viejas,
Muchas botas desparejas
Y una infinidad de anillos.

Había tarros de sardinas,
Unos cueros de venao—

Unos ponchos augeriaos—
Y en tan tremendo entrevero
Apareció hasta un tintero
Que se perdió en el Juzgao.

Decía el alcalde muy serio:
" Es poco cuanto se diga,
" Había sido como hormiga.—
" He de darle parte al Juez
" Y que me venga después
" Conque no se los persiga."

Yo estaba medio azorao
De ver lo que sucedía;
Entre ellos mesmos decían
Que unas prendas eran suyas,
Pero a mí me parecía
Que esas eran aleluyas.

Y cuando ya no tuvieron
Rincón donde registrar,
Cansaos de tanto huroniar
Y de trabajar de balde—
" Vamos, nos dijo el alcalde,
" Luego lo haré sepultar. "

Y aunque mi padre no era
El dueño de ese hormiguero,
El allí muy cariñero
Me dijo con muy buen modo:
" Vos serás el heredero
" Y te harás cargo de todo. "

" Se ha de arreglar este asunto
" Como es preciso que sea;
" Voy a nombrar albacea
" Uno de los circunstantes—
" Las cosas no son como antes
" Tan enredadas y feas."

¡Bendito Dios! pensé yo,
Ando como un pordiosero,
Y me nuembran heredero
De toditas esas guascas—
Quisiera saber primero
Lo que se han hecho mis vacas!

18

Se largaron como he dicho
A disponer el entierro—
Cuando me acuerdo me aterro,
Me puse a llorar a gritos
Al verme allí tan solito
Con el finao y los perros.

Me saqué el escapulario,
Se lo colgué al pecador—
Y como hay en el Señor
Misericordia infinita,
Rogué por la alma bendita
Del que antes fué mi tutor.

No se calmaba mi duelo
De verme tan solitario;
Ahi le champurrié un rosario
Como si fuera mi padre—
Besando el escapulario
Que me había puesto mi madre.

Madre mía, gritaba yo
Donde estará padeciendo—
El llanto que estoy virtiendo
Lo redamarías por mí,
Si vieras a tu hijo aquí
Todo lo que está sufriendo.

Y mientras ansí clamaba
Sin poderme consolar—

Los perros, para aumentar
Más mi miedo y mi tormento—
En aquel mismo momento
Se pusieron a llorar.—

Libre Dios a los presentes
De que sufran otro tanto;
Con el muerto y esos llantos
Les juro que faltó poco
Para que me vuelva loco
En medio de tanto espanto.

Decían entonces las viejas
Como que eran sabedoras,
Que los perros cuando lloran
Es porque ven al demonio;
Yo creía en el testimonio
Como cré siempre el que inora

Ahi dejé que los ratones
Comieran el guasquerío—
Y como anda a su albedrío
Todo el que güérfano queda
Alzando lo que era mío
Abandoné aquella cueva.

. . . .

Supe después que esa tarde
Vino un pión y lo enterró—
Ninguno lo acompañó
Ni lo velaron siquiera—
Y al otro día amaneció
Con una mano dejuera.

Y me ha contado además
El gaucho que hizo el entierro,
Al recordarlo me aterro,
Me da pavor este asunto,

Que la mano del dijunto
Se la había comido un perro.

Tal vez yo tuve culpa
Porque de asustao no fuí—
Supe después que volví,
Y asigurárselo puedo,
Que los vecinos, de miedo,
No pasaban por allí.—

Hizo del rancho guarida
La sabandija más sucia;
El cuerdo se despeluza
Y hasta la razón se altera,
Pasaba la noche entera
Chillando allí una lechuza.

Por mucho tiempo no pude
Saber lo que me pasaba—
Los trapitos con que andaba
Eran puras hojarascas—
Todas las noches soñaba
Con viejos, perros y guascas.

19

Anduve a mi voluntá
Como moro sin señor—
Ese fué el tiempo mejor
Que yo he pasado tal vez—
De miedo de otro tutor—
Ni aporté por lo del Juez.—

" Yo cuidaré, me había dicho,
" De lo de tu propiedá—
" Todo se conservará,
" El vacuno y los rebaños,
" Hasta que cumplas 30 años
" En que seas mayor de edá.—

Y aguardando que llegase
El tiempo que la ley fija—
Pobre como lagartija
Y sin respetar a naides,
Andaba cruzando el aire
Como bola sin manija.

Me hice hombre de esa manera
Bajo el más duro rigor—
Sufriendo tanto dolor
Muchas cosas aprendí:
Y por fin víctima fuí
Del más desdichado amor.

De tantas alternativas
Esta es la parte peluda—
Infeliz y sin ayuda
Fué extremado mi delirio,
Y causaba mi martirio
Los desdenes de una viuda.

Llora el hombre ingratitudes
Sin tener un juramento,
Acusa sin miramiento
A la que el mal le ocasiona,
Y tal vez en su persona
No hay ningún merecimiento.

Cuando yo más padecía
La crueldá de mi destino—
Rogando al poder divino
Que del dolor me separe—
Me hablaron de un adivino
Que curaba esos pesares.—

Tuve recelos y miedos
Pero al fin me resolví—
Hice coraje y me fuí
Donde el adivino estaba,

Y por ver si me curaba
Cuanto llevaba le dí.—

Me puse al contar mis penas
Más colorao que un tomate—
Y se me añudó el gaznate
Cuando dijo el ermitaño:
" Hermano, le han hecho daño
" Y se lo han hecho en un mate.

" Por verse libre de usté
" Lo habrán querido embrujar. "
Después me empezó a pasar
Una pluma de avestruz—
Y me dijo: " de la Cruz
Recibí el dón de curar. "

" Debés maldecir, me dijo,
" A todos tus conocidos,
" Ansina el que te ha ofendi lo
" Pronto estará descubierto—
" Y deben ser maldecidos
" Tanto vivos como muertos."

Y me recetó que hincao
En un trapo de la viuda
Hiciera mis oraciones,
Frente a una planta de ruda
Diciendo: "no tengás duda,
" Eso cura las pasiones. "

A la viuda en cuanto pude
Un trapo le manotié;—
Busqué la ruda, y al pie,
Puesto en cruz hice mi rezo;
Pero, amigos, ni por eso
De mis males me curé.—

Me recetó otra ocasión
Que comiera abrojo chico—

El remedio no me explico,
Mas por desechar el mal—
Al ñudo en un abrojal
Fuí a ensangrentarme el hocico.

Y con tanta medicina
Me parecía que sanaba;—
Por momentos se aliviaba
Un poco mi padecer,
Mas si a la viuda encontraba
Volvía la pasión a arder.

Otra vez que consulté
Su saber extraordinario,
Recibió bien su salario
Y me recetó aquel pillo
Que me colgara tres grillos
Ensartaos como rosario.—

Por fin, la última ocasión
Que por mi mal lo fuí a ver—
Me dijo: — " No, mi saber
" No ha perdido su virtú.
" Yo te daré la salú,
" No triunfará esa mujer."

"Y tené fe en el remedio,
" Pues la cencia no es chacota,
" De esto no entendés ni jota,
" Sin que ninguno sospeche:
" Cortarle a un negro tres motas
" Y hacerlas hervir con leche."

Yo andaba ya desconfiando
De la curación maldita—
Y dije: — " este no me quita
" La pasión que me domina;
" Pues que viva la gallina
" Aunque sea con la pepita."

Ansí me dejaba andar
Hasta que en una ocasión
El cura me echó un sermón,
Para curarme sin duda;
Diciéndome que la viuda
Era hija de confisión.—

Y me dijo estas palabras
Que nunca las he olvidao:—
" Has de saber que el finao
" Ordenó en el testamento
" Que naides de casamiento
" Le hablara en lo sucesivo—
" Y ella prestó juramento
" Mientras él estaba vivo."

" Y es preciso que lo cumpla
" Porque ansí lo manda Dios,
" Es necesario que vos
" No la vuelvas a buscar,—
" Porque si llega a faltar
" Se condenarán los dos."

Con semejante alvertencia
Se completó mi redota;
Le ví los pies a la sota,
Y me le alejé a la viuda
Más curao que con la ruda,
Con los grillos y las motas.

Después me contó un amigo
Que al Juez le había dicho el cura:
" Que yo era un cabeza dura
" Y que era un mozo perdido,
" Que me echaran del partido
" Que no tenía compostura."

Tal vez por ese consejo
Y sin que más causa hubiera,

Ni que otro motivo diera,
Me agarraron redepente
Y en el primer contingente
Me echaron a la frontera.

De andar persiguiendo viudas
Me he curado del deseo,—
En mil penurias me veo—
Mas pienso volver tal vez,
A ver si sabe aquel Juez
Lo que se ha hecho mi rodeo.

20

Martín Fierro y sus dos hijos
Entre tanta concurrencia
Siguieron con alegría
Celebrando aquella fiesta.
Diez años los más terribles
Había durado la ausencia,
Y al hallarse nuevamente
Era su alegría completa.
En ese mesmo momento
Uno que vino de afuera
A tomar parte con ellos
Suplicó que lo admitieran.
Era un mozo forastero
De muy regular presencia.
Y hacía poco que en el pago
Andaba dando sus güeltas,
Aseguraban algunos
Que venía de la frontera,
Que había pelao a un pulpero
En las últimas carreras,
Pero andaba despilchao,
No traía una prenda buena,
Un recadito cantor
Daba fe de su pobreza.—

Le pidió la bendición
Al que causaba la fiesta,
Y sin decirles su nombre
Les declaró con franqueza
Que el nombre de *Picardía*
Es el único que lleva.
Y para contar su historia
A todos pide licencia,
Diciéndoles que en seguida
Iban a saber quién era;
Tomó al punto la guitarra,
La gente se puso atenta,
Y ansí cantó *Picardía*
En cuanto templó las cuerdas.

21

PICARDIA

Voy a contarles mi historia,
Perdónenme tanta charla—
Y les diré al principiarla,
Aunque es triste hacerlo así:
A mi madre la perdí
Antes de saber llorarla.

Me quedé en el desamparo,
Y al hombre que me dió el ser
No lo pude conocer,
Ansí pues, dende chiquito,
Volé como el pajarito
En busca de qué comer.

O por causa del servicio
Que tanta gente destierra—
O por causa de la guerra,
Que es causa bastante seria,
Los hijos de la miseria
Son muchos en esta tierra

Ansí, por ella empujao
No sé las cosas que haría,
Y aunque con vergüenza mía
Debo hacer esta alvertencia,
Siendo mi madre Inocencia
Me llamaban Picardía.

Me llevó a su lao un hombre
Pa cuidarle las ovejas—
Pero todo el día eran quejas
Y guascazos a lo loco,
Y no me daba tampoco
Siquiera unas jergas viejas.

Dende el alba hasta la noche,
En el campo me tenía,
Cordero que se moría—
Mil veces me sucedió—
Los caranchos lo comían
Pero lo pagaba yo.

De trato tan riguroso
Muy pronto me acobardé—
El bonete me apreté
Buscando mejores fines,
Y con unos volantines
Me juyí pa Santa Fe.

El pruebista principal
A enseñarme me tomó—
Y ya iba aprendiendo yo
A bailar en la maroma,
Mas me hicieron una broma
Y aquello me indijustó.

Una vez que iba bailando
Porque estaba el calzón roto,
Armaron un alboroto
Que me hicieron perder pie;

De la soga me largué
Y casi me descogoto.

Ansí me encontré de nuevo
Sin saber donde meterme—
Y ya pensaba volverme,
Cuando, por fortuna mía,
Me salieron unas tías
Que quisieron recogerme.

Con aquella parentela,
Para mí desconocida,
Me acomodé yo en seguida,
Y eran muy buenas señoras;
Pero las más rezadoras
Que he visto en toda mi vida.

Con el toque de oración
Ya principiaba el rosario;—
Noche a noche un calendario
Tenían ellas que decir,
Y a rezar solían venir
Muchas de aquel vecindario.

Lo que allí me aconteció
Siempre lo he de recordar—
Pues me empiezo a equivocar
Y a cada paso refalo—
Como si me entrara el malo
Cuando me hincaba a rezar.

Era como tentación
Lo que yo experimenté—
Y jamás olvidaré
Cuánto tuve que sufrir,
Porque no podía decir
" Artículo de la Fe. "

Tenía al lao una mulata
Que era nativa de allí—

Se hincaba cerca de mí
Como el ángel de la guarda—
Pícara, y era la parda
La que me tentaba ansí.

" Resá, me dijo mi tía,
" Artículos de la Fe. "—
Quise hablar, y me atoré,
La dificultad me aflije—
Miré a la parda, y ya dije
" Artículo e'Santa Fe. "

Me acomodó el coscorrón
Que estaba viendo venir—
Y me quiso corregir,
A la mulata miré
Y otra vez volví a decir
" Artículo e'Santa Fe. "

Sin dificultá ninguna
Rezaba todito el día,
Y a la noche no podía
Ni con un trabajo inmenso;
Es por eso que yo pienso
Que alguna me tentaría.

Una noche de tormenta
Ví a la parda y me entró chucho—
Los ojos—me asusté mucho,
Eran como refocilo:
Al nombrar a San Camilo,
Le dije San Camilucho.

Esta me dá con la pata,
Aquella otra, con el codo—
Ah! viejas—por ese modo,
Aunque de corazón tierno,
Yo las mandaba al infierno
Con oraciones y todo.

Otra vez, que como siempre,
La parda me perseguía,
Cuando yo acordé, mis tías
Me habían sacao un mechón
Al pedir la extirpación
De todas las herejías.

Aquella parda maldita
Me tenía medio afligido,
Y ansí, me había sucedido,
Que al decir extirpación—
Le acomodé estripación
Y me cayeron sin ruido.—

El recuerdo y el dolor
Me duraron muchos días—
Soñé con las herejías
Que andaban por extirpar—
Y pedía siempre al rezar,
La extirpación de mis tías.

Y dale siempre rosarios,
Noche a noche sin cesar—
Dale siempre barajar
Salves, trisagios y credos,
Me aburrí de esos enriedos
Y al fin me mandé mudar.

22

Anduve como pelota,
Y más pobre que una rata—
Cuando empecé a ganar plata
Se armó no sé qué barullo—
Yo dije: a tu tierra, grullo,
Aunque sea en una pata.

Eran duros y bastantes
Los años que allá pasaron —

Con lo que ellos me enseñaron
Formaba mi capital—
Cuando vine, me enrolaron
En la Guardia Nacional.

Me había ejercitao al naipe,
El juego era mi carrera;—
Hice alianza verdadera
Y arreglé una trapisonda
Con el dueño de una fonda
Que entraba en la peladera.

Me ocupaba con esmero
En floriar una baraja—
El la guardaba en la caja
En paquetes como nueva;
Y la media arroba lleva
Quien conoce la ventaja.

Comete un error inmenso
Quien de la suerte presuma,
Otro más hábil lo fuma,
En un dos por tres, lo pela;—
Y lo larga que no vuela
Porque le falta una pluma.

Con un socio que lo entiende
Se arman partidas muy buenas;
Queda allí la plata agena,
Quedan prendas y botones;—
Siempre cain a esas reuniones
Zonzos con las manos llenas.

Hay muchas trampas legales,
Recursos del jugador—
No cualquiera es sabedor
A lo que el naipe se presta—
Con una *cincha* bien puesta
Se la pega uno al mejor.

Deja a veces ver la boca
Haciendo el que se descuida,
Juega el otro hasta la vida,
Y es siguro que se ensarta,
Porque uno muestra una carta
Y tiene otra prevenida.

Al monte, las precauciones
No han de olvidarse jamás—
Debe afinarse, además,
Los dedos para el trabajo,
Y buscar asiento bajo
Que le dé la luz de atrás.

Pa tayar, tome la luz—
Dé la sombra al adversario—
Acomódese al contrario
En todo juego cartiao—
Tener ojo ejercitao
Es siempre muy necesario.

Al contrario abre los suyos,
Pero nada ve el que es ciego—
Dándole soga, muy luego
Se deja pescar el tonto—
Todo chapetón cre pronto
Que sabe mucho en el juego.—

Hay hombres muy inocentes
Y que a las carpetas van—
Cuando asariados están,
Les pasa infinitas veces,
Pierden en puertas y en treses,
Y dándoles *mamarán.*

El que no sabe, no gana
Aunque ruegue a Santa Rita,—
En la carpeta a un mulita
Se le conoce al sentarse,—

Y conmigo, era matarse,
No podían ni a la manchita.

En el nueve y otros juegos
Llevo ventaja no poca —
Y siempre que doy me toca,
El mal no tiene remedio,
Porque sé sacar del medio
Y sentar la de la boca.

En el truco, al más pintao
Solía ponerlo en apuro;
Cuando aventajar procuro,
Sé tener, como fajadas,
Tiro a tiro el as de espadas
O flor, o envite seguro.

Yo sé defender mi plata
Y lo hago como el primero,
El que ha de jugar dinero
Preciso es que no se atonte—
Si se armaba una de monte,
Tomaba parte el fondero.

Un pastel, como un paquete,
Sé llevarlo con limpieza;
Dende que a salir empiezan
No hay carta que no recuerde;—
Sé cuánto se gana o se pierde
En cuanto cai a la mesa.

También por estas jugadas
Suele uno verse en aprietos;—
Mas yo no me comprometo
Porque sé hacerlo con arte,
Y aunque les corra el descarte
No se descubre el secreto.

Si me llamaban al dao
Nunca me solía faltar

Un *cargado* que largar,
Un *cruzao* para el más vivo,
Y hasta atracarles un *chivo*
Sin dejarlos maliciar.

Cargaba bien una taba
Porque la sé manejar,
No era manco en el billar,
Y por fin de lo que explico,
Digo que hasta con pichicos,
Era capaz de jugar.

Es un vicio de mal fin,
El de jugar, no lo niego;
Todo el que vive del juego
Anda a la pesca de un bobo,—
Y es sabido que es un robo
Ponerse a jugarle a un ciego.

Y esto digo claramente
Porque he dejao de jugar;
Y les puedo asigurar
Como me fuí del oficio—
Más cuesta aprender un vicio
Que aprender a trabajar.

23

Un nápoles mercachifle
Que andaba como un arpista,
Cayó también en la lista
Sin dificultá ninguna:
Lo agarré a la treinta y una
Y le daba bola vista.

Se vino haciendo el chiquito,
Por sacarme esa ventaja;
En el pantano se encaja

Aunque robo se le hacía—
Lo cegó Santa Lucía
Y desocupó las cajas.

Lo hubieran visto afligido
Llorar por las chucherías
"Ma gañao con picardía"
Decía el gringo y lagrimiaba,
Mientras yo en un poncho alzaba
Todita su merchería.

Quedó allí aliviao del peso
Sollozando sin consuelo,
Había caido en el anzuelo
Tal vez porque era domingo,
Y esa calidá de gringo
No tiene santo en el cielo.

Pero poco aproveché
De fatura tan lucida;
El diablo no se descuida,
A mí me seguía la pista
Un ñato muy enredista
Que era oficial de partida.

Se me presentó a exigir
La multa en que había incurrido,
Que el juego estaba prohibido
Que iba a llevarme al cuartel,
Tuve que partir con él
Todo lo que había alquirido.

Empecé a tomarlo entre ojos,
Por esa arbitrariedad;
Yo había ganao, es verdá,
Con recursos, eso sí;
Pero él me ganaba a mí
Fundao en su autoridá.

Decían que por un delito
Mucho tiempo anduvo mal;
Un amigo servicial
Lo compuso con el Juez,
Y poco tiempo despué.
Lo pusieron de Oficial.

De recorrer el partido
Continuamente se empleaba,
Ningún malevo agarraba,
Pero traía en un carguero,
Gallinas, pavos, corderos
Que por áhi revoleteaba.

No se debía permitir
El abuso a tal extremo:
Mes a mes hacía lo mesmo,
Y ansí decía el vecindario,
"Este ñato perdulario
"Ha resucitado el diezmo."

La echaba de guitarrero
Y hasta de concertador:
Sentao en el mostrador
Lo hallé una noche cantando—
Y le dije co... mo... quiando
Con ganas de oir un cantor.

Me echó el ñato una mirada
Que me quiso devorar—
Mas no dejó de cantar
Y se hizo el desentendido—
Pero ya había conocido
Que no lo podía pasar.—

Una tarde que me hallaba
De visita... vino el ñato,
Y para darle un mal rato
Dije juerte: "Ña... to... ribia

"No cebe con la agua tibia"
Y me la entendió el mulato.

Era todo en el Juzgao,
Y como que se achocó
Ahi no más me contestó—
"Cuando el caso se presente
"Te he de hacer tomar caliente
"Y has de saber quien soy yo."

Por causa de una mujer
Se enredó más la cuestión
Le tenía el ñato aflición,
Ella era mujer de ley,
Moza con cuerpo de güey
Muy blanda de corazón.

La hallé una vez de amasijo,
Estaba hecha un embeleso:
Y le dije... "Me intereso
"En aliviar sus quehaceres,
"Y ansí, señora si quiere
"Yo le arrimaré los güebos."

Estaba el ñato presente
Sentado como de adorno
Por evitar un trastorno
Ella al ver que se disgusta,
Me contestó... "si usté gusta
Arrímelos junto al horno."

Ahi se enredó la madeja
Y su enemistá conmigo;
Se declaró mi enemigo,
Y por aquel cumplimiento
Ya solo buscó el momento
De hacerme dar un castigo.

Yo veía que aquel maldito
Me miraba con rencor—

Buscando el caso mejor
De poderme echar al pial;
Y no vive más el lial
Que lo que quiere el traidor.

No hay matrero que no caiga,
Ni arisco que no se amanse—
Ansí, yo dende aquel lance
No salía de mi rincón
Tirao como el San Ramón
Después que se pasa el trance.

24

Me le escapé con trabajo
En diversas ocasiones;
Era de los adulones,
Me puso mal con el Juez;
Hasta que al fin una vez
Me agarró en las elecciones.

Recuerdo que esa ocasión
Andaban listas diversas;
Las opinones dispersas
No se podía arreglar—
Decían que el juez por triunfar
Hacía cosas muy perversas.

Cuando si riunió la gente
Vino a proclamarla el ñato
Diciendo con aparato
"Que todo andaría muy mal
"Si pretendía cada cual
"Votar por un candilato."

Y quiso al punto quitarme
La lista que yo llevé,
Mas yo se la mezquiné

Y ya me gritó... "Anarquista
"Has de votar por la lista
"Que ha mandao el Comiqué."

Me dió vergüenza de verme
Tratao de esa manera;
Y como si uno se altera
Ya no es fácil de que ablande,
Le dije... "mande el que mande
"Yo he de votar por quien quiera

"En las carpetas de juego
"O en la mesa eletoral,
"A todo hombre soy igual,
"Respeto al que me respeta;
"Pero el naipe y la boleta
"Naides me lo ha de tocar."

Ahi no más ya me cayó
A sable la polecía,
Aunque era una picardía
Me decidí a soportar—
Y no les quise peliar
Por no perderme ese día.

Atravesao me agarró
Y se aprovechó aquel ñato;
Dende que sufrí ese trato
No dentro donde no quepo;
Fuí a ginetiar en el cepo
Por cuestión de candilatos.

Injusticia tan notoria
No la soporté de flojo—
Una venda de mis ojos
Vino el suceso a voltiar—
Ví que teníamos que andar
Como perro con tramojo.

Dende que a las eleciones
Se siguió el batiburrillo;
Aquel se volvió un ovillo
Del que no había noticia,
¡Es señora la justicia...
Y anda en ancas el más pillo!

25

Después de muy pocos días
Tal vez pa no dar espera
Y que alguno no se fuera—
Hicieron citar la gente,
Pa riunir un contigente
Y mandar a la frontera.

Se puso arisco el gauchage,
La gente está acobardada,
Salió la partida armada,
Y trujo como perdices
Unos cuantos infelices
Que entraron en la voltiada.

Decía el ñato con soberbia:
"Esta es una gente indina;
"Yo los rodié a la sordina
"No pudieron escapar;
"Y llevaba orden de arriar
"Todito lo que camina."

Cuando vino el Comendante
Dijieron: "Dios nos asista"—
Llegó, y les clavó la vista—
Yo estaba haciéndome el zonzo—
Le echó a cada uno un responso
Y ya lo plantó en la lista.

"Cuadrate, le dijo a un negro,
Te estás haciendo el chiquito—

Cuando sos el más maldito
Que se encuentra en todo el pago,
Un servicio es el que te hago
Y por eso te remito."

A OTRO

Vos no cuidas tu familia
Ni le das los menesteres;
Visitás otras mujeres
Y es preciso calavera,
Que aprendas en la frontera
A cumplir con tus deberes.

A OTRO

Vos también sos trabajoso:
Cuando es preciso votar
Hay que mandarte llamar
Y siempre andás medio alzao,
Sos un desubordinao
Y yo te voy a filiar.

A OTRO

¿Cuánto tiempo hace que vos
Andás en este partido?
¿Cuántas veces has venido
A la citación del Juez?
No te he visto ni una vez,
Has de ser algún perdido.

A OTRO

Este es otro barullero
Que pasa en la pulpería
Predicando noche y día
Y anarquizando a la gente,

Irás en el contigente
Por tamaña picardía.

A OTRO

Dende la anterior remesa
Vos andás medio perdido:
La autoridá no ha podido
Jamás hacerte votar,—
Cuando te mandan llamar
Te pasás a otro partido.

A OTRO

Vos siempre andás de florcita,
No tenés renta ni oficio;
No has hecho ningún servicio,
No has votado ni una vez—
Marchá... para que dejés
De andar haciendo perjuicio.

A OTRO

Dame vos tu papeleta
Yo te la voy a tener;
Esta queda en mi poder,
Después la recogerás—
Y ansí si te resertás
Todos te pueden prender.

A OTRO

Vos porque sos ecetuao
Ya te querés sulevar—
No vinistes a votar
Cuando hubieron eleciones;
No te valdrán eseciones:
Yo te voy a enderezar.

Y a este por este motivo
Y a otro por otra razón,
Toditos, en conclusión,
Sin que escapara ninguno,
Fueron pasando uno a uno
A juntarse en un rincón.

Y allí las pobres hermanas,
Las madres y las esposas
Redamaban cariñosas
Sus lágrimas de dolor;
Pero gemidos de amor
No remedian esas cosas.

Nada importa que una madre
Se desespere o se queje—
Que el hombre a su mujer deje
En el mayor desamparo;
Hay que callarse, o es claro,
Que lo quiebre por el eje.

Dentran después a empeñarse
Con este o aquel vecino;
Y como en el masculino.
El que menos corre vuela—
Deben andar con cautela,
Las pobres me lo imagino.

Muchas al Juez acudieron,
Por salvar de la jugada;
El les hizo una cuerpiada,
Y por mostrar su inocencia
Les dijo: "tengan paciencia
"Pues yo no puedo hacer nada."

Ante aquella autoridá
Permanecían suplicantes—
Y después de hablar bastante
"Yo me lavo, dijo el Juez,

"Como Pilatos los pies,
"Esto lo hace el Comendante."

De ver tanto desamparo
El corazón se partía—
Había madre que salía
Con dos, tres hijos o más
Por delante y por detrás—
Y las maletas vacías.

Donde irán, pensaba yo,
A perecer de miseria;
Las pobres si de esta feria
Hablan mal, tienen razón;
Pues hay bastante materia
Para tan justa aflición.

26

Cuando me llegó mi turno
Dije entre mí "ya me toca"
Y aunque mi falta era poca
No sé porque me asustaba,
Les asiguro que estaba
Con el Jesús en la boca.—

Me dijo que yo era un vago,
Un jugador, un perdido,
Que dende que fuí al partido
Andaba de picaflor—
Que había de ser un bandido
Como mi ante sucesor.

Puede que uno tenga un vicio,
Y que de él no se reforme,—
Más naides está conforme
Con recibir ese trato:
Yo conocí que era el ñato
Quien le había dao los informes.

Me dentró curiosidá
Al ver que de esa manera
Tan siguro me dijiera
Que fué mi padre un bandido;
Luego lo había conocido,
Y yo inoraba quien era.

Me empeñé en averiguarlo,
Promesas hice a Jesús—
Tuve por fin una luz,
Y supe con alegría
Que era el autor de mis días,—
El guapo sargento Cruz.

Yo conocía bien su historia
Y la tenía muy presente—
Sabía que Cruz bravamente
Yendo con una partida,
Había jugado la vida
Por defender a un valiente.

Y hoy ruego a mi Dios piadoso
Que lo mantenga en su gloria;
Se ha de conservar su historia
En el corazón del hijo:
El al morir me bendijo
Yo bendigo su memoria.

Yo juré tener enmienda
Y lo conseguí deveras;
Puedo decir ande quiera
Que si faltas he tenido
De todas me he corregido
Dende que supe quien era.

El que sabe ser buen hijo,
A los suyos se parece;
Y aquel que a su lado crece
Y a su padre no hace honor

Como castigo merece
De la desdicha el rigor.

Con un empeño constante
Mis faltas supe enmendar—
Todo conseguí olvidar,
Pero por desgracia mía,
El nombre de *Picardía*
No me lo podía quitar.

Aquel que tiene buen nombre
Muchos disgustos ahorra—
Y entre tanta mazamorra
No olviden esta alvertencia:
Aprendí por esperencia
Que el mal nombre no se borra.

27

—He servido en la frontera
En un cuerpo de milicias;
No por razón de justicia
Como sirve cualesquiera—

—La bolilla me tocó
De ir a pasar malos ratos
Por la facultá del ñato;
Que tanto me persiguió.

—Y sufrí en aquel infierno
Esa dura penitencia,
Por una mala querencia
De un oficial subalterno—

—No repetiré las quejas
De lo que se sufre allá,
Son cosas muy dichas ya
Y hasta olvidadas de viejas.

—Siempre el mesmo trabajar
Siempre el mesmo sacrificio
Es siempre el mesmo servicio,
Y el mesmo nunca pagar.

—Siempre cubierto de harapos
Siempre desnudos y pobres,
Nunca le pagan un cobre
Ni le dan jamás un trapo.

—Sin sueldo y sin uniforme
Lo pasa uno aunque sucumba,
Confórmese con la tumba—
Y sino... no se conforme.

—Pues si usté se ensoberbece
O no anda muy voluntario,
Le aplican un novenario
De estacas... que lo enloquecen.

—Andan como pordioseros
Sin que un peso los alumbre—
Porque han tomao la costumbre
De deberle años enteros.—

Siempre hablan de lo que cuesta
Que allá se gasta un platal—
Pues yo no he visto ni un real
En lo que duró la fiesta.

—Es servicio extraordinario
Bajo el fusil y la vara—
Sin que sepamos qué cara
Le ha dao Dios al comisario.

—Pues si va a hacer la revista
Se vuelve como una bala,
Es lo mesmo que luz mala
Para perderse de vista—

Y de yapa cuando va,
Todo parece estudiao—
Va con meses atrasaos
De gente que ya no está—

—Pues ni a drede que lo hagan
Podrán hacerlo mejor,
Cuando cai, cai con la paga
Del contingente anterior—

—Porque son como sentencia
Para buscar al ausente;
Y el pobre que está presente
Que perezca en la indigencia

—Hasta que tanto aguantar
El rigor con que lo tratan,
O se resierta, o lo matan,
O lo largan sin pagar.

—De ese modo es el pastel
Porque el gaucho ya es un hecho
No tiene ningún derecho
Ni naide vuelve por él,

—La gente vive marchita!
Si viera cuando echan tropas,
Les vuelve a todos la ropa
Que parecen banderitas

—De todos modos la cargan
Y al cabo de tanto andar—
Cuando lo largan, lo largan
Como pa echarse a la mar.

—Si alguna prenda le han dao
Se la vuelven a quitar,
Poncho, caballo, recao,
Todo tiene que dejar.

—Y esos pobres infelices
Al volver a su destino—
Salen como unos Longinos,
Sin tener con qué cubrirse.

—A mí me daba congojas
El mirarlos de ese modo—
Pues el más aviao de todos
Es un perejil sin hojas.

—Ahora poco ha sucedido,
Con un invierno tan crudo,
Largarlos a pie y desnudos
Pa volver a su partido.
Y tan duro es lo que pasa
Que en aquella situación,
Les niegan un mancarrón
Para volver a su casa.

—¡Lo tratan como a un infiel!!
Completan su sacrificio
No dándole ni un papel
Que acredite su servicio.

—Y tiene que regresar
Más pobre que lo que jué—
Por supuesto a la mercé
Del que lo quiera agarrar.

—Y no averigüe después
De los bienes que dejó—
De hambre, su mujer vendió
Por dos—lo que vale diez—

—Y como están convenidos
A jugarle manganeta
A reclamar no se meta
Porque ese es tiempo perdido.

—Y luego, si a alguna Estancia
A pedir carne se arrima—
Al punto le cain encima
Con la ley de la vagancia.

—Y ya es tiempo, pienso yo,
De no dar más contingente—
Si el Gobierno quiere gente,
Que la pague y se acabó.—

—Y saco ansí en conclusión
En medio de mi inorancia,
Que aquí el nacer en Estancia
Es como una maldición.

—Y digo, aunque no me encuadre
Decir lo que naides dijo:
La Provincia es una madre
Que no defiende a sus hijos.

—Mueren en alguna loma
En defensa de la ley,
O andan lo mesmo que el güey,
Arando pa que otros coman.

—Y he de decir así mismo,
Porque de adentro me brota
Que no tiene patriotismo
Quien no cuida al compatriota.

28

Se me va por donde quiera
Esta lengua del demonio—
Voy a darles testimonio
De lo que ví en la frontera.

—Yo sé que el único modo
A fin de pasarlo bien,

Es decir a tomo amén
Y jugarle risa a todo.—

—El que no tiene colchón
En cualquier parte se tiende—
El gato busca el jogón
Y eso muestra que lo entiende.

—De aquí comprenderse debe
Aunque yo hable de este modo,
Que uno busca su acomodo
Siempre lo mejor que puede.

—Lo pasaba como todos
Este pobre penitente,
Pero salí de asistente
Y mejoré en cierto modo.

—Pues aunque esas privaciones
Causen desesperación,
Siempre es mejor el jogón
De aquel que carga galones.

—De entonces en adelante
Algo pude mejorar,
Pues supe hacerme lugar
Al lado del Ayudante.

—El se daba muchos aires,—
Pasaba siempre leyendo,
Decían que estaba aprendiendo
Pa recibirse de fraile.—

—Aunque lo pifiaban tanto
Nunca lo ví dijustao;
Tenía los ojos paraos
Como los ojos de un Santo.

—Muy delicao—dormía en cuja
Y no sé porque sería—

La gente lo aborrecía
Y le llamaban *la Bruja.*

—Jamás hizo otro servicio
Ni tuvo otras comisiones,
Que recibir las raciones
De víveres y de vicios.

—Yo me pasé a su jogón
Al punto que me sacó,
Y ya con él me llevó,
A cumplir su comisión.

—Estos diablos de milicos
De todo sacan partido—
Cuando nos vían riunidos
Se limpiaban los hocicos.

—Y decían en los jogones
Como por chocarrería,—
"Con la Bruja y Picardía
"Van a andar bien las raciones."

—A mi no me jué tan mal
Pues mi oficial se arreglaba;
Les diré lo que pasaba
Sobre este particular.

—Decían que estaba de acuerdo
La Bruja y el proveedor,
Y que recibía lo pior.—
Puede ser—pues no era lerdo.

—Que a más de la cantidá
Pegaba otro dentellón,
Y que por cada ración
Le entregaban la mitá.

—Y que esto lo hacía del modo
Como lo hace un hombre vivo;

Firmando luego el recibo
Ya se sabe, por el todo.

—Pero esas murmuraciones
No faltan en campamento:
Dejenmé seguir mi cuento,
O historia de las raciones.—

—La Bruja las recibía
Como se ha dicho, a su modo—
Las cargábamos, y todo
Se entrega a la mayoría.

—Sacan de allí en abundancia
Lo que les toca sacar—
Y es justo que han de dejar
Otro tanto de ganancia.

—Van luego a la compañía,
Las recibe el comandante;
El que de un modo abundante
Sacaba cuanto quería.

—Ansí la cosa liviana,
Vá mermada por supuesto—
Luego se le entrega el resto
Al oficial de semana.—
Araña, quién te arañó?
Otra araña como yó—
Este le pasa al sargento
Aquello tan reducido—
Y como hombre prevenido
Saca siempre con aumento.

—Esta relación no acabo
Si otra menudencia ensarto;
El sargento llama al cabo
Para encargarle el reparto.

—El también saca primero
Y no se sabe turbar—
Naides le va a averiguar
Si ha sacado más o menos.

—Y sufren tanto bocao
Y hacen tantas estaciones,
Que ya no hay casi raciones
Cuando llegan al soldao.

—Todo es como pan bendito!
Y sucede de ordinario,
Tener que juntarse varios
Para hacer un pucherito.

—Dicen que las cosas van
Con arreglo a la ordenanza—
¡Puede ser, pero no alcanzan,
Tan poquito es lo que dan!—

—Algunas veces yo pienso,
Y es muy justo que lo diga,
Sólo llegaban las migas
Que habían quedao en los lienzos.

—Y esplican aquel infierno
En que uno está medio loco,
Diciendo que dan tan poco
Porque no paga el gobierno.

—Pero eso yo no lo entiendo,
Ni a aviriguarlo me meto;
Soy inorante completo,
Nada olvido, y nada apriendo.

—Tiene uno que soportar
El tratamiento más vil:
A palos en lo civil
Y a sable en lo militar.

—El vestuario es otro infierno
Si lo dan, llega a sus manos,
En invierno el de verano—
Y el de verano en invierno.

—Y yo el motivo no encuentro
Aunque mucho me conviene,
Màs dicen que eso ya viene—
Así arreglao dende adentro.

—Y es necesario aguantar
El rigor de su destino;
El gaucho no es argentino
Sino pa hacerlo matar.

—Ansí ha de ser, no lo dudo—
Y por eso decía un tonto:
"Si los han de matar pronto,
"Mejor es que estén desnudos."

—Pues esa miseria vieja
No se remedia jamás;
Todo el que viene detrás
Como la encuentra la deja—

—Y se hallan hombres tan malos
Que dicen de buena gana—
El gaucho es como la lana,
Se limpia y compone a palos.

—Y es forzoso el soportar
Aunque la copa se enllene;
Parece que el gaucho tiene
Algún pecao que pagar.

29

Esto cantó Picardía
Y después guardó silencio,

Mientras todos celebraban
Con placer aquel encuentro.
Mas una casualidad,
Como que nunca anda lejos,
Entre tanta gente blanca
Llegó también un moreno,
Presumiendo de cantor
Y que se tenía por bueno—
Y como quien no hace nada,
O se descuida de intento,
Pues siempre es muy conocido
Todo aquel que busca pleito—
Se sentó con toda calma
Echó mano al estrumento
Y ya le pegó un rajido—
Era fantástico el negro,
Y para dejar en dudas
Medio se compuso el pecho.
Todo el mundo conoció
La intención de aquel moreno—
Era claro el desafío
Dirijido a Martín Fierro,
Hecho con toda arrogancia.
De un modo muy altanero
Tomó Fierro la guitarra,
Pues siempre se halla dispuesto—
Y ansí cantaron los dos
En medio de un gran silencio:

30

MARTIN FIERRO

Mientras suene el encordado
Mientras encuentre el compás,
No he de quedarme atrás
Sin defender la parada—
Y he jurado que jamás
Me la han de llevar robada.

Atiendan pues los oyentes
Y cayensén los mirones—
A todos pido perdones
Pues a la vista resalta,
Que no está libre de falta
Quien no está de tentaciones.

A un cantor le llaman bueno,
Cuando es mejor que los piores—
Y sin ser de los mejores,
Encontrándose dos juntos
Es deber de los cantores
El cantar de contrapunto.

El hombre debe mostrarse
Cuando la ocasión le llegue—
Hace mal el que se niegue
Dende que lo sabe hacer
Y muchos suelen tener
Vanagloria en que los rueguen.

Cuando mozo fuí cantor
Es una cosa muy dicha—
Más la suerte se encapricha
Y me persigue costante—
De ese tiempo en adelante
Canté mis propias desdichas.

Y aquellos años dichosos
Trataré de recordar—
Veré si puedo olvidar
Tan desgraciada mudanza—
Y quien se tenga confianza
Tiemple y vamos a cantar.

Tiemple y cantaremos juntos
Trasnochadas no acordaban—
Los concurrentes aguardan,
Y porque el tiempo no pierdan

Haremos gemir las cuerdas
Hasta que las velas no ardan.

Y el cantor que se presiente,
Que tenga o no quien lo ampare,
No espere que yo dispare
Aunque su saber sea mucho—
Vamos en el mesmo pucho
A prenderle hasta que aclare.

Y seguiremos si gusta
Hasta que se vaya el día—
Era la costumbre mía
Cantar las noches enteras—
Había entonces, donde quiera
Cantores de fantasía.

Y si alguno no se atreve
A seguir la caravana,
O si cantando no gana
Se lo digo sin lisonja—
Haga sonar una esponja
O ponga cuerdas de lana.

EL MORENO

Yo no soy señores míos
Sino un pobre guitarrero—
Pero doy gracias al cielo
Porque puedo en la ocasión,
Toparme con un cantor,
Que esperimente a este negro.

Yo también tengo algo blanco,
Pues tengo blancos los dientes—
Sé vivir entre las gentes
Sin que se me tenga en menos—
Quien anda en pagos ajenos
Debe ser manso y prudente.

Mi madre tuvo diez hijos,
Los nueve muy regulares
Tal vez por eso me ampare
La providencia divina—
En los güevos de gallina
El décimo es el más grande.

El negro es muy amoroso
Aunque de esto no hace gala,
Nada a su cariño iguala
Ni a su tierna voluntá—
Es lo mesmo que el macá
Cría los hijos bajo el ala.

Pero yo he vivido libre
Y sin depender de naides—
Siempre he cruzado los aires
Como el pájaro sin nido—
Cuanto sé lo he aprendido
Porque me lo enseñó un flaire.

Yo sé como cualquier otro
El porqué retumba el trueno,
Porque son las estaciones
Del verano y del invierno—
Sé también de donde salen
Las aguas que cain del cielo.

Yo sé lo que hay en la tierra
En llegando al mesmo centro—
En donde se encuentra el oro,
En donde se encuentra el fierro—
Y en donde viven bramando
Los volcanes que echan fuego.

Yo sé el fondo de la mar
Donde los pejes nacieron—
Yo sé porque crece el árbol
Y porque silban los vientos—

Cosas que inoran los blancos
Las sabe este pobre negro.

Yo tiro cuando me tiran,
Cuando me aflojan, aflojo;
No se ha de morir de antojo
Quien me convide a cantar—
Para conocer a un cojo
Lo mejor es verlo andar.

Y si una falta cometo
En venir a esta reunión—
Echándola de cantor
Pido perdón en voz alta
Pues nunca se halla una falta
Que no esista otra mayor.

De lo que un cantor esplica
No falta que aprovechar—
Y se le debe escuchar
Aunque sea negro el que cante
Apriende el que es inorante
Y el que es sabio apriende más.

Bajo la frente más negra
Hay pensamiento y hay vida—
La gente escuche tranquila
No me haga ningún reproche
También es negra la noche
Y tiene estrellas que brillan.

Estoy pues a su mandao,
Empiece a echarme la sonda
Si gusta que le responda,
Aunque con lenguaje tosco—
En leturas no conozco
La jota por ser redonda.

MARTIN FIERRO

Ah! negro, si sos tan sabio
No tengas ningún recelo;
Pero has tragado el anzuelo
Y al compás del estrumento—
Has de decirme al momento—
Cual es el canto del cielo.

EL MORENO

Cuentan que de mi color
Dios hizo al hombre primero—
Más los blancos altaneros
Los mesmos que lo convidan,
Hasta de nombrarlo olvidan
Y solo lo llaman negro.

Pinta el blanco negro al diablo,
Y el negro blanco lo pinta—
Blanca la cara o retinta
No habla en contra ni en favor—
De los hombres el Criador
No hizo dos clases distintas.

Y después de esta alvertencia
Que al presente viene a pelo—
Veré, señores, si puedo,
Sigún mi escaso saber,
Con claridá responder
Cual es el canto del cielo.

Los cielos lloran y cantan
Hasta en el mayor silencio—
Lloran al cair el rocío,
Cantan al silbar los vientos—
Lloran cuando cain las aguas
Cantan cuando brama el trueno.

MARTIN FIERRO

Dios hizo al blanco y al negro
Sin declarar los mejores—
Les mandó iguales dolores
Bajo de una mesma cruz;
Mas también hizo la luz
Pa distinguir los colores.

Ansí ninguno se agravie,
No se trata de ofender—
A todo se ha de poner
El nombre con que se llama—
Y a naides le quite fama
Lo que recibió al nacer.

Y ansí me gusta un cantor
Que no se turba ni yerra—
Y si en tu saber se encierra
El de los sabios projundos
Decime cual en el mundo
Es el canto de la tierra.

EL MORENO

Es pobre mi pensamiento,
Es escasa mi razón—
Más pa dar contestación
Mi inorancia no me arredra—
También da chispas la piedra
Si la golpea el eslabón.

Y le diré en respuesta
Sigún mis pocos alcances
Forman un canto en la tierra
El dolor de tantas madres,
El gemir de los que mueren
Y el llorar de los que nacen.

MARTIN FIERRO

Moreno, advierto que trais
Bien dispuesta la garganta—
Sos varón, y no me espanta
Verte hacer esos primores—
En los pájaros cantores
Solo el macho es el que canta.

Y ya que al mundo vinistes
Con el sino de cantar,
No te vayas a turbar
No te agrandes ni te achiques
Es preciso que me espliques
Cual es el canto del mar.

EL MORENO

A los pájaros cantores
Ninguno imitar pretiende—
De un don que de otro depende
Naides se debe alabar—
Pues la urraca apriende hablar
Pero solo la hembra apriende.

Y ayúdame ingenio mío
Para ganar esta apuesta—
Mucho el contestar me cuesta
Pero debo contestar—
Voy a decirle en respuesta
Cual es el canto del mar.

Cuando la tormenta brama,
El mar que todo lo encierra
Canta de un modo que aterra
Como si el mundo temblara—
Parece que se quejara
De que lo estreche la tierra.

MARTIN FIERRO

Toda tu sabiduría
Has de mostrar esta vez—
Ganarás solo que estés
En baca con algún santo—
La noche tiene su canto
Y me has de decir cual es.

EL MORENO

No galope que hay augeros,
Le dijo a un guapo un prudente—
Le contesto humildemente,
La noche por cantos tiene
Esos ruídos que uno siente
Sin saber por donde vienen.

Con los secretos misterios
Que las tinieblas esconden
Son los ecos que responden
A la voz del que dá un grito,
Como un lamento infinito
Que viene no sé de donde.

A las sombras solo el Sol
Las penetra y las impone—
En distintas direcciones
Se oyen rumores inciertos—
Son almas de los que han muerto,
Que nos piden oraciones.

MARTIN FIERRO

Moreno por tus respuestas
Ya te aplico el cartabón,
Pues tenés desposición
Y sos estruido de yapa—

Ni las sombras se te escapan
Para dar esplicación.

Pero cumple su deber
El leal diciendo lo cierto—
Y por lo tanto te alvierto
Que hemos de cantar los dos—
Dejando en la paz de Dios
Las almas de los que han muerto.

Y el consejo del prudente
No hace falta en la partida—
Siempre ha dc ser comedida
La palabra de un cantor—
Y aura quiero que me digas
De donde nace el amor.

EL MORENO

A pregunta tan oscura
Trataré de responder—
Aunque es mucho pretender
De un pobre negro de Estancia—
Mas conocer su inorancia
Es principio de saber.

Ama el pájaro en los aires
Que cruza por donde quiera—
Y si al fin de su carrera
Se asienta en alguna rama,
Con su alegre canto llama
A su amante compañera.

La fiera ama en su guarida,
De la que es rey y señor—
Allí lanza con furor
Esos bramidos que espantan—
Porque las fieras no cantan,
Las fieras braman de amor.

Ama en el fondo del mar
El pez de lindo color—
Ama el hombre con ardor,
Ama todo cuanto vive—
De Dios vida se recibe
Y donde hay vida, hay amor.

MARTIN FIERRO

Me gusta negro ladino
Lo que acabás de esplicar
Ya te empiezo a respetar
Aunque al principio me rei
Y te quiero preguntar
Lo que entendés por la ley.—

EL MORENO

Hay muchas dotorerías
Que yo no puedo alcanzar—
Dende que aprendí a inorar
De ningún saber me asombro—
Más no ha de llevarme al hombro
Quien me convide a cantar.

Yo no soy cantor ladino
Y mi habilidá es muy poca—
Más cuando cantar me toca
Me defiendo en el combate—
Porque soy como los mates:
Sirvo si me abren la boca.

Dende que elije a su gusto
Lo más espinoso elige—
Pero esto poco me aflije
Y le contesto a mi modo—
La ley se hace para todos
Más solo al pobre le rige.

La ley es tela de araña—
En mi inorancia lo explico,
No la tema el hombre rico—
Nunca la tema el que mande—
Pues la ruempe el bicho grande
Y sólo enrieda a los chicos.

Es la ley como la lluvia
Nunca puede ser pareja—
El que la aguanta se queja,
Pero el asunto es sencillo—
La ley es como el cuchillo
No ofende a quien lo maneja.

La suelen llamar espada
Y el nombre le viene bien
Los que la gobiernan ven
A donde han de dar el tajo—
Le cai al que se halla abajo
Y corta sin ver a quien.

Hay muchos que son dotores
Y de su cencia no dudo—
Más yo soy un negro rudo
Y aunque de esto poco entiendo,
Estoy diariamente viendo
Que aplican la del embudo.

MARTIN FIERRO

Moreno, vuelvo a decirte
Ya conozco tu medida—
Has aprovechao la vida
Y me alegro de este encuentro—
Ya veo que tenés adentro
Capital pa esta partida.

Y aura te voy a decir
Porque en mi deber está—

Y hace honor a la verdá
Quien a la verdá se duebla,
Que sos por juera tinieblas
Y por dentro claridá.

No ha de decirse jamás
Que abusé de tu pacencia—
Y en justa correspondencia
Si algo querés preguntar—
Podés al punto empezar
Pues ya tenés mi licencia.

EL MORENO

No te trabes lengua mía,
No te vayas a turbar—
Nadie acierta antes de errar—
Y aunque la fama se juega—
El que por gusto navega
No debe temer al mar.

Voy hacerle mis preguntas
Ya que a tanto me convida—
Y vencerá en la partida
Si una explicación me da,
Sobre el tiempo y la medida,
El peso y la cantidá.

Suya será la vitoria
Si es que sabe contestar—
Se lo debo declarar
Con claridá no se asombre,
Pues hasta aura ningún hombre
Me lo ha sabido explicar.

Quiero saber y lo inoro,
Pues en mi libro no está,
Y su respuesta vendrá
A servirme de gobierno—

Para qué fin el Eterno
Ha criao la cantidá.

MARTIN FIERRO

Moreno te dejás cair
Como carancho en su nido
Ya veo que sos prevenido
Mas también estoy dispuesto—
Veremos si te contesto
Y si te dás por vencido
Uno es el sol, uno el mundo
Sola y única es la luna—
Ansí han de saber que Dios
No crió cantidad ninguna.
El ser de todos los seres
Sólo formó la unidá—
Lo demás lo ha criao el hombre
Después que aprendió a contar.

EL MORENO

Veremos si a otra pregunta
Da una respuesta cumplida
El ser que ha criao la vida
Lo ha de tener en su archivo—
Mas yo inoro qué motivo
Tuvo al formar la medida.—

MARTIN FIERRO

Escucha con atención
Lo que en mi inorancia arguyo
La medida la inventó
El hombre, para bien suyo—
Y la razón no te asombre
Pues es fácil presumir—
Dios no tenía qué medir
Sino la vida del hombre.

EL MORENO

Si no falla su saber
Por vencedor lo confieso—
Debe aprender todo eso
Quien a cantar se dedique—
Y aura quiero que me esplique
Lo que sinifica el peso.

MARTIN FIERRO

Dios guarda entre sus secretos
El secreto que eso encierra
Y mandó que todo peso
Cayera siempre a la tierra—
Y sigún comprendo yo,
Dende que hay bienes y males
Fué el peso para pesar
Las culpas de los mortales.

EL MORENO

Si responde esta pregunta
Téngase por vencedor—
Doy la derecha al mejor—
Y respóndame al momento,—
¿Cuándo formó Dios el tiempo
Y por qué lo dividió?

MARTIN FIERRO

Moreno, voy a decir,
Sigún mi saber alcanza—
El tiempo sólo es tardanza
De lo que está por venir,—
No tuvo nunca principio
Ni jamás acabará.—

Porque el tiempo es una rueda,
Y rueda es eternidá,—
Y si el hombre lo divide
Sólo lo hace en mi sentir—
Por saber lo que ha vivido
O le resta que vivir.

Ya te he dado mis respuestas
Mas no gana quien despunta,
Si tenés otra pregunta
O de algo te has olvidao
Siempre estoy a tu mandao
Para sacarte de dudas.

No procedo por soberbia
Ni tampoco por jatancia,
Mas no ha de faltar costancia
Cuando es preciso luchar—
Y te convido a cantar
Sobre cosas de la Estancia.—

Ansí prepará moreno
Cuanto tu saber encierre—
Y sin que tu lengua yerre,
Me has de decir lo que empriende
El que del tiempo depende,
En los meses que train erre.

EL MORENO

De la inorancia de naides
Ninguno debe abusar—
Y aunque me puede doblar
Todo el que tenga más arte,
No voy a ninguna parte
A dejarme machetiar.—

He declarao que en leturas
Soy redondo como jota—

No avergüence mi redota
Pues con claridá le digo—
No me gusta que conmigo
Naides juegue a la pelota.—

Es buena ley que el más lerdo
Debe perder la carrera—
Ansí le pasa a cualquiera
Cuando en competencia se halla
Un cantor de media talla
Con otro de talla entera.

No han visto en medio del campo
Al hombre que anda perdido—
Dando güeltas afligido
Sin saber donde rumbiar—
Ansí le suele pasar
A un pobre cantor vencido.

También los árboles crugen
Si el ventarrón los azota—
Y si aquí mi queja brota
Con amargura, consiste—
En que es muy larga y muy triste
La noche de la redota.

Y dende hoy en adelante,
Pongo de testigo al cielo,
Para decir sin recelo
Lo que en mi pecho se inflama—
No cantaré por la fama
Sino por buscar consuelo.

Vive ya desesperado
Quien no tiene que esperar—
A lo que no ha de durar
Ningún cariño se cobre—
Las alegrías de un pobre
Son anuncios de un pesar.

Y este triste desengaño
Me durará mientras viva—
Aunque un consuelo reciba
Jamás he de alzar el velo—
Quien no ha nacido pa el cielo
De balde es que mire arriba.

Y suplico a cuantos me oigan
Que me permitan decir,
Que al decidirme venir
No solo jué por cantar
Sinó porque tengo a más
Otro deber que cumplir.

Ya saben que de mi madre
Fueron diez los que nacieron—
Mas ya no esiste el primero
Y más querido de todos—
Murió por injustos modos
En manos de un pendenciero.

Los nueve hermanos restantes
Como güérfanos quedamos—
Dende entonce lo lloramos
Sin consuelo, creameló—
Y al hombre que lo mató
Nunca, jamás lo encontramos.

Y queden en paz los güesos
De aquel hermano querido—
A moverlos no he venido,
Mas si el caso se presienta—
Espero en Dios que esta cuenta
Se arregle como es debido.

Y si otra ocasión payamos
Pa que esto bien se complete,
Por mucho que lo respete
Cantaremos si le gusta—

Sobre las muertes injustas
Que algunos hombres cometen.

Y aquí pues, señores míos
Diré como en despedida
Que todavía andan con vida
Los hermanos del dijunto—
Que recuerdan este asunto
Y aquella muerte no olvidan.

Y es misterio tan projundo
Lo que está por suceder,
Que no me debo meter
A echarla aquí de adivino;
Lo que decida el destino
Después lo habrán de saber.

MARTIN FIERRO

Al fin cerrastes el pico
Después de tanto charlar,
Ya empezaba a maliciar
Al verte tan entonao,
Que traías un embuchao
Y no lo querías largar.

Y ya que nos conocemos
Basta de conversación—
Pa encontrar esta ocasión
No tiene que darse priesa—
Ya conozco yo que empieza
Otra clase de junción.

Yo no sé lo que vendrá
Tampoco soy adivino—
Pero firme en mi destino
Hasta el fin he de seguir—
Todos tienen que cumplir—
Con la ley de su destino.

Primero fué la frontera
Por persecución de un juez—
Los indios fueron después,
Y para nuevos estrenos—
Aura son estos morenos
Pa alivio de mi vejez.

La madre echó diez al mundo,
Lo que cualquiera no hace—
Y tal vez con los diez pase
En iguales condiciones—
La mulita pare nones
Todos de una mesma clase.

A hombre de humilde color
Nunca sé facilitar,
Cuando se llega a enojar
Suele ser de mala entraña—
Se vuelve como la araña
Siempre dispuesta a picar.

Yo he conocido a toditos
Los negros más peleadores—
Había algunos superiores
De cuerpo y de vista... ay juna—
Si vivo les daré una...
Historia de las mejores.

Mas cada uno ha de tirar
En el yugo en que se vea;
Y ya no busco peleas
Ni las contiendas me gustan—
Pero ni sombras me asustan
Ni bultos que se menean.

La creía ya desollada
Mas tuavía falta el rabo—
Y por lo visto no acabo
De salir de esta jarana—

Pues esto es lo que se llama—
Remachársele a uno el clavo.

31

Y después de estas palabras
Que ya la intención revelan,
Procurando los presentes
Que no se armara pendencia
Se pusieron de por medio
Y la cosa quedó quieta.

Martín Fierro y los muchachos
Evitando la contienda,
Montaron, y paso a paso
Como el que miedo no lleva,
A la costa de un arroyo
Llegaron a echar pie a tierra.

Desensillaron los pingos
Y se sentaron en rueda,
Refiriéndose entre sí
Infinitas menudencias;
Porque tiene muchos cuentos
Y muchos hijos la ausencia.

Allí pasaron la noche
A la luz de las estrellas,
Porque ese es un cortinado
Que lo haya uno donde quiera,
Y el gaucho sabe arreglarse
Como ninguno se arregla.

El colchón son las caronas
El lomillo es cabecera
El coginillo es blandura
Y con el poncho o la gerga
Para salvar del rocío
Se cubre hasta la cabeza.—

Tiene su cuchillo al lado
Pues la precaución es buena;
Freno y rebenque a la mano
Y teniendo el pingo cerca,
Que pa asigurarlo bien
La argolla del lazo entierra.

Aunque el atar con el lazo
Da del hombre mala idea—
Se duerme así muy tranquilo
Todita la noche entera—
Y si es lejos del camino
Como manda la prudencia,

Más siguro que en su rancho
Uno ronca a pierna suelta,
Pues en el suelo no hay chinches,
Y es una cuja camera
Que no ocasiona disputas
Y que a naides se la niega.—

Además de eso, una noche
La pasa como uno quiera,
Y las va pasando todas
Haciendo la misma cuenta—
Y luego los pajaritos
Al aclarar los despiertan.

Porque el sueño no lo agarra
A quien sin comer se acuesta,
Ansí, pues, aquella noche
Jué pa ellos una fiesta,
Pues todo parece alegre
Cuando el corazón se alegra.

No pudiendo vivir juntos
Por su estado de pobreza,
Resolvieron separarse
Y que cada cual se fuera

A procurarse un refugio
Que aliviara su miseria

Y antes de desparramarse
Para empezar vida nueva,
En aquella soledá
Martín Fierro con prudencia—
A sus hijos y al de Cruz
Les habló de esta manera.

32

Un padre que da consejos
Más que padre es un amigo,
Ansí como tal les digo
Que vivan con precaución—
Naides sabe en que rincón
Se oculta el que es su enemigo.

Yo nunca tuve otra escuela
Que una vida desgraciada—
No estrañen si en la jugada
Alguna vez me equivoco—
Pues debe saber muy poco
Aquel que no aprendió nada.

Hay hombres que de su ciencia
Tienen la cabeza llena;
Hay sabios de todas menas:
Mas digo sin ser muy ducho—
Es mejor que aprender mucho
El aprender cosas buenas.

No aprovechan los trabajos
Sino han de enseñarnos nada—
El hombre de una mirada
Todo ha de verlo al momento,
El primer conocimiento
Es conocer cuando enfada

Su esperanza no la cifren
Nunca en corazón alguno—
En el mayor infortunio
Pongan su confianza en Dios—
De los hombres, solo en uno,
Con gran precaución en dos.

Las faltas no tienen límites
Como tienen los terrenos—
Se encuentran en los más buenos,
Y es justo que les prevenga;
Aquel que defecto tenga,
Disimule los ajenos.—

Al que es amigo, jamás
Lo dejen en la estacada
Pero no le pidan nada
Ni lo aguarden todo de él—
Siempre el amigo más fiel
Es una conducta honrada.

Ni el miedo ni la codicia
Es bueno que a uno lo asalten—
Ansí no se sobresalten
Por los bienes que perezcan—
Al rico nunca le ofrezcan
Y al pobre jamás le falten.

Bien lo pasa hasta entre Pampas
El que respeta a la gente—
El hombre ha de ser prudente
Para librarse de enojos—
Cauteloso entre los flojos
Moderado entre valientes.

El trabajar es la ley
Porque es preciso alquirir—
No se espongan a sufrir
Una triste situación—

Sangra mucho el corazón—
Del que tiene que pedir.

Debe trabajar el hombre
Para ganarse su pan;
Pues la miseria en su afán
De perseguir de mil modos—
Llama en la puerta de todos
Y entra en la del haragán.

A ningún hombre amenacen
Porque naides se acobarda—
Poco en conocerlo tarda
Quien amenaza imprudente—
Que hay un peligro presente
Y otro peligro se aguarda.

Para verse en un peligro
Salvar de cualquier abismo,
Por esperiencia lo afirmo,
Más que el sable y que la lanza
Suele servir la confianza
Que el hombre tiene en sí mismo.

Nace el hombre con la astucia
Que ha de servirle de guía—
Sin ella sucumbiría,
Pero sigún mi esperiencia—
Se vuelve en unos prudencia
Y en los otros picardía.

Aprovecha la ocasión
El hombre que es inteligente
Y tengaló bien presente,
Si al compararla no yerro—
La ocasión es como el fierro
Se ha de machacar caliente.

Muchas cosas pierde el hombre
Que a veces las vuelve a hallar

Pero les debo enseñar
Y es bueno que lo recuerden—
Si la vergüenza se pierde
Jamás se vuelve a encontrar.

Los hermanos sean unidos,
Porque esa es la ley primera—
Tengan unión verdadera
En cualquier tiempo que sea—
Porque si entre ellos pelean
Los devoran los de ajuera.

Respeten a los ancianos,
El burlarlos no es hazaña;
Si andan entre gente estraña
Deben ser muy precavidos—
Pues por igual es tenido
Quien con malos se acompaña.

La cigüeña cuando es vieja,
Pierde la vista,—y procuran
Cuidarla en edad madura
Todas sus hijas pequeñas—
Apriendan de las cigüeñas
Este ejemplo de ternura.

Si les hacen una ofensa,
Aunque la echen en olvido,
Vivan siempre prevenidos
Pues ciertamente sucede—
Que hablará muy mal de ustedes
Aquel que los ha ofendido.

El que obedeciendo vive
Nunca tiene suerte blanda—
Mas con su soberbia agranda
El rigor en que padece—
Obedezca el que obedece
Y será bueno el que manda.

Procuren de no perder
Ni el tiempo, ni la vergüenza—
Como todo hombre que piensa—
Procedan siempre con juicio—
Y sepan que ningún vicio
Acaba donde comienza.

Ave de pico encorvado
Le tiene al robo afición—
Pero el hombre de razón
No roba jamás un cobre—
Pues no es vergüenza ser pobre
Y es vergüenza ser ladrón.

El hombre no mate el hombre
Ni pelee por fantasía—
Tiene en la desgracia mía
Un espejo en que mirarse;
Saber el hombre guardarse
Es la gran sabiduría.

La sangre que se redama
No se olvida hasta la muerte—
La impresión es de tal suerte,
Que a mi pesar, no lo niego—
Cai como gotas de fuego
En la alma del que la vierte.

Es siempre, en toda ocasión,
El trago el pior enemigo—
Con cariño se los digo,
Recuérdenlo con cuidado,—
Aquel que ofiende embriagado
Merece doble castigo.—

Si se arma algún revolutis
Siempre han de ser los primeros
No se muestren altaneros
Aunque la razón les sobre—

En la barba de los pobres
Aprienden pa ser barberos.

Si entriegan su corazón
A alguna mujer querida,
No le hagan una partida
Que la ofienda a la mujer,
Siempre los ha de perder
Una mujer ofendida.

Procuren si son cantores,
El cantar con consentimiento—
No tiemplen el estrumento
Por solo el gusto de hablar—
Y acostúmbrense a cantar
En cosas de jundamento.

Y les doy estos consejos
Que me ha costado alquirirlos,
Porque deseo dirijirlos,
Pero no alcanza mi cencia—
Hasta darle la prudencia
Que precisan pa seguirlos.

Estas cosas y otras muchas,
Medito en mis soledades—
Sepan que no hay falsedades
Ni error en estos consejos—
Es de la boca del viejo
De ande salen las verdades.

33

Después a los cuatro vientos
Los cuatro se dirijieron—
Una promesa se hicieron
Que todos debían cumplir—
Mas no la puedo decir
Pues secreto prometieron.—

Les alvierto solamente,
Y esto a ninguno le asombre
Pues muchas veces el hombre
Tiene que hacer de ese modo—
Convinieron entre todos
En mudar allí de nombre.

Sin ninguna intención mala
Lo hicieron, no tengo duda,—
Pero es la verdá desnuda,
Siempre suele suceder—
Aquel que su nombre muda
Tiene culpas que esconder.

Y ya dejo el estrumento
Con que he divertido a ustedes—
Todos conocerlo pueden
Que tuve constancia suma—
Este es un botón de pluma
Que no hay quien lo desenriede.

Con mi deber he cumplido—
Y ya he salido del paso,
Pero, diré, por si acaso,
Pa que entiendan los criollos
Todavía me quedan rollos
Por si se ofrece dar lazo.

Y con esto me despido
Sin espresar hasta cuando
Siempre corta por lo blando
El que busca lo siguro—
Mas yo corto por lo duro
Y ansí he de seguir cortando.

Vive el águila en su nido,
El tigre vive en la selva,
El zorro en la cueva ajena,
Y en su destino incostante

Sólo el gaucho vive errante
Donde la suerte lo lleva.

Es el pobre en su orfandá
De la fortuna el desecho—
Porque naides toma a pecho
El defender a su raza—
Debe el gaucho tener casa,
Escuela, iglesia y derechos.

Y han de concluir algún día
Estos enriedos malditos—
La obra no la facilito
Porque aumentan el fandango,
Los que están como el chimango
Sobre el cuero y dando gritos.

Mas Dios ha de permitir
Que esto llegue a mejorar—
Pero se ha de recordar
Para hacer bien el trabajo,
Que el fuego pa calentar
Debe ir siempre por abajo.

En su ley está el de arriba
Si hace lo que le aproveche—
De sus favores sospeche,
Hasta el mesmo que lo nombra—
Siempre es dañosa la sombra
Del árbol que tiene leche.

Al pobre al menor descuido
Lo levantan de un sogazo—
Pero yo compriendo el caso
Y esta consecuencia saco
El gaucho es el cuero flaco:
Da los tientos para el lazo.

Y en lo que esplica mi lengua
Todos deben tener fe—
Ansí, pues entiéndame,
Con codicias no me mancho—
No se ha de llevar el rancho
En donde este libro esté.

Permítanme descansar,
¡Pues he trabajado tanto!
En este punto me planto
Y a continuar me resisto—
Estos son treinta y tres cantos
Que es la mesma edá de Cristo.

Y guarden estas palabras
Que les digo al terminar—
En mi obra he de continuar
Hasta dársela concluída—
Si el ingenio o si la vida
No me llegan a faltar.

Y si la vida me falta,
Tenganló todos por cierto,
Que el gaucho hasta en el desierto
Sentirá en tal ocasión—
Tristeza en el corazón
Al saber que yo estoy muerto.

Pues son mis dichas desdichas
Las de todos mis hermanos—
Ellos guardarán ufanos
En su corazón mi historia
Me tendrán en su memoria
Para siempre mis paisanos.—

Es la memoria un gran don,
Calidá muy meritoria—
Y aquellos que en esta historia

Sospechen que les doy palo—
Sepan que olvidar lo malo
También es tener memoria.

Más naides se crea ofendido
Pues a ninguno incomodo—
Y si canto de ese modo
Por encontrarlo oportuno
No es para mal de ninguno
Sino para bien de todos.

SANTOS VEGA EL PAYADOR

por HILARIO ASCASUBI

Santos Vega el payador

LA TAPERA (1)—SANTOS VEGA EL PAYADOR (2)—RUFO EL CURANDERO—EL SOLAZO—EL MIRAJE—EL RABICANO.

Cuando era al sur cosa extraña,
Por ahí junto a la laguna
Que llaman de la *Espadaña*,
Poder encontrar alguna
Pulpería de campaña,

Como caso sucedido,
Y muy cierto *de una vez*, (3)
Cuenta un flaire (4) cordobés
En un proceso *imprimido*,
Que, el día de San Andrés,

Casualmente se toparon
Al llegar a una *tapera*,
Dos paisanos que *se apiaron* (5)
Juntos, y desensillaron
A la sombra de una higuera;

---

(1) Tapera: ruina de una casa de campo.

(2) Payador: poeta improvisador campestre en la República Argentina.

(3) De una vez: del todo, completamente.

(4) Flaire: fraile.

(5) Se apiaron: se apearon, desmontaron.

Porque un sol abrazador
A esa hora se desplomaba,
Tal que la *hacienda bramaba,* (1)
Y juyendo del calor,
Entre un *fachinal* estaba. (2)

Ansí, la *Pampa* (3) y el monte,
A la hora del medio día,
Un *disierto* parecía,
Pues de uno al otro horizonte
Ni un pajarito se vía;

Pues tan quemante era el viento
Que del naciente soplaba,
Que al pasto verde tostaba;
Y en aquel mesmo momento
La higuera se deshojaba.

Y una ilusión singular
De los vapores nacía,
Pues, talmente parecía
La inmensa llanura un mar
Que haciendo olas se mecía.

Y en aquella inundación
Ilusoria, se miraban
Los árboles que boyaban,
Allá en medio en confusión,
Con las lomas que asomaban.

Allí, pues, los dos paisanos
Por primera vez se vieron;

(1) La hacienda: el conjunto del ganado vacuno.

(2) Fachinal: pajonal alto.

(3) Pampa. Aunque toda la campaña de la Provincia de Buenos Aires es una extensísima llanura, propiamente hablando, no es la pampa lo que el gaucho llama la pampa: es el territorio desierto que queda más allá de las fronteras guarnecidas donde no hay propiedad y donde las tribus indígenas vagan y viven según su estado salvaje.

Y ansí que se conocieron,
Después de darse las manos,
Uno al otro se ofrecieron.

El más viejo se llamaba
Santos Vega, el *payador*,
Gaucho (1) el más *concertador*,
Que en ese tiempo privaba
De *escribido* y de *letor*, (2)

El cual iba *pelo a pelo* (3)
En un potrillo *bragao*,
Flete (4) lindo como un *dao*, (5)
Que apenas pisaba el suelo
De livianito y *delgao*.

El otro era un santiagueño
Llamado Rufo Tolosa,
Casado con una moza
De las caidas del *Taqueño*, (6)
Muy cantora y muy donosa.

Rufo ese día montaba
Un redomón (7) *entrerriano*,

---

(1) Gaucho. El gaucho es el habitante de los campos argentinos: es sumamente experto en el manejo del caballo y en todos los ejercicios del pastoreo. Por lo regular es pobre, pero libre e independiente a causa de su misma pobreza y de sus pocas necesidades; es hospitalario en su rancho, lleno de sutil inteligencia y astucia, ágil de cuerpo, corto de palabras, enérgico y prudente en sus acciones, muy cauto para comunicarse a los extraños, de un tinte muy poético y supersticioso en sus creencias y lenguaje, y extraordinariamente diestro para viajar solo por los inmensos desiertos del país, procurándose alimentos, caballos y demás, con solo su "lazo" y las "bolas".

(2) Letor: hombre lector y letrado.

(3) Pelo a pelo: andar en un solo caballo, ya sea en viaje, o de paseo.

(4) Flete: caballo ligero e infatigable para galopar.

(5) Dao: dado de jugar, de hierro, marfil o metal.

(6) Taqueño: nombre de un arroyo.

(7) Redomón: caballo recién amansado.

Muy *coludo* el rabicano. (1)
Y del cabestro llevaba
Otro rosillo *orejano.* (2)

Ello es que allí se juntaron
De pura casualidá;
Pero, muy de voluntá
Lo que medio se trataron,
Hicieron una amistá,

Conviniendo en que se *apiaban*
Por la calor *apuraos,*
Y en que *traiban* (3) *fatigaos*
Los *pingos,* (4) como que estaban
Enteramente *sudaos.*

Ansí es que desensillaron,
Y, a fin que no se *asoliasen*
Los *fletes* y se pasmasen,
A la sombra los ataron
Para que se refrescasen.

Luego, al *rasparle* el sudor, (5)
Santos Vega a su bragao,
Reparó que a su costao
Estaba en su *maniador* (6)
El *rabicano* enredao.

Y al *dir* a desenredarlo,

---

(1) Rabicano: caballo que tiene cerdas blancas a la raíz de la cola.

(2) Orejano: caballo sin marca ni seña artificial.

(3) Traiban: traían.

(4) Pingo: caballo de linda forma y presencia

(5) Raspar: limpiar el sudor del lomo y costillares.

(6) Maniador: tira de cuero crudo y larga hasta de 15 varas, que se soba hasta ablandarla, y sirve para atar los caballos al pasto.

Cuando la *marca* (1) le vió,
Tan feo se sorprendió,
Que sin poder ocultarlo
Ahí mesmo se santiguó.

Tolosa luego también
Se asustó de Vega al verlo
Triste, y por entretenerlo,
Haciéndose como quien
Suponía conocerlo:

—¿No es usté el amigo Ortega?
Tolosa le preguntó;
Y el viejo, ansí que le oyó:
—No, amigo; soy Santos Vega,
Su servidor, respondió.

A esta oferta, el santiagueño
Se quitó el sombrero atento,
Y con todo acatamiento
Se le ofreció con empeño
A servirlo al pensamiento.

Tal merece un *payador*
Mentao (2) como Santos Vega,
Que, a cualquier *pago* (3) que llega,
El *parejero* (4) mejor
Gaucho ninguno le niega.

De ahi Rufo picó tabaco
Y dos cigarros armó,
Que en apuros se encontró

---

(1) Marca: cierto signo o letra con que los hacendados marcan sus ganados, quemándoles un jamón con un hierro a propósito.

(2) Mentao: renombrado, famoso.

(3) Pago: distrito, lugar, pueblecito.

(4) Parejero: caballo de correr carreras.

Para armarlos, porque el *naco* (1)
Medio apenas le alcanzó.

Largole a Vega el primero,
Y a los avíos (2) lueguito
Echando mano, ahi mesmito
Sacó fuego en el yesquero
Con un solo golpecito.

El viejo inmediatamente
Que su cigarro encendió,
A Tolosa le largó
Un chifle (3) con aguardiente,
Y Rufo se le afirmó.

Luego, los dos a pitar
Frente a frente se sentaron:
Y, lo que se acomodaron
Al ponerse a platicar,
De lo siguiente trataron.

LA MADRUGADA.—LA RAMADA.—EL SOL NACIENTE.—LOS GAUCHOS RECOGEDORES.—EL RODEO.—EL VENTEVEO.—EL CHIMANGO.

Como no era dormilona,
Antes del alba siguiente,
Bien peinada y diligente
Se hallaba Juana Petrona,
Cuando ya lucidamente

Venía *clariando* al cielo
La luz de la madrugada,

(1) Naco: último resto de una cuerda de tabaco negra del Brasil.

(2) Avíos: útiles para sacar fuego en el yesquero.

(3) Chifle: botella hecha de un cuerno de buey.

Y las gallinas al vuelo
Se dejaban *cair* al suelo
De encima de la *ramada.*

Al tiempo que la naciente
Rosada aurora del día,
Ansí que su luz subía,
La noche oscura al poniente
Tenebrosa descendía.

Y como antorcha lejana
De brillante reverbero,
Alumbrando al campo entero,
Nacía con la mañana
Brillantísimo el lucero.

Viento blandito del norte
Por San Borombón cruzaba
Sahumando, porque llegaba
De Buenos Aires, la corte
Que entre dormida dejaba.

Ya también las golondrinas,
Los cardenales y *horneros,*
Calandrias y *carpinteros,*
Cotorras y becasinas
Y mil loros *barranqueros,*

Los más alborotadores
De aquella inmensa bandada,
En la Espadaña rociada
Festejaban los albores
De la nueva madrugada.

Y cantando sin cesar
Todo el *pago* alborotaban,
Mientras los gansos nadaban
Con su grupo singular
De gansitos que cargaban.

Flores de suave fragancia
Toda la *pampa* brotaba,
Al tiempo que coronaba
Los montes a la distancia
Un resplandor que encantaba.

Luz brillante que allí asoma,
El sol antes de nacer;
Y entonces da gozo el ver
Los gauchos sobre la loma
Al campiar y recoger; (1)

Y se vían alegrones
Por varios rumbos cantando,
Y sus caballos saltando
Fogosos los albardones,
Al galope y *escarciando.*

Y entre los recogedores
También sus perros se vían,
Que retozando corrían
Festivos y ladradores,
Que a las vacas aturdían.

Y embelesaba el *ganao* (2)
Lerdiando (3) para el *rodeo;*
Como era un lindo recreo
Ver sobre un toro *plantao*
Dir cantando un venteveo, (4)

En cuyo canto la fiera
Parece que se gozara,

---

(1) Campiar y recoger: todas las mañanas en la estancia, salen los peones a recoger el ganado vacuno y traerlo a un punto que se llama playa del rodeo.

(2) Ganao: ganado, el conjunto de la hacienda vacuna.

(3) Lerdiando: al paso, marchando lentamente.

(4) Venteveo: pájaro que acostumbra posarse sobre el lomo de los toros, aunque marchen.

Porque las orejas para
Mansita, cual si quisiera
Que el ave no se asustara.

Ansí, a la orilla del fango
Del bañado, la más blanca
Y cosquillosa potranca (1)
Ni mosquea si un chimango (2)
Se le deja *cair* en la anca.

Solos, pues, sin *albeldrío,*
Estaban los *ovejeros,*
Cuidando de los *chiqueros,*
Mientras se alzaba el rocío
Para largar los corderos. (3)

Después, en San Borombón
Todo a esa hora embelesaba,
Hasta el aire que zumbaba,
Al salir del cañadón
La bandada que volaba;

Y la sombra que de aquella
Sobre el pastizal refleja,
Tan rápida que asemeja
Un relámpago o centella,
Y velozmente se aleja.

Y los potros relinchaban
Entre las yeguas *mezclaos;*
Y allá lejos *enzelaos* (4)

---

(1) Potranca: yegua joven.

(2) Chimango: ave de rapiña que abunda en el campo de Buenos Aires.

(3) Largar los corderos: no se sueltan hasta que no se evapora el rocío, porque les hace daño comer el pasto mojado.

(4) Enzelaos: celosos.

Los *baguales* (1) contestaban
Todos *desasosegaos.*

Ansí los ñacurutuces (2)
Con cara fiera miraban
Que esponjados, *gambetiaban,*
Juyendo los avestruces
Que los perros acosaban,

Al concluir la recogida,
Cuando entran a corretiarlos;
Y que al tiempo de alcanzarlos
Aquellos, de una tendida
Se divierten en *cociarlos.* (3)

Y de ahí, los perros, trotiando
Con tanta lengua estirada,
Se vienen a la *carniada,* (4)
Y allí se tienden, *jadiando,*
Con la cabeza *ladiada,*

Para que las *criaturas*
Que andan por allí al *redor,*
O algún mozo *carniador,*
Les larguen unas *achuras,* (5)
Que es bocado de mi flor.

---

(1) Baguales: los potros salvajes que nunca han sido apresados por el hombre.

(2) Ñacurutuces: aves de la familia de las lechuzas, pero más chicas y que viven en cuevas en el campo de Buenos Aires.

(3) Ciciarlos: los avestruces se tiran coces como los burros y caballos, y a veces un avestruz con darle una coz le quiebra una pata al caballo.

(4) Carniada: el acto de matar una res en el campo y descuartizarla.

(5) Achuras: los carneadores le llaman así a los intestinos de la res, como son el hígado, los riñones, las tripas, la panza, y hasta la lengua y los sesos.

Tal fué por San Borombón
La madrugada del día
En que el *payador* debía
Hacer la continuación
Del cuento aquel que sabía.

LA INDIADA.—EL MALON.—EL ADIVINO.—LOS PICHI-GOTONES.—LAS REPARTICIONES.—LAS CAUTIVAS.

Siempre al ponerse en camino
A dar un *malón* (1) la indiada
Se junta a la madrugada
Al *redor* de su adivino; (2)
Quien el más feliz destino
A todos les *asigura,*
Y los anima y apura
A que marchen persuadidos
De que no serán vencidos
Y harán la *buena ventura.*

Pero al invadir la indiada,
Se siente, porque *a la fija* (3)
Del campo la sabandija
Juye adelante asustada,
Y envueltos en la *manguiada* (4)
Vienen perros *cimarrones,* (5)
Zorros, avestruces, liones,
Gamas, liebres y venaos,

(1) Malón: ataque brusco de los indios.

(2) Adivino: los indios traen en efecto entre ellos un individuo a quien reputan adivino, y le oyen sumisamente lo que les anuncia todas las madrugadas cuando hacen alguna expedición.

(3) A la fija: infaliblemente, sin falta.

(4) Manguiada: la arreada para acorralar y cazar bestias.

(5) Cimarrones: silvestres.

Y cruzan *atribulaos*
Por entre las poblaciones.

Entonces los *ovejeros*
Coliando (1) bravos *torean,* (2)
Y también revolotean
Gritando los teruteros; (3)
Pero, eso sí, los primeros
Que anuncian la *novedá,*
Con toda siguridá,
Cuando los indios avanzan,
Son los *chajases* que lanzan
Volando: ¡chajá! ¡chajá!

Y atrás de esas madrigueras
Que los salvajes espantan,
Campo ajuera se levantan
Como nubes, *polvaderas*
Preñadas todas enteras
De *Pampas* (4) desmelenaos,
Que al trote largo apuraos,
Sobre sus potros tendidos,
Cargan pegando alaridos,
Y en media luna formaos.

Desnudos de cuerpo entero
Traen solo encima del lomo
Prendidos, o no sé cómo,
Sus guillapices (5) de cuero,
Y unas tiras de plumero
Por las canillas y brazos.
De ahí grandes cascabelazos

---

(1) Coliando: meneando la cola

(2) Torean: ladran bravíos.

(3) Teruteros: aves del campo muy gritonas y noveleras por cuanto ven y oyen.

(4) Pampas: indios de las pampas.

(5) Guillapices: mantas de cuero de guanaco.

Del caballo en la testera;
Y se pintan de manera
Que horrorizan de *fierazos*. (1)

Y como ecos del infierno
Suenan roncas y confusas,
Entre un enjambre de chuzas,
Rudas trompetas de cuerno;
Y luego atrás en lo externo
Del arco que hace la indiada,
Viene la mancarronada (2)
Cargando la toldería,
Y también la chinería (3)
Hasta de a tres *enancada*. (4)

Ansí es que cuando pelean
Con los cristianos, que acaso
En el primer cañonazo
Tres o cuatro indios voltean,
En cuanto remolinean
Juyen como exhalaciones;
Y, al ruído de los latones, (5)
Las chinas al disparar
Empiezan luego a tirar
Al suelo *pichigotones*, (6)

Pero, cuando vencedores
Salen ellos de la empresa,
Los pueblos hechos pavesa
Dejan entre otros horrores;
Y no entienden de clamores,
Porque ciegos atropellan,

(1) Fierazos: feísimos.
(2) Mancarronada: caballos viejos, estropeados.
(3) Chinería: la chusma de mujeres.
(4) Enancada: tres en un solo caballo.
(5) Latones: sables que tienen la vaina de hierro.
(6) Pichigotones: indiecitos de pecho o niños mayorcitos.

Y así forzan (1) y degüellan
Niños, ancianos y mozos;
Pues como tigres rabiosos
En *ferocidá* descuellan.

De ahí borrachos, en contiendas
Entran los más mocetones,
Para las reparticiones
De las cautivas y prendas.
Y por fin con las *haciendas*
De todo el *pago* se arrean;
Y, cuando rasas humean
Las casas de los cristianos,
Los indios pampas ufanos
Para el *desierto trotean*...

Sin dejar vieja con vida;
Pero de las *cotorronas*, (2)
Mocitas y muchachonas
Hacen completa barrida.
Y luego a la repartida
Ningún cacique atropella;
Y a la más linda doncella
Aparta y la sirve en todo,
Hasta que luego, a su modo,
También se casa con ella.

Y, desdichada mujer
La que después de casada
Comete alguna *falsiada* (3)
Que el indio llegue a saber;
Porque con ella ha de hacer
Herejías, de manera
Que a la hembra mejor le fuera

(1) Forzan: violan, estupran.

(2) Cotorronas: mujeres que tienen de treinta a cuarenta años.

(3) Falsiada: infidelidad conyugal.

Caer en las garras de un moro,
O entre las *aspas* de un toro,
Que con un indio cualquiera.

En fin, a la retirada
Nunca salen reunidos,
Sino en trozos extendidos
Por la campaña asolada;
Y, en toda la atravesada,
Mamaos (1) atrás van llorando
Los que *cautiva faltando*,
Es decir, los que no tienen
Mujer, desgracias que vienen
Con la *tranca* (2) lamentando.

Y hay cautiva que ha vivido
Quince años entre la indiada,
De donde al fin escapada
Con un hijo se ha venido,
El cual, después de crecido,
De que era indio se acordó
Y a los suyos se *largó*,
Y vino otra vez con ellos,
Y en uno de esos degüellos
A su madre libertó.

Como ha habido desgraciada
Que, escapada del disierto,
Sus propios hijos la han muerto
Después en una avanzada,
Por hallarla *avejentada*, (3)
O haberla desconocido;
Y otros casos han habido
Que luego referiré;

(1) Mamao, mamado: embriagado, borracho
(2) Tranca: borrachera.
(3) Avejentada: envejecida.

Y antes de eso *pitaré*
Porque estoy medio rendido.

LA YERRA.—SANTOS VEGA EN EL CONVENTO.—EL FRAILE SALOMON. — LOS CURIOSOS. — EL APERO. — EL ECLIPSE.

Pues, sí, señor; el trabajo
De campo, en que sobresalen
En agilidá y destreza
Los gauchos de estos parajes,
Es la yerra, en donde suelen
Hacer cosas almirables,
Luciendo allí con primor
Su saber el paisanaje.
¡Eh, pucha! si es un encanto
Ver los diferentes lances
De prontitú, de fijeza,
De fuerzas y de coraje
Con que un mozo pialador
Suele en la playa floriarse;
Y el tino y la inteligencia
Con que saben, al istante,
Unos a otros, muchas veces,
En un peligro auxiliarse.

¡Que vengan facultatívos
En *cencias*, de todas clases,
Los más profundos! ¡Que vengan
De Uropa y otras ciudades
Esos *leidos* y *escrebidos;*
Y en ancas nuestros *manates*
Puebleros!... (no digo todos,
Pues todos no son iguales)
Hablo tan solo de aquellos,
Tan fantásticos, que no hacen
caso de un pobre paisano;

Sin duda porque no sabe
Como ellos, cuándo la luna
De un vuelco debe empacarse
Frente al sol, y hacer un *clise*:
Es decir, que nos ataje
La luz del sol y en tinieblas
Ponga el campo a media tarde.

Y eso ¿qué tiene de raro?
Cualquier triste gaucho sabe
Que esa oscuridá resulta
De una sombra semejante
A la que (pongo por caso)
Dentro de un rancho se le hace,
Cuando es preciso, a un enfermo,
Solo con atravesarle
Un cuerno o cualquier corona
Por entre el candil y el catre.

Pues bien; los sabios que explican
La causa de casos tales,
Y que por esa razón
Piensan que todo lo saben,
Ya que son tan entendidos,
Que vengan a estos parajes
Y todas nuestras costumbres
Las miren bien y las palpen,
Y luego que nos expliquen
De corrido, sin turbarse,
La cencia de nuestras bolas
Y el poder de nuestros piales,
Para, con un tiro a tiempo,
Postrar a un toro indomable.

Que vengan, vuelvo a decir,
De todos los gamonales,
Y muente el más vanidoso
Y llegue sin escaldarse

A estos campos de un galope;
Y acá, entre los pajonales,
En una noche nublada
Y oscura, después de darles
Un par de güeltas a pie,
Que conteste o que señale
A qué rumbo se entra el sol,
O el lado por donde nace...
¿Y qué acertaba? ¡Nunquita!
Siendo una cosa tan fácil,
Como que cualquier paisano
Tan sólo con agacharse
Y medio tantiar las pajas
Secarronas, luego sabe
Que cuando las tuesta el sol,
Siempre cain al marchitarse
Con las puntas al Naciente,
Y no hay cómo equivocarse.
Algunos presumirán
Que estas son barbaridades;
Entretanto, es la evidencia
Sin ponerle ni quitarle.
Y que no podrán negarlo
Más de cuatro, que no saben
Tampoco decir la causa,
Porque no suele la carne
Cocerse de dos hervores;
Pero, luego que la saquen
De la olla y en la agua fría
La zopen por un instante,
Dándole un tercer hervor,
Tierna como *choclo sale.*

Lo mesmo es la mazamorra;
Ninguno podrá negarme
Que se cuece, fijamente,
En una tercera parte
Del tiempo que se precisa,

Siempre que acierten a echarle
Una argollita entre la olla,
O un clavito, o tanto vale
Una losita cualquiera,
Para que hierva al istante.

Además, a esos engreídos
También quiero preguntarles:
¿Por qué razón un bagual
Soberbio, alzao, indomable,
Cuando lo bolea un *gaucho,*
Desde el punto que lo agarre
Y le dueble las orejas
Para adentro, y se las ate
De firme con unas cerdas
Que de la cola le arranque,
El animal más *bellaco*
En pelos deja montarse,
Y el jinete lo endereza
Como oveja a cualquier parte?

Después de esto, a un avestruz
Es perder tiempo de balde
Correrlo, porque a ese bicho
Ni el demonio que lo ataje.
Pero lo bolea un gaucho,
Y le impide que dispare
Con cuatro plumas de la ala
Que suelen atravesarle
Por medio de las narices.
Y de ahí lo sueltan a que ande;
Y con las plumas en cruz
Se lo arrean por delante
Y lo arriman a las casas,
Sin temor de que se escape.

Estos prodigios, las bolas
Unicamente los hacen;

Pero de esto a los puebleros
Poco les gusta informarse;
Hasta que vienen al campo
Donde lo único que saben
Es maltratar mancarrones
Y *charquiar* (1) y desollarse.

Sin embargo, en otras *cencias*
Hay hombres interminables
En cacumen y saber,
Y es preciso tributarles
Todo el respeto debido
Por lo que enseñan y saben.

Yo conocí un franciscano
Que era ¡un Salomón! el flaire:
Y una ocasión que bajé
A pasiar a Buenos Aires,
Desensillé en el convento,
Y en su mesma celda el padre
Me trató unos ocho días
Con el agrado más grande.

Allí supe muchas cosas;
Porque solían juntarse
Los amigos de fray Justo,
Ricachones, gamonales,
Y hombres de letra menuda,
Pero todòs muy tratables,
Y tan corteses que entre ellos,
Solía yo entreverarme
Haciéndome el infeliz,
Siendo capaz de tragarme
A todo el convento entero;
Pero dejaba palmiarme

(1) Charquiar: agarrarse de la cabezada de la montura para no caer.

Por tomar las once a gusto,
Pues solían convidarme,
Y luego me divertía
Viéndolos contrapuntiarse,
Alegando hasta en latín:
Y, siempre antes de largarse,
Se divertían conmigo
A fuerza de preguntarme
Cómo trajinan los gauchos
En el campo, y obligarme
A desatar mi recao
Para que les amostrase
Las bolas, el lazo, el freno,
Y en fin, todo el *cangallaje*.

Luego, como una indireuta
O el deseo de enseñarme,
En cuanto a bolas, solían
Decirme que la más grande
Es la del mundo que tiene
(Me asiguraban formales)
Algo más de ocho mil leguas
En el redor, (y quién sabe
Contadas cuándo y por quién);
Mas, ninguna duda cabe,
Que cada veinticuatro horas,
Esa bola formidable
Siempre en una mesma güella
Da una güelta sin pararse
Ni perder el equilibrio
(Que es decir, sin balanciarse),
Sino rodando parejo:
Del mesmo modo que lo hace
En sus regiones la luna,
Que es otra bola notable,
Aunque nos parece un queso
Porque la vemos distante,
Por allá arriba a las güeltas,

En los *circuleos* que hace
Diariamente hasta que suele
Algún día atravesarse
Por entre el sol y la tierra,
Y entonces es que nos hace
El clise, en cuanto la luna
Pone el cuerno por delante.

Con esto, que es la verdá,
Solían embelesarme;
Pero, en lo que me hacían
De sorpresa santiguarme,
Era con la siguranza
Que me daban, al contarme
Que al sol, la luna y el mundo
Dios los mantiene en el aire
Suspendidos, dando güeltas,
Sin permitirles ladiarse
Del círculo señalao,
Sino que giran costantes,
Con aquella liviandá
Primorosa con que saben
En el campo muchas veces
Serenamente elevarse,
Dando vueltas suspendidas,
Las finas flores que esparce
Sobre un tostado cardal
La alcachofa al marchitarse,
Y que a los soplos del viento
Suelta estrellas relumbrantes.

EL HURACAN.—EL RANCHO SIN PUERTA.—LA OLLA PATA QUEBRADA.—LA MAZAMORRA.—LA SEPARACION.

Era de otoño a la entrada,
Esa noche que Azucena

Se acostó con mucha pena
Por los celos disgustada;
Ansí, triste y desvelada
Algunas horas pasó,
Pero por fin se durmió;
Y, no siendo rencorosa,
Al otro día la moza
Tranquila se levantó.

Entre su rancho hizo fuego,
Pues ni cocina tenían,
Ni levantarla querían,
Pensando en mudarse luego,
Y por no tenerle apego
A ese lugar donde estaban,
Como que allí lo pasaban
Con mucha incomodidá,
Pero por necesidá
Las molestias soportaban.

Luego, entonces ya no había
De Chascomun al redor
Donde anidarse mejor,
Pues la gente que acudía
A ese punto no cabía;
Y hubo familia completa,
Que con sólo una maleta
Y algunas gergas (1) pasó,
El tiempo que allí vivió,
Adentro de una carreta.

Después de esa disgustada
Noche, que pasó Azucena,
Muy fresquita y muy serena
Fué la nueva madrugada,
No habiendo en el cielo nada

(1) Gergas: mantas de lana que dobladas se ponen sobre el lomo del caballo, abajo de la silla o montura.

Que una tempestá anunciase,
Ni temor de que se alzase
Redepente una tormenta,
Tan furiosa y tan violenta
Que los ranchos arrancase.

Pero a las nueve del día
Poco más, o poco menos,
Fué cuando se oyeron truenos;
Y que al poniente se vía
Un nubarrón que subía
El horizonte cubriendo
De oscuridá, pareciendo
Lo mesmo que resultó,
Pues luego eso reventó
En un huracán tremendo.

Media hora no más duró
La furia del ventarrón,
Que árboles y una porción
De ranchos arrebató;
Pero Berdun consiguió
De que el suyo bamboleando
Le dejase el viento, aun cuando
Al principio le arrancó
La puerta, y se la llevó
Muy lejos revoletiando.

Cuando sin puerta se vió,
Genaro, con un hijar
Esa noche el remediar
Aquella falta logró;
Ansí en el marco amarró
El cuero con unos tientos,
Lo que hizo pocos momentos
Antes de echarse cansao,
Porque había trajinao
A quedarse sin alientos.

Entre tanto, su mujer,
Pasao el primer conflito,
A los tres un asadito
Sólo hizo para comer;
Y gracias que pudo hacer
Eso la pobre Azucena,
Después que tuvo la pena,
En su triste situación,
De mirar que el ventarrón
Le maltrató su alacena.

Cuando el huracán pasó
Esa tarde hasta las tres,
Llovisnó, pero después
Muy lindo el tiempo siguió,
Porque de nuevo salió
El sol, y esa tardecita
Ni una sola nubecita
En todo el cielo quedó,
De suerte que continuó
La tarde muy serenita.

Estando pronto el asao,
Junto al fogón se pusieron
A comerlo, y lo comieron
En el asador clavao;
Luego el asador pelao
Ahí quedó junto al fogón,
Que hacían por precisión
En el rancho aonde dormían,
Desde que allí no tenían
Más cocina ni galpón.

Ya estaban por levantarse
Al acabar de comer,
Porque debían hacer
Algo para resguardarse
Del frío, cuando allegarse

Miraron a un carretón
Que le traiba una porción
De cosas para Azucena,
Con la prometida y buena
Lana para otro colchón.

Entró, pues, a descargar
El pión las cosas aquellas;
Siendo la primera de ellas
Un buen sobrecostillar
Con cuero; además, un par
De gallinas y un *atao*,
Aonde había maiz pisao,
Yerba, azúcar, y a más de eso
Un hermosísimo queso
Perfetamente amasao.

Su tía, en fin, se portó
Muy lindo en esa ocasión;
Pues para el nuevo colchón
Ni del lienzo se olvidó;
Y para el fuego mandó
Unos postes recortaos
En tres trozos bien rajaos,
Cosa que necesitaban,
Que ya de leña se hallaban
En el Vitel apuraos.

Al ver Azucena al pión
Que entró al rancho con su lana,
Le dijo: "Aquí, hasta mañana
Déjela en este rincón;
Retirada del fogón
Póngamela desatada,
Pero bien arrinconada,
Que luego yo la ataré;
Y al volverse llevelé
A mi tía su frezada".

Después que allí concluyó
El pión su descarga aquella,
Se fué por la mesma güella,
Que hasta la Vitel surquió:
Adonde algo churrasquió,
Porque estaba sin comer;
Y como él tuvo que hacer
Su churrasco, retardó
La vuelta, y cuando salió
Las nueve debían ser.

Antes de la retirada
Del pión para Chascomun,
Ya la mujer de Berdun
Andaba algo acoquinada
Por el frío de una helada
Que se había descolgao
Estando el tiempo templao,
Cuando naides la esperó,
Y esa noche los pilló
Con el rancho algo estropiao.

Ansí apurada Azucena
Por el frío, se acordó
Del maiz pisao que guardó
Poco antes en la alacena,
Y dijo: "con leña buena
Como tengo en la ocasión,
Puedo dejar el fogón
Ardiendo, y de mañanita
De mazamorra (1) tiernita
Tener una provisión".

Para eso determinada,
Entró la moza a pensar,
Cómo podría parar

(1) Mazamorra: maíz pisado que se pone a hervir hasta que se hace gelatina.

A su olla pata-quebrada,
No teniendo allí más nada
Por lo pronto en qué poner
Su mazamorra a cocer;
Pero luego se amañó
Y el pie a la olla le suplió,
Como lo van a saber.

Las ollas que los ingleses
Nos train, para en los fogones
Meterles fuego en tizones
Abajo, tienen tres *pieses*
Que hacen de *treves* (1) las veces;
Pero, en llegando a faltarle
Una pata, para hallarle
Acomodo en el fogón,
Debajo, por precisión,
Una piedra hay que atracarle.

Pero Azucena no usó
De piedra ni de ladrillo,
Encontrando más sencillo
El modo con que pensó
Parar la olla, cuando vió
Su marca que estaba allí,
Cuya marca era una Y,
Con la cual la olla calzó
Por el fondo, y la dejó
Firme, y bien parada ansí.

Entre tanto, su marido,
Trajinando continuó,
Hasta que medio tapó
Ciertas rendijas que vido
Entre el rancho, sacudido
Ese día como fué,
Con tanta violencia que

---

(1) Treves: trébedes, utensilio de cocina.

Cuando paró el ventarrón
Les hizo allí una porción
De aujeros en la paré.

Cuando Genaro acabó
Su tarea, muy cansao
Vino al fogón y sentao
Callado un rato pasó,
Hasta que se le ocurrió
Por broma, viendo el montón
De lana allí en el rincón,
El decir:—¿Quién será el mozo
Bien querido y muy dichoso
Que estrenará ese colchón...?

—Debe ser el aturdido,
Dijo Azucena impaciente,
El grosero, el imprudente,
O el loco de mi marido,
El que, cuando esté concluído
Mi colchón, lo estrenará;
Pero, desde ahora hasta allá,
¡Le juro, que no ha de ver
A su lao a su mujer,
Y que solo dormirá!...

Luego, dejando el fogón,
Un poncho blanco agarró
Azucena, y se envolvió
Marchando para el rincón,
Donde encima del montón
De lana, toda encogida,
Se acostó tan resentida,
Que, aunque Genaro trató
De acariciarla, lo echó,
Y al fin quedóse dormida.

Genaro desengañao
De lo inútil que sería

Rogarle a quien no quería
Pasar la noche a su lao,
Como estaba tan cansao
Y era tarde, se acostó;
Pero en el fuego dejó
A la mazamorra hervir,
Y en cuanto se echó a dormir,
Como un tronco se quedó.

. . . .

Ya no puedo proseguir
Por ahora, dijo el cantor,
Y les pido por favor
Que me permitan dormir,
Porque principio a sentir
Una triste desazón,
Que, siempre en toda ocasión,
En esta parte del cuento,
Me causa tal sentimiento
Que me duele el corazón.

FAUSTO

por ESTANISLAO DEL CAMPO

Fausto

(AL POETA RICARDO GUTIERREZ)

I

En un overo rosao,
Flete nuevo y parejito,
Caía al bajo, al trotecito,
Y lindamente sentao,
Un paisano del Bragao
De apelativo *Laguna*:
Mozo jinetazo ¡Ahíjuna!
Como creo no hay otro,
Capaz de llevar un potro
A sofrenarlo en la luna.

¡Ah criollo! si parecía
Pegao en el animal,
Que aunque era medio bagual,
A la rienda obedecía;
De suerte que se creería
Ser no sólo arrocinao,
Sino también del recao
De alguna moza pueblera:
¡Ah Cristo! ¡quién lo tuviera!...
¡Lindo el overo rosao!

Como que era escarciador,
Vivaracho y coscojero,

Le iba sonando al overo
La plata que era un primor;
Pues eran plata el fiador,
Pretal, espuelas, virolas,
Y en las cabezadas solas
Traía el hombre un potosí:
¡Qué!... Si traía, para mí,
Hasta de plata las bolas.

En fin: como iba a contar,
Laguna al río llegó,
Contra una tosca se apió
Y empezó a desensillar.
En esto empezó a orejiar
Y a resollar el overo,
Y jué que vido un sombrero
Que del viento se volaba
De entre una ropa, que estaba
Más allá, contra un apero.

Dió güelta y dijo al paisano
—¡Vaya záfiro! ¿qué es eso?
Y le acarició el pescuezo
Con la palma de la mano.
Un relincho soberano
Pegó el overo que vía
A un paisano que salía
Del agua, en un colorao,
Que al mesmo overo rosao
Nada le desmerecía.

Cuando el flete relinchó,
Media güelta dió Laguna,
Y ya pegó el grito:—¡Ahíjuna!
¿No es el Pollo?
—Pollo, no,
Ese tiempo se pasó.
(Contestó el otro paisano),

Ya soy jaca vieja, hermano,
Con las púas como anzuelo,
Y a quien ya le niega el suelo
Hasta el más remoto grano.

Se apió el Pollo, y se pegaron
Tal abrazo con Laguna,
Que sus dos almas en una
Acaso se misturaron.
Cuando se desenredaron,
Después de haber lagrimiao,
El overito rosao
Una oreja se rascaba,
Visto que la refregaba
En la crin del colorao.

—Velay, tienda el cojinillo,
Don Laguna, sientesé,
Y un ratito aguardemé
Mientras maneo el potrillo.
Vaya armando un cigarrillo,
Si es que el vicio no ha olvidao:
Ahí tiene contra el recao
Cuchillo, papel y un naco:
Yo siempre pico el tabaco
Por no pitarlo aventao.

—Vaya, amigo, le haré gasto...
—¿No quiere maniar su overo?
—Dejeló a mi parejero
Que es como mata de pasto.
Ya una vez, cuando el abasto,
Mi cuñao se desmayó;
A los tres días volvió
del insulto, y crea, amigo,
Peligra lo que le digo:
El flete ni se movió.

—¡Bien aiga gaucho embustero!
¿Sabe que no me esperaba
que soltase una *guayaba*
De ese tamaño, aparcero?
Ya colijo que su overo
Está tan bien enseñao,
Que si en vez de desmayao
El otro hubiera estao muerto,
El fin del mundo, por cierto,
Me lo encuentra allí parao.

—Vean cómo le buscó
La güelta... ¡bien aiga el Pollo!
Siempre larga todo el rollo.
De su lazo...
—¡Y cómo no!
¿O se ha figurao que yo
Asina no más las trago?
¡Hágase cargo!...
—Ya me hago...
—Prieste el fuego...
—Tomeló
—Y aura le pregunto yo:
¿Qué anda haciendo en este pago?

—Hace como una semana
Que he bajao a la ciudá,
Pues tengo necesidá
De ver si cobro una lana:
Pero me andan con *mañana,*
O no hay plata, y venga luego;
Hoy no más cuasi le pego
En las aspas, con la argolla,
A un gringo que aunque de embrolla
Ya le he maliciao el juego.

—Con el cuento de la guerra
Andan matreros los cobres,

—¡Vamos a morir de pobres
Los paisanos de esta tierra!
Yo cuasi he ganao la sierra,
De puro desesperao...
—Yo me encuentro tan cortao,
Que a veces se me hace cierto,
Que hasta ando jediendo a muerto...
—Pues yo me hallo hasta *empeñao.*

—¡Vaya un lamentarse! ¡Ahijuna!...
Y eso es de vicio aparcero;
A usté lo ha hecho su ternero
La vaca de la fortuna.
Y no llore, don Laguna,
No me lo castigue Dios:
Si no comparemoslós
Mis tientos con su chapiao,
Y así en limpio habrá quedao
El más pobre de los dos.

—¡Vean si es escarbador
Este Pollo! ¡Virgen mía!
Si es pura chafalonía...
—¡Eso sí, siempre pintor!
—Se la gané a un jugador
Que vino a echarla de *güeno.*
Primero le gané el freno
Con riendas y cabezadas;
Y en otras tantas jugadas
Perdió el hombre hasta lo ajeno.

¿Y sabe lo que decía
Cuando se vía en la mala?
El que me ha pelao la chala
Debe tener brujería,
A la cuenta se creería
Que el diablo y yo...
—¡Callesé

Amigo! ¿no sabe usté
Que la otra noche lo he visto
Al demonio?
—¡Jesucristo!...
—Hace bien, santigüesé.

—¡Pues no me he de santiguar!
Con esas cosas no juego.
Pero no importa, le ruego
Que me dentre a relatar,
El como llegó a topar
Con el *malo*, ¡Virgen santa!
Sólo el pensarlo me espanta...
—Güeno, le voy a contar,
Pero antes voy a buscar
Con qué mojar la garganta.

El Pollo se levantó
Y se jué en su colorao,
Y en el overo rosao
Laguna al agua dentró.
Todo el baño que le dió
Fué dentrada por salida,
Y a la tosca consabida
Don Laguna se volvió,
Ande a don Pollo lo halló
Con un frasco de bebida.

—Larguesé al suelo cuñao
Y vaya haciéndose cargo,
Que puede ser más que largo
El cuento que le he ofertao.
Desmanée el colorado,
Desate su maniador,
Y en ancas haga el favor
De acollararlos...
—¡Al grito!

¿Es manso el coloradito?
—¡Ese es un trébol de olor!

—Ya están acollaraditos...
—Dele un beso a esa giñebra:
Yo le hice sonar de una hebra
Lo menos diez golgoritos.
—Pero esos son muy poquitos
Para un criollo como usté
Capaz de prendersele
A una pipa de lejía...
—Hubo un tiempo en que solía...
—Vaya, amigo, larguesé.

II

—Como a eso de la oración,
Aura cuatro o cinco noches,
Vide un fila de coches,
Contra el tiatro de Colón.

La gente en el corredor
Como hacienda amontonada,
Jujaba desesperada
Por llegar al mostrador.

Allí a juerza de sudar,
Y a punta de hombro y de codo
Hice, amigaso, de modo
Que al fin me pude arrimar.

Cuando compré mi dentrada
Y di güelta... ¡Cristo mío!
Estaba pior el gentío
Que una mar alborotada.

Era a causa de una vieja
Que le había dao el mal...

—Y si es chico ese corral
¿A qué encierran tanta oveja?

—Ahí verá: Por fin, cuñao,
A juerza de arrempujón,
Salí como mancarrón
Que lo sueltan trasijao.

Mis botas nuevas quedaron
Lo propio que picadillo,
Y el fleco del calzoncillo
Hilo a hilo me sacaron.

Y para colmo, cuñao,
De toda esta desventura,
El puñal, de la cintura,
Me lo habían refalao.

—Algún gringo como luz
Para la uña, ha de haber sido.
—¡Y no haberlo yo sentido!
En fin, ya le hice la cruz.

Medio cansao y tristón
Por la pérdida, dentré
Y una escalera trepé
Con ciento y un escalón.

Llegué a un alto, finalmente,
Ande va la paisanada,
Que era la última camada
En la estiba de la gente.

Ni bien me había sentao,
Rompió de golpe la banda,
Que detrás de una baranda
La habían acomodao.

Y ya también se corrió
Un lienzo grande, de modo,
Que a dentrar con flete y todo
Me avenía creameló.

Atrás de aquel cortinao
Un dotor apareció.
Que asigún oí decir yo,
Era un tal *Fausto*, mentao.

—¿Dotor, dice? Coronel
De la otra banda, amigaso;
Lo conozco a ese criollaso
Porque he servido con él.

—Yo también lo conocí,
Pero el pobre ya murió:
¡Bastantes veces montó
Un saino que yo le di!

Dejeló al que está en el cielo,
Que es otro *Fausto* el que digo,
Pues bien puede haber, amigo,
Dos burros del mesmo pelo.

—No he visto gaucho más *quiebra*
Para retrucar ¡ahijuna!...
—Dejemé hacer, don Laguna,
Dos gárgaras de giñebra.

Pues como le iba diciendo,
El dotor apareció,
Y, en público, se quejó
De que andaba padeciendo.

Dijo que nada podía
Con la cencia que estudió;
Que él a una rubia quería,
Pero que a él la rubia no.

Que al ñudo la pastoriaba
Dende el nacer de la aurora,
Pues de noche y a toda hora,
Siempre tras de ella lloraba.

Que de mañana a ordeñar
Salía muy currutaca,
Que él le maniaba la vaca,
Pero pare de contar.

Que cansado de sufrir,
Y cansado de llorar,
Al fin se iba a envenenar
Porque eso no era vivir.

El hombre allí renegó,
Tiró contra el suelo el gorro
Y por fin, en su socorro,
Al mesmo Diablo llamó.

¡Nunca lo hubiera llamao!
¡Viera sustaso, por Cristo!
¡Ahí mesmo, jediendo a misto,
Se apareció el *condenao!*

Hace bien, persinesé,
Que lo mesmito hice yo.
—¿Y cómo no disparó?
—Yo mesmo no sé por qué.

¡Viera al Diablo! Uñas de gato,
Flacón, un sable largote,
Gorro con pluma, capote,
Y una barba de chivato.

Medias hasta la berija,
Con cada ojo como un charco,
Y cada ceja era un arco
Para correr la sortija.

"Aquí estoy a su mandao
Cuente con un servidor".
Le dijo el diablo al dotor
Que estaba medio asonsao.

"Mi doctor no se me asuste
Que yo lo vengo a servir:
Pida lo que ha de pedir
Y ordenemé lo que guste".

El dotor medio asustao
Le contestó que se juese...
—Hizo bien, ¿no le parece?
—Dejuramente, cuñao.

Pero el diablo comenzó
A alegar gastos de viaje,
Y a medio darle coraje
Hasta que lo engatuzó.

—¿No era un dotor muy profundo?
¿Cómo se dejó engañar?
—Mandinga es capaz de dar
Diez güeltas a medio mundo.

El diablo volvió a decir:—
"Mi dotor, no se me asuste,
Ordenemé lo que guste,
Pida lo que ha de pedir".

"Si quiere plata, tendrá;
Mi bolsa está siempre llena,
Y más rico que Anchorena
Con decir *quiero*, será".

No es por la plata que lloro,
Don Fausto le contestó:
Otra cosa quiero yo
Mil veces mejor que el oro.

"Yo todo le puedo dar,
Retrucó el Ray del Infierno,
Diga, ¿quiere ser gobierno?
Pues no tiene más que hablar".

"No quiero plata ni mando,
Dijo don Fausto, yo quiero
El corazón todo entero
De quien me tiene penando".

No bien esto el diablo oyó,
Soltó una risa tan fiera,
Que toda la noche entera
En mis orejas sonó.

Dió en el suelo una patada,
Una paré se partió,
Y el dotor, fulo miró
A su prenda idolatrada.

—¡Canejo!... ¿Será verdad?
¿Sabe que se me hace cuento?
—No crea que yo le miento:
Lo ha visto media ciudá.

¡Ah, don Laguna! ¡Si viera
Qué rubia!... Creameló:
Creí que estaba viendo yo
Alguna virgen de cera.

Vestido azul, medio alzao,
Se apareció la muchacha:
Pelo de oro, como hilacha
De choclo recién cortao.

Blanca como una cuajada,
Y celeste la pollera;
Don Laguna, si aquello era
Mirar a la *Inmaculada*.

Era cada ojo un lucero,
Sus dientes perlas del mar,
Y un clavel al reventar
Era su boca, aparcero.

Ya enderezó como loco
El dotor cuando la vió,
Pero el diablo lo atajó
Diciéndole: "Poco a poco.

Si quiere, hagamos un *pato*:
Usté su alma me ha de dar,
Y en todo lo he de ayudar;
¿Le parece bien el trato?"

Como el dotor consintió,
El diablo sacó un papel
Y lo hizo firmar en él
Cuanto la gana le dió.

—¡Dotor y hacer ese trato!
—¿Qué quiere hacerle, cuñao,
Si se topó ese abogao
Con la horma de su zapato?

Ha de saber que el dotor
Era dentrao en edá,
Asina es que estaba ya
Bichoco para el amor.

Por eso al dir a entregar
La contrata consabida,
Dijo: "¿Habrá alguna bebida
Que me pueda remozar?"

Yo no sé qué brujería,
Misto, mágica o polvito
Le echó el diablo y... ¡Dios bendito!
¡Quién demonio lo creería!

¿Nunca ha visto usté un gusano
Volverse una mariposa?
Pues allí la mesma cosa
Le pasó al dotor, paisano.

Canas, gorro y casacón
De pronto se evaporaron,
Y en el dotor ver dejaron
A un donoso mocetón.

—¿Qué dice?... ¡Barbaridá!...
¡Cristo padre!... ¿Será cierto?
—Mire, que me caiga muerto
Si no es la pura verdá.

El diablo entonces mandó
A la rubia que se juese,
Y que la paré se uniese,
Y la cortina cayó.

A juerza de tanto hablar
Se me ha secao el gragüero;
Pase el frasco, compañero...
—¡Pues no se lo he de pasar!

III

—Vea los pingos...
—¡Ah, hijitos!
Son dos fletes soberanos.
—¡Como si jueran hermanos
Bebiendo la agua juntitos!

—¿Sabe que es linda la mar?
—¡La viera de mañanita
Cuando agatas la puntita
Del sol comienza a asomar!

Usté ve venir a esa hora
Roncando la marejada,
Y ve en la espuma encrespada
Los colores de la aurora.

A veces, con viento en la anca
Y con la vela al solsito,
Se ve cruzar un barquito
Como una paloma blanca.

Otras, usté ve, patente,
Venir boyando un islote,
Y es que trae a un camalote
Cabrestiando la corriente.

Y con un campo quebrao,
Bien se puede comparar,
Cuando el lomo empieza a hinchar
El río medio alterao.

Las olas chicas, cansadas,
A la playa agatas vienen,
Y allí en lamber se entretienen
Las arenitas labradas.

Es lindo ver en los ratos
En que la mar ha bajao,
Cair volando al desplayao
Gabiotas, garzas y patos.

Y en las toscas, es divino,
Mirar las olas quebrarse,
Como al fin viene a estrellarse
El hombre con su destino.

Y no sé qué da el mirar
Cuando barrosa y bramando,

Sierras de agua viene alzando
Embravecida la mar.

Parece que el Dios del cielo
Se amostrase rebotao,
Al mirar tanto pecao
Como se ve en este suelo.

Y es cosa de bendecir
Cuando el Señor la serena,
Sobre ancha cama de arena
Obligándola a dormir.

Y es muy lindo ver nadando
A flor de agua algún pescao:
Van como plata, cuñao,
Las escamas relumbrando...

—¡Ah, Pollo! Ya comenzó
A meniar taba; ¿y el caso?
—Dice muy bien, amigaso;
Seguiré contandoló.

El lienzo otra vez alzaron
Y apareció un bodegón,
Ande se armó una reunión
En que algunos se mamaron.

Un don Valentín, velay,
Se hallaba allí en la ocasión,
Capitán, muy guapetón,
Que iba a dir al Paraguay.

Era hermano, el ya nombrao,
De la rubia, y conversaba
Con otro mozo que andaba
Viendo de hacerlo cuñao.

Don *Silverio*, o cosa así,
Se llamaba este individuo,
Que me pareció medio *ido*
O sonso cuando lo vi.

Don Valentín le pedía
Que a la rubia le sirviera
En su ausencia...
—¡Pues, sonsera!
¡El otro qué más quería!

—El capitán, con su vaso,
A los presentes brindó,
Y en esto se apareció,
De nuevo el diablo, amigaso.

Dijo que si lo admitían
También echaría un trago,
Que era por no ser del pago
Que allí no lo conocían.

Dentrando en conversación
Dijo el diablo que era brujo;
Pidió un ajenjo y lo trujo
El mozo del bodegón.

"No tomo bebida sola",
Dijo el diablo: se subió
A un banco, y vi que le echó
Agua de una cuarterola.

Como un tiro de jusil
Entre la copa sonó
Y a echar llamas comenzó
Como si juera un candil.

Todo el mundo reculó;
Pero el diablo sin turbarse

Les dijo: "no hay que asustarse",
Y la copa se empinó.

—¡Qué buche! ¡Dios soberano!
—Por no parecer morao
El capitán jué, cuñao,
Y le dió al diablo la mano.

Satanás le registró
Los dedos con grande afán,
Y le dijo: "Capitán,
Pronto muere, crealó".

El capitán, retobao;
Peló la lata y Luzbel
No quiso ser menos que él
Y peló un amojosao.

Antes de cruzar su acero,
El diablo el suelo rayó:
¡Viera el fuego que salió!...
—¡Qué sable para yesquero!

—¿Qué dice? ¡Había de oler
El jedor que iba largando
Mientras estaba chispeando
El sable de Lucifer!

No bien a tocarse van
Las hojas, creameló,
La mitá al suelo cayó
Del sable del Capitán.

"¡Este es el diablo en figura
De hombre!" el capitán gritó,
Y al grito le presentó
La cruz de la empuñadura.

¡Viera al diablo retorcerse
Como culebra, aparcero!
—¡Oiganlé!...
—Mordió el acero
Y comenzó a estremecerse.

Los otros se aprovecharon
Y se apretaron el gorro:
Sin duda a pedir socorro
O a *dar parte* dispararon.

En esto don Fausto entró
Y conforme al diablo vido,
Le dijo: "¿Qué ha sucedido?"
Pero él se desentendió.

El dotor volvió a clamar
Por su rubia, y Lucifer,
Valido de su poder,
Se la volvió a presentar.

Pues que golpiando en el suelo
En un baile apareció,
Y don Fausto le pidió
Que lo acompañase a un *cielo.*

No hubo forma que bailara:
La rubia se encaprichó;
De balde el dotor clamó
Porque no lo desairara.

Cansao ya de redetirse,
Le contó al demonio el caso;
Pero él le dijo: "Amigaso,
No tiene por qué afligirse.

Si en el baile no ha alcanzao
El poderla arrocinar,

Deje: le hemos de buscar
La güelta por otro lao.

Y mañana a más tardar
Gozará de sus amores,
Que a otras, mil veces mejores,
Las he visto cabrestiar".

¡Balsa general! gritó
El bastonero mamao;
Pero en esto el cortinao
Por segunda vez cayó.

Armemos un cigarrillo
Si le parece...
—¡Pues no!
—Tome el naco, piqueló,
Usté tiene mi cuchillo.

IV

Ya se me quiere cansar
El flete de mi relato...
—Priendalé guasca otro rato:
Recién comienza a sudar.

—No se apure, aguardesé.
¿Cómo anda el frasco?
—Tuavía,
Hay con qué hacer medio día:
Ahí lo tiene, priendalé.

—¿Sabe que este giñebrón
No es para beberlo solo?
Si alvierto traigo un chicholo
O un cacho de salchichón.

—Vaya, no le ande aflojando
Dele trago y domeló,
Que a raiz de las carnes yo
Me lo estoy acomodando.

—¿Que tuavía no ha almorzao?
—Ando en ayunas, don Pollo;
Porque ¿a qué contar un bollo
Y un cimarrón aguachao?

Tenía hecha la intención
De ir a la fonda de un gringo
Después de bañar el pingo...
—Pues vámonos del tirón.

—Aunque ando medio delgao
Don Pollo, no le permito
Que me merme ni un chiquito
Del cuento que ha comenzao.

—Pues entonces, allá va:
Otra vez el lienzo alzaron
Y hasta mis ojos dudaron,
Lo que vi... ¡barbaridá!

¡Qué quinta! ¡Virgen bendita!
¡Viera, amigaso, el jardín!
Allí se vía el jazmín,
El clavel, la margarita,

El toronjil, la retama,
Y hasta estuatas, compañero,
Al lao de ésa era un chiquero
La quinta de don Lezama.

Entre tanta maravilla
Que allí había, y medio a un lao,
Habían edificao
Una preciosa casilla.

Allí la rubia vivía
Entre las flores como ella,
Allí brillaba esa estrella
Que el pobre dotor seguía.

Y digo *pobre dotor*,
Porque pienso, don Laguna,
Que no hay desgracia ninguna
Como un desdichado amor.

—Puede ser; pero, amigaso,
Yo en las cuartas no me enriedo,
Y en un lance en que no puedo,
Hago de mi alma un cedaso.

Por hembras yo no me pierdo:
La que me empaca su amor,
Pasa por el cernidor
Y... *si te vi, no me acuerdo.*

Lo demás, es calentarse
El mate al divino ñudo.
—¡Feliz quien tenga ese escudo
con qué poder rejuardarse!

Pero usté habla, don Laguna,
Como un hombre que ha vivido
Sin haber nunca querido
Con alma y vida a ninguna.

Cuando un verdadero amor,
Se estrella en un alma ingrata
Más vale el fierro que mata
Que el fuego devorador.

Siempre ese amor lo persigue
A donde quiera que va:
Es una fatalidá
Que a todas partes lo sigue.

Si usté en un rancho se queda,
O si sale para un viaje,
Es de balde: no hay paraje
Ande olvidarla usté pueda.

Cuando duerme todo el mundo,
Usté, sobre su recao,
Se da güeltas, desvelao,
Pensando en su amor projundo.

Y si el viento hace sonar
Su pobre techo de paja,
Cree usté que es *ella* que baja
Sus lágrimas a cesar.

Y si en alguna lomada
Tiene que dormir, al raso,
Pensando en *ella*, amigaso,
Lo hallará la madrugada.

Allí acostao sobre abrojos,
O entre cardos, don Laguna,
Verá su cara en la luna,
Y en las estrellas, sus ojos.

¿Qué habrá que no le recuerde
Al bien de su alma querido,
Si hasta cree ver su vestido
En la nube que se pierde?

Asina sufre en la ausiencia
Quien sin ser querido quiere:
Aura verá como muere
De su prenda en la presencia.

Si enfrente de esa deidá
En alguna parte se halla,
Es otra nueva batalla
Que el pobre corazón da.

Si con la luz de sus ojos
Le alumbra la triste frente,
Usté, don Laguna, siente
El corazón entre abrojos.

Su sangre comienza a alzarse
A la cabeza en tropel,
Y cree que quiere esa cruel
En su amargura gozarse.

Y si la ingrata le niega
Esa ligera mirada,
Queda su alma abandonada
Entre el dolor que la aniega.

Y usté firme en su pasión...
Y van los tiempos pasando,
Un hondo surco dejando
En su infeliz corazón.

—Güeno, amigo, así será;
Pero me ha sentao el cuento...
—¡Qué quiere! Es un sentimiento...
Tiene razón, allá va:

Pues, señor, con gran misterio,
Traindo en la mano una cinta,
Se apareció entre la quinta
El sonso de don Silverio.

Sin duda alguna saltó
Por la zanja de la güerta,
Pues esa noche su puerta
La mesma rubia cerró.

Rastriándolo se vinieron
El demonio y el dotor,
Y tras del árbol mayor
A aguaitarlo se escondieron.

Con las flores de la güerta
Y la cinta, un ramo armó
Don Silverio, y lo dejó
Sobre el umbral de la puerta.

—¡Que no cairle una centella!
—¿A quién? ¿Al sonso?
—¡Pues digo!...
¡Venir a osequiarla, amigo,
Con las mesmas flores de ella!

—Ni bien acomodó el guacho
Ya rumbió...
—¡Miren qué hazaña!
Eso es ser más que lagaña
Y hasta da rabia, ¡caracho!

—El diablo entonces salió
Con el dotor, y le dijo:
"Esta vez priende de fijo
La vacuna, crealó."

Y el capote haciendo a un lao,
Desenvainó allí un baulito,
Y jué y lo puso juntito,
Al ramo del abombao.

—No me hable de esa mulita:
¡Qué apunte para una banca!
¿A que era mágica blanca
Lo que trujo en la cajita?

—Era algo más eficaz
Para las hembras, cuñao,
Verá si las ha calao,
De lo lindo Satanás.

Tras del árbol se escondieron
Ni bien cargaron la mina,

Y más que nunca, divina,
Venir a la rubia vieron.

La pobre, sin alvertir,
En un banco se sentó,
Y un par de medias sacó
Y las comenzó a zurcir.

Cinco minutos, por junto,
En las medias trabajó;
Por lo que calculo yo
Que tendrían sólo un punto.

Dentró a espulgar un rosal,
Por la hormiga consumido,
Y entonces jué cuando vido
Caja y ramo en el umbral.

Al ramo no le hizo caso,
Enderezó a la cajita,
Y sacó... ¡Virgen bendita!...
¡Viera qué cosa, amigaso!

¡Qué anillo! ¡Qué prendedor!
¡Qué rosetas soberanas!
¡Qué collar! ¡Qué carabanas!
—¡Vea al diablo tentador!

—¿No le dije, don Laguna?
La rubia allí se colgó
Las prendas, y apareció
Más plateada que la luna.

En la caja, Lucifer,
Había puesto un espejo...
—¿Sabe que el diablo, canejo,
La conoce a la mujer?

—Cuando la rubia gastaba
Tanto mirarse, la luna,
Se apareció, don Laguna,
La vieja que la cuidaba.

¡Viera la cara, cuñao,
De la vieja, al ver brillar
Como reliquias de altar
Las prendas del condenao!

"¿Diaonde este lujo sacás?"
La vieja fula, decía,
Cuando gritó: "¡Avemaría!"
En la puerta, Satanás.

"¡Sin pecao! ¡Dentre, señor!"
—¿No hay perros?—¿Ya los ataron?
Y ya también se colaron
El demonio y el dotor.

El diablo allí comenzó
A enamorar a la vieja,
Y el dotorcito a la oreja
De la rubia se pegó.

—¡Vea al diablo haciendo gancho!
El caso jué que logró
Reducirla, y la llevó
A que le mostrase un chancho.

—¿Por supuesto, el dotorcito
Se quedó allí mano a mano?
De juro, y ya verá, hermano,
La liendre que era el mocito.

Corcovió la rubiecita,
Pero al fin se sosegó,
Cuando el dotor le contó
Que él era el de la cajita.

Asigún lo que presumo,
La rubia aflojaba lazo,
Porque el dotor, amigaso,
Se le quería ir al humo.

La rubia lo malició
Y por entre las macetas,
Le hizo unas cuantas gambetas
Y la casilla ganó.

El diablo tras de un rosal,
Sin la vieja apareció...
—¡A la cuenta la largó
Jediendo entre algún maizal!

—La rubia en vez de acostarse,
Se lo pasó en la ventana,
Y allí aguardó la mañana
Sin pensar en desnudarse.

Ya la luna se escondía,
Y el lucero se apagaba,
Y ya también comenzaba
A venir clariando el día.

¿No ha visto usted en un yesquero
Loca una chispa salir,
Como dos varas seguir
Y de ahí perderse, aparcero?

Pues de ese modo, cuñao,
Caminaban las estrellas
A morir, sin quedar de ellas
Ni un triste rastro borrao.

De los campos el aliento
Como sahumerio venía,
Y alegre ya se ponía
El ganao en movimiento.

En los verdes arbolitos
Gotas de cristal brillaban,
Y al suelo se descolgaban
Cantando los pajaritos.

Y era, amigaso, un contento
Ver los junquillos doblarse,
Y los claveles cimbrarse
Al soplo del manso viento.

Y al tiempo de reventar
El botón de alguna rosa,
Venir una mariposa
Y comenzarlo a chupar.

Y si se pudiera el cielo
Con un pingo comparar,
También podría afirmar
Que estaba mudando pelo.

—¡No sea bárbaro, canejo!
¡Qué comparancia, tan fiera!
—No hay tal; pues de saino que era
Se iba poniendo azulejo.

¿Cuándo ha dao un madrugón
No ha visto usted, embelesao,
Ponerse blanco-azulao
El más negro ñubarrón?

—Dice bien, pero su caso
Se ha hecho medio empacador...
—Aura viene lo mejor
Pare la oreja amigaso.

El diablo dentró a retar
Al dotor y entre el responso,
Le dijo:—¿Sabe que es sonso?
¿Pa qué la dejó escapar?"

"Ahí la tiene en la ventana:
Por suerte no tiene reja,
Y antes que venga la vieja
Aproveche la mañana".

Don Fausto ya atropelló
Diciendo:—"¡basta de ardiles!"
La cazó de los cuadriles
Y ella... también lo abrazó!

—¡Oiganlé a la dura!
—En esto...
Bajaron el cortinao;
Alcance el frasco cuñao,
—Agatas le queda un resto.

V

—Al rato el lienzo subió
Y deshecha y lagrimiando,
Contra una máquina hilando
La rubia se apareció.

La pobre dentró a quejarse
Tan amargamente allí,
Que yo a mis ojos sentí
Dos lágrimas asomarse.

—¡Qué vergüenza!
—Puede ser:
Pero amigaso, confiese
Que a usté también lo enternece
El llanto de una mujer.

Cuando a usté un hombre lo ofiende,
Ya sin mirar para atrás,
Pela el flamenco y ¡sas! ¡trás!
Dos puñaladas le priende.

Y cuando la autoridá
La *partida* le ha soltao,
Usté en su overo rosao
Bebiendo los vientos va.

Naide de usté se despega
Porque se aiga desgraciao,
Y es muy bien agasajao
En cualquier rancho a que llega.

Si es hombre trabajador,
Ande quiera gana el pan:
Para eso con usté van
Bolas, lazo y maniador.

Pasa el tiempo, vuelve al pago,
Y cuanto más larga ha sido
Su ausiencia, usté es recebido
Con más gusto y más halago.

Engaña usté a una infeliz,
Y para mayor vergüenza,
Va y le cerdea la trenza
Antes de hacerse perdiz.

La ata, si le da la gana,
En la cola de su overo,
Y le amuestra al mundo entero
La trenza de ña julana.

Si ella tuviese un hermano,
Y en su rancho miserable
Hubiera colgao un sable,
Juera otra cosa, paisano.

Pero sola y despreciada
En el mundo ¿qué ha de hacer?
¿A quién la cara volver?
¿Ande llevar la pisada?

Soltar al aire su queja
Será su solo consuelo,
Y empapar con llanto el pelo
Del hijo que usté le deja.

Pues ese dolor projundo
A la rubia la secaba,
Y por eso se quejaba
Delante de todo el mundo.

Aura, confiese, cuñao,
Que el corazón más calludo,
Y el gaucho más entrañudo,
Allí habría lagrimiao.

—¿Sabe que me ha sacudido
De lo lindo el corazón?
Vea sino el lagrimón
Que al oirlo se me ha salido...
—¡Oiganlé!...
—Me ha redotao:
No guarde rencor, amigo...
—Si es en broma que le digo...
—Siga su cuento, cuñao.

La rubia se arrebozó
Con un pañuelo ceniza,
Diciendo que se iba a misa
Y puerta ajuera salió.

Y crea usté lo que guste
Porque es cosa de dudar...
¡Quién había de esperar
Tan grande desbarajuste!

Todo el mundo estaba ajeno
De lo que allí iba a pasar,
Cuando el diablo hizo sonar
Como un pito de sereno.

Una iglesia apareció
En menos que canta un gallo...
—¡Vea si dentra a caballo!
—Me larga, creameló.

Creo que estaban alzando
En una misa cantada,
Cuando aquella desgraciada
Llegó a la puerta llorando.

Allí la pobre cayó
De rodillas sobre el suelo,
Alzó los ojos al cielo,
Y cuatro credos rezó.

Nunca he sentido más pena
Que al mirar a esa mujer:
Amigo, aquello era ver
A la mesma *Magalena.*

De aquella rubia rosada
Ni rastro había quedao:
Era un clavel marchitao,
Una rosa deshojada.

Su frente, que antes brilló
Tranquila, como la luna,
Era un cristal, don Laguna
Que la desgracia enturbió.

Ya de sus ojos hundidos
Las lágrimas se secaban
Y entre-temblando rezaban
Sus labios descoloridos.

Pero el diablo la uña afila,
Cuando está desocupao,
Y allí estaba el condenao
A una vara de la pila.

La rubia quiso dentrar,
Pero el diablo la atajó
Y tales cosas le habló,
Que la obligó a disparar.

Cuasi le da el acidente
Cuando a su casa llegaba:
La suerte que le quedaba
En la vedera de enfrente.

Al rato el diablo dentró
Con don Fausto muy de brazo,
Y una guitarra, amigaso,
Ahí mesmo desenvainó.

—¿Qué me dice, amigo Pollo?
—Como lo oye, compañero:
El diablo es tan guitarrero
Como el paisano más criollo.

El sol ya se iba poniendo,
La claridá se ahuyentaba,
Y la noche se acercaba
Su negro poncho tendiendo.

Ya las estrellas brillantes
Una por una salían,
Y los montes parecían
Batallones de gigantes.

Ya las ovejas balaban
En el corral prisioneras,
Y ya las aves caseras
Sobre el alero ganaban.

El toque de la oración
Triste los aires rompía,
Y entre sombras se movía
El crespo sauce llorón.

Ya sobre el agua estancada
De silenciosa laguna,
Al asomarse, la luna,
Se miraba retratada.

Y haciendo un extraño ruido
En las hojas trompezaban,
Los pájaros que volaban
A guarecerse en su nido.

Ya del sereno brillando
La hoja de la higuera estaba,
Y la lechuza pasaba
De trecho en trecho chillando.

La pobre rubia, sin duda,
En llanto se deshacía,
Y rezando, a Dios pedía
Que le emprestase su ayuda.

Yo presumo que el dotor
Hostigao por Satanás,
Quería otras hojas más,
De la desdichada flor.

A la ventana se arrima
Y le dice al condenao:
"Dele no más sin cuidao
Aunque reviente la prima".

El diablo agatas tocó
Las clavijas, y al momento
Como un arpa el estrumento
De tan bien templao sonó.

—Tal vez lo tráiba templao
Por echarla de baquiano...
—Todo puede scr, hermano,
Pero, ¡oyese al condenao!

Al principio se florió
Con un lindo bordoneo,
Y en ancas de aquel floreo
Una décima cantó.

No bien llegaba al final
De su canto, el condenao,
Cuando el Capitán, armao,
Se apareció en el umbral.

—Pues yo en campaña lo hacía...
—Daba la casualidá
Que llegaba a la ciudá
En comisión, ese día.

—Por supuesto hubo fandango....
—La lata ahí no más peló,
Y al infierno le aventó
De un cinturazo el changango.

—¡Lindo el mozo!
—¡Pobrecito!....
—¿Lo mataron?
—Ya verá:
Peló un corbo el dotorcito,
Y el diablo... ¡barbaridá!

Desenvainó una espadita
Como un viento, lo embasó,
Y allí no más ya cayó
El pobre...
—¡Anima bendita!

—A la trifulca y al ruido
En montón la gente vino...
—¿Y el dotor y el asesino?
—Se habían escabullido.

La rubia también bajó
Y viera aflición, paisano,
Cuando el cuerpo de su hermano
Bañado en sangre miró.

Agatas, medio alcanzaron
A darse una despedida,
Porque en el cielo, sin vida,
Sus dos ojos se clavaron.

Bajaron el cortinao,
De lo que yo me alegré....
—Tome el frasco, priendalé,
—Sirvasé no más, cuñao.

VI

—Pobre rubia! Vea usté
Cuánto ha venido a sufrir:
Se le podía decir,
¡Quién te vido y quién te ve!

—Ansí es el mundo amigaso:
Nada dura, don Laguna,
Hoy nos ríe la fortuna,
Mañana nos da un guascaso.

Las hembras, en mi opinión,
Train un destino más fiero,
Y si quiere, compañero,
Le haré una comparación.

Nace una flor en el suelo,
Una delicia es cada hoja,
Y hasta el rocío la moja
Como un bautismo del cielo.

Allí está ufana la flor,
Linda, fresca y olorosa:
A ella va la mariposa,
A ella vuela el picaflor.

Hasta el viento pasajero
Se prenda al verla tan bella,
Y no pasa por sobre ella
Sin darle un beso primero.

¡Lástima causa esa flor
Al verla tan consentida!
Cree que es tan larga su vida
Como fragante su olor.

Nunca vió el rayo que raja,
A la renegrida nube,
Ni ve el gusano que sube,
Ni al fuego del sol que baja.

Ningún temor en el seno
De la pobrecita cabe,
Pues que se amaca, no sabe,
Entre el fuego y el veneno.

Sus tiernas hojas despliega
Sin la menor desconfianza,
Y el gusano ya la alcanza...
Y el sol de las doce llega...

Se va el sol abrasador,
Pasa a otra planta el gusano,
Y la tarde...encuentra, hermano.
El cadáver de la flor.

Piense en la rubia cuñao,
Cuando entre flores vivía,
Y diga si presumía
Destino tan desgraciao.

Usté que es alcanzador
Afíjese en su memoria,
Y diga: ¿es igual la historia
De la rubia y de la flor?

—Se me hace tan parecida
Que ya más no puede ser.
—Y hay más: le falta que ver
A la rubia en la crujida.

—¿Qué me cuenta? ¡Desdichada!
—Por última vez se alzó
El lienzo, y apareció
En la cárcel encerrada.

—¿Sabe que yo no colijo
El por qué de la prisión?
—Tanto penar, la razón
Se le jué, y lo mató al hijo.

Ya la habían sentenciao
A muerte, a la pobrecita,
Y en una negra camita
Dormía un sueño alterao.

Ya redoblaba el tambor,
Y el cuadro ajuera formaban,
Cuando al calabozo entraban
El demonio y el dotor.

—¡Veanló al diablo si larga
Sus presas así no más!
¿A qué anduvo Satanás
Hasta oír sonar la descarga?

—Esta vez se le chingó
El cuete, y ya lo verá.
—Priendalé al cuento que ya
No lo vuelvo a atajar yo.

—Al dentrar hicieron ruido,
Creo que con los cerrojos;
Abrió la rubia los ojos
Y allí contra ella los vido.

La infeliz, ya trastornada
A causa de tanta herida,
Se encontraba en la crujida
Sin darse cuenta de nada.

Al ver venir al dotor,
Ya comenzó a disvariar,
Y hasta le quiso cantar
Unas décimas de amor.

La pobrecita soñaba
Con sus antiguos amores,
Y creía mirar sus flores
En los fierros que miraba.

Ella creía que como antes,
Al dir a regar su güerta,
Se encontraría en la puerta
Una caja de diamantes.

Sin ver que en su situación
La caja que le esperaba,
Era la que redoblaba,
Antes de la ejecución.

Redepente se fijó
En la cara de Luzbel:
Sin duda *al malo* vió en él,
Porque allí muerta cayó.

Don Fausto al ver tal desgracia,
De rodilla cayó al suelo,
Y dentró a pedirle al cielo
La recibiese en su gracia.

Allí el hombre arrepentido
De tanto mal que había hecho...
Se daba golpes de pecho,
Y lagrimiaba aflijido.

En dos pedazos se abrió
La paré de la crujida,
Y no es cosa de esta vida
Lo que allí se apareció.

Y no crea que es historia:
Yo ví entre una nubecita,
La alma de la rubiecita,
Que se subía a la gloria.

San Miguel, en la ocasión,
Vino entre nubes bajando
Con su escudo, y revoliando
Un sable tirabuzón.

Pero el diablo, que miró
El sable aquel y el escudo,
Lo mesmito que un peludo
Bajo la tierra ganó.

Cayó el lienzo finalmente
Y ahí tiene el cuento contao...
—Prieste el pañuelo, cuñao,
Me está sudando la frente.

Lo que almiro es su firmeza
Al ver esas brujerías.
—He andao cuatro o cinco días
Atacao de la cabeza.

—Ya es güeno dir ensillando...
—Tome este último traguito
Y eche el frasco a ese pocito
Para que quede boyando.

Cuando los dos acabaron
De ensillar sus parejeros,
Como güenos compañeros,
Juntos al trote agarraron.

En una fonda se apiaron
Y pidieron de cenar:
Cuando ya iban a acabar,
Don Laguna sacó un rollo
Diciendo:—"El gasto del pollo
De aquí se lo han de cobrar".

INDICE

SANTOS VEGA EL PAYADOR

I

FAUSTO

"LA CULTURA ARGENTINA"

J. HERNÁNDEZ - H. ASCASUBI
E. DEL CAMPO

MARTÍN FIERRO

La vuelta de Martín Fierro

SANTOS VEGA = FAUSTO

2ª reedición, con una introducción de

CARLOS O. BUNGE



BUENOS AIRES
«La Cultura Argentina» — Avenida de Mayo 646
1915

Impreso en los Talleres Gráficos de L. J. ROSSO y Cía.
463 - CALLE BELGRANO - 475 — Buenos Aires

Revista de Filosofía

CULTURA - CIENCIAS - EDUCACIÓN

Publicación bimestral dirigida por JOSE INGENIEROS

APARECE EN VOLÚMENES DE 150 A 200 PÁGINAS

Estudia problemas de cultura superior e ideas generales que excedan los limites de cada especialización científica. No edita artículos literarios, políticos, históricos ni forenses.

Desea imprimir unidad de expresión al naciente pensamiento argentino, continuando la orientación cultural de Rivadavia, Echeverría, Alberdi y Sarmiento.

Ha publicado artículos de *Florentino Ameghino, José M. Ramos Mejía, Agustín Alvarez, Joaquín V. González, Rodolfo Rivarola, Angel Gallardo, Pedro N. Arata, Jorge Duclout, Carlos O. Bunge, Francisco de Veyga, J. Alfredo Ferreyra, Víctor Mercante, Julio Méndez, Enrique Martínez Paz, Gregorio Araoz Alfaro, Carlos Ameghino, Martin Doello Jurado, Salvador Debenedetti, Juan W. Gez, Ricardo Rojas, Maximio S. Victoria, Alfredo Colmo, Alicia Moreau, Emilio Zuccarini, Augusto Bunge, Vicente D. Sierra, Raúl A. Orgaz, Teodoro Becú, Ramón Melgar, Julio Cruz Ghio, Nerio A. Rojas, A. Alberto Palcos, José M. Monner Sanz,* etc., etc.

Las personas estudiosas que deseen recibir la REVISTA deben adjuntar el exiguo importe de la suscripción, estrictamente reducido a los gastos tipográficos y postales. En esa forma simplificarán la tarea administrativa.

Suscripción anual: 10 $ m/n.
Exterior, anual: 5 $ oro.

Redacción y Administración: CALLE VIAMONTE 763

BUENOS AIRES